

CRITICA DEL PROGRAMA DE TRANSICION

ROLANDO A STARITA (*)

(*) Este trabajo es el producto de múltiples debates con muchos compañeros. Pero en particular quiero agradecer a Eduardo Glavich, quien dedicó largas horas al estudio y discusión de los borradores, y a cuya intervención se debe la corrección de no pocos errores.

Cuadernos de Debate Marxista. Agosto de 1999. Buenos Aires. Argentina

Índice

Crítica del Programa de Transición	3
Introducción	3
1.- Agotamiento histórico del capitalismo y subjetivismo	5
2.- Lucha de clases e ideología	7
3.- Sobre las luchas y la crisis de la democracia	10
4.- Fatalismo y subjetivismo extremos	12
5.- La lógica política del Programa de Transición	15
6.- Consignas «lógicamente imposibles»	17
7.- Trotski y la «inversión» de la política transicional	21
8.- La «escalera» transicional	22
9.- Programa mínimo. Programa de Transición y tácticas defensivas	24
10.- El Programa de Transición y la experiencia rusa	26
11.- La política transicional ante la guerra	29
12.- El Programa de Transición en la historia de la Cuarta Internacional	32
13.- Conclusiones.....	35
APENDICE 1: La vanguardia y el partido	47
APENDICE 2: Trotski sobre la Segunda Internacional	49
APENDICE 3: Un balance sobre la etapa de posguerra.....	51
Sobre las fuerzas productivas y su desarrollo (*).....	53
PROCESO DE TRABAJO Y FUERZAS PRODUCTIVAS.....	55
LA SUPERIORIDAD DEL MÉTODO DIALÉCTICO	57
LAS FUERZAS PRODUCTIVAS BAJO EL CAPITALISMO	58
ARMAMENTO, ECOLOGÍA Y FUERZAS DESTRUCTIVAS	59
DESARROLLO DE LAS FUERZAS PRODUCTIVAS Y REVOLUCIÓN.....	60
UN DESARROLLO TENDENCIAL «EN ESPIRAL»	61
Las bases materiales de la revolución socialista están más maduras (*)	66

Crítica del Programa de Transición

Introducción

Los años ochenta fueron tiempos de optimismo en el movimiento trotskista. Ya a principios de la década Perry Anderson había diagnosticado que la larga y rica tradición subterránea de este movimiento le otorgaba ventajas «obvias» para ser una alternativa superadora del esclerosamiento burocrático en la izquierda ^[1]. La militancia trotskista compartía entonces esos esperanzados pronósticos, que se sintetizaron en una frase: «se aproxima la hora del trotskismo». Así, a mediados de la década la Liga Internacional de los Trabajadores decía que «miles de luchadores» se acercaban a la conclusión de que sólo el programa legado por Trotski ofrecía salida a sus penalidades ^[2]; el Secretariado Unificado de la Cuarta Internacional anunciaba «un largo período de convulsiones... de crisis prerrevolucionarias» y «explosiones revolucionarias» que permitirían construir la Internacional (XII Congreso, de 1985); y diversos grupos se preparaban para combates que preveían no menos decisivos.

La confianza y las esperanzas aumentaron cuando se produjo la caída del Muro de Berlín. Durante décadas el trotskismo había explicado que su falta de influencia y su marginalidad se debían, principalmente, al aparato stalinista, porque éste actuaba como un obstáculo para la llegada del mensaje socialista y revolucionario a los trabajadores. Por eso, quebradas las estructuras burocráticas comunistas, y en retroceso los socialdemócratas, «ahora sí» se liberarían las energías transformadoras de la clase obrera y los *soviets* volverían por sus fueros para derrotar el capitalismo en todo el planeta. «Ahora sí» las masas ^[3] comenzarían a recibir el mensaje de los continuadores de Lenin sin mediaciones distorsionadoras. El escenario estaba dispuesto para que la Cuarta Internacional (en adelante CI ^[4]) ocupara el lugar que le correspondía por derecho propio. El programa del socialismo en un solo país se había mostrado finalmente como una utopía reaccionaria y la política de alianza con las burguesías «progresistas» y de apaciguamiento del imperialismo habían fracasado. Pero además, el trotskismo poseía un método y una táctica, sintetizadas en el **Programa de Transición** (en adelante PT), que abrirían el camino hacia los trabajadores ^[5]. «Ha llegado nuestra hora, la hora del trotskismo», repetían los militantes.

Desde entonces han pasado más de diez años y los tiempos marcan una hora muy distinta a la soñada. Paradójicamente, y contra todo lo esperado, la desaparición (o casi desaparición) del stalinismo, determinó también el comienzo de la crisis más profunda del trotskismo. Las organizaciones de la CI se han reducido en casi todo el mundo y las escisiones parecen no tener fin. Muchos compañeros han abandonado la actividad política, decepcionados y desmoralizados, mientras los grupos continúan a la manera de los organismos que sobreviven deslizándose hacia esa «muerte del espíritu» que sucede cuando se cae «en el hábito donde no se encuentra ninguna vida», que se manifiesta «en la forma de la nulidad política», en la vida puramente vegetativa.

Lo que distinguió al trotskismo -el afán por la «crítica de todo lo existente» y su indomable empeño internacionalista- se ha degradado hasta devenir dogma estéril, estereotipo incapaz de generar plataformas para la acción transformadora. Hoy las fórmulas consagradas permiten «decir y hacer política», pero ésta ya carece de savia vital. Entonces, a la actividad le pasa lo de aquellos relojes que «tienen cuerda y siguen marchando por sí mismos», pero ya no registran el paso de las horas «reales» ^[6].

La «hora del trotskismo» se ha transformado entonces en la hora de revisar problemas, corregir errores graves y evaluar bajo nueva luz categorías, concepciones y programas. Militantes que han dejado las organizaciones y algunos (pocos) grupos han tomado conciencia de esta necesidad. En este respecto, las recientes críticas a la caracterización de la URSS como Estado obrero y a los métodos burocráticos de los partidos representaron avances valorables ^[7]. Sin embargo no hay que detenerse ni conformarse. La crisis de la CI no se explica sólo por esos errores y problemas; éstos conectan con análisis y enfoques más amplios. Conscientes de esto, hemos encarado esta crítica al PT, con la intención de contribuir a un debate que a esta altura consideramos tan necesario como impostergable ^[8].

Seguramente muchos compañeros que no provienen de la tradición trotskista se extrañarán de que consideremos de interés para la izquierda un texto escrito hace más de sesenta años. Al respecto, justifiquemos nuestro esfuerzo diciendo que este programa tiene una centralidad para el trotskismo como nunca antes la tuvieron otras plataformas de las organizaciones obreras, Por cierto, todo trotskista admitirá que muchas afirmaciones de 1938 han perdido vigencia; por caso, a nadie se le ocurriría agitar hoy contra la «camarilla bonapartista del Caín-Stalin», como reza el PT. Pero por encima de esas cuestiones, en la CI se conserva el «núcleo duro» -sintetizado en el PT- de premisas teóricas, de análisis y política, que es reivindicado no sólo por los grupos que llaman a reconstruir la Internacional con «la letra» del programa fundacional, sino también por muchos que lo han actualizado y admiten que deben redactarse otros programas ^[9]. Es que partiendo de la idea de que el capitalismo habría agotado sus posibilidades de desarrollo, el PT desarrolla un enfoque sistemático a partir del cual se ordenan los análisis económicos y políticos y se elaboran las campañas de agitación. Por eso a las organizaciones trotskistas no se aplica aquella observación de Engels, de que la actividad de los partidos puede ser analizada con relativa independencia de sus programas ^[10].

Por otra parte, y dado que toda crítica encierra también una propuesta superadora, con este trabajo proponemos de hecho una orientación, en análisis y política, distinta a la aplicada por la CI. Trataremos de demostrar la necesidad de retomar enfoques sustantivos del marxismo, que fueron patrimonio del movimiento comunista hasta su stalinización, y cuyas características esperamos que se clarifiquen con el progreso de la investigación y la práctica política. En este punto queremos hacer explícito también el lugar desde el que criticamos. Fundamentalmente decir que rechazamos el dogmatismo antidogmático, para el cual criticar es «tirar lo viejo a la basura» y exaltar «lo nuevo» por el solo hecho de que el agua ha corrido bajo los puentes. Trataremos de «superar conservando» porque reivindicamos los objetivos que defendió el trotskismo en la hora más negra de la hegemonía stalinista: la lucha contra el conciliacionismo, el nacionalismo y el oportunismo en todas sus formas. Y «conservar-superando» la experiencia política y de lucha de la CI; porque comprendiendo los errores es posible entender los rasgos revolucionarios del marxismo que estuvieron literalmente «tapados» bajo una montaña de enfoques nacionalistas, burocráticos y estatistas.

Somos conscientes de las reacciones que suscitará nuestro intento entre los militantes trotskistas. Si siempre es difícil problematizar las matrices del pensamiento de un grupo político o social, en este caso la dificultad se multiplica ^[11]. En primer lugar, porque durante décadas las organizaciones de la CI se han visto obligadas a adoptar una actitud extremadamente defensiva frente al stalinismo, resultando de ello una pérdida de distanciamiento crítico con respecto a Trotski. Pero en segundo término, por la arraigada creencia en el movimiento de que reconocer que el capitalismo se desarrolla, o que es imprescindible volver a la división entre programa máximo y mínimo, equivale a renunciar al socialismo o postular la estrategia de la revolución por etapas. Como trataremos de demostrar, estas ideas son desmentidas por la experiencia revolucionaria; y además, desde el punto de vista teórico, tampoco se puede encontrar alguna vinculación necesaria entre las posiciones revolucionarias y las tesis del «estancamiento crónico» del capitalismo, o entre la lucha contra el reformismo y la agitación de las consignas transicionales en todo tiempo y lugar ^[12]. Lamentablemente, la mayoría de las organizaciones de la CI siguen negándose obstinadamente a encarar un balance serio de las viejas posiciones ^[13].

Por último, digamos que hasta donde alcanza nuestro conocimiento no hay muchos antecedentes en los que podíamos apoyar nuestra crítica. En la obra de los clásicos tenemos un importante escrito de Engels que fue decisivo para el arranque de nuestras reflexiones, pero por fuera de él, sólo podemos referenciar unos pocos pasajes de Marx y Engels sobre la metodología transicional, y otros, muy contados, de Lenin. La oposición de estos autores a la política del PT se infiere más de sus orientaciones concretas que de estudios focalizados en las consignas transicionales y su uso. En lo que hace a los escritos posteriores a 1938, es curioso constatar que los enemigos del trotskismo sencillamente desecharon el PT sin examinar su lógica política ^[14]. Y por el lado de la CI, la mayoría de los autores se limitó a comentarios apologeticos o a competir sobre qué interpretación se ajustaba mejor a «lo que verdaderamente dijo Trotski». Por eso, sabemos que avanzamos por un terreno poco explorado, en el que sólo pretendemos abrir un sendero que,

manteniendo el sentido revolucionario e internacionalista del combate de Trotski y de la CI, supere sus deficiencias de análisis y de política. Así, aunque nuestras críticas adoptan la forma de lo categórico, no tenemos la intención de «cerrar» la discusión. Este estudio seguramente tiene muchos problemas y falencias que hoy no alcanzamos a percibir, que exigirán la intervención crítica de muchos otros compañeros, del aporte de sus investigaciones y de sus experiencias en el movimiento revolucionario.

1.- Agotamiento histórico del capitalismo y subjetivismo

El PT se inicia con la exposición de las llamadas «premisas de la revolución proletaria». Una cuestión constitutiva del marxismo, ya que la ruptura de Marx y Engels con el socialismo utópico se basó en sostener que el capitalismo genera las premisas para la revolución y prefigura hasta cierto punto la nueva sociedad. A decir de Marx, el análisis de las relaciones de producción lleva a puntos en los cuales, «foreshadowing» [prefigurando] el movimiento naciente del futuro, se insinúa la superación de la forma presente de las relaciones de producción»; así «las condiciones actuales de la producción se presentan como aboliéndose a sí mismas, y... como los supuestos históricos para un nuevo ordenamiento de la sociedad» ^[15]. La creación del mercado mundial; la producción de plusvalor relativo -o sea, fundada en el incremento y desarrollo de los medios de trabajo-; la subordinación de la ciencia y de todas las propiedades físicas y espirituales a las necesidades de ese desarrollo; la superación de las barreras nacionales; y el crecimiento de la clase obrera internacional constituyen esas premisas de la revolución, que van aparejadas con el despliegue del capital y de sus contradicciones:

En agudas contradicciones, crisis, convulsiones, se expresa la creciente inadecuación del desarrollo productivo de la sociedad a sus relaciones de producción hasta hoy vigentes ^[16].

Se puede afirmar que al momento de redactarse el PT las premisas a las que se refería Marx estaban presentes. La clase obrera era predominante en Estados Unidos y en el norte de Europa, y en muchos países atrasados se delineaba como una fuerza capaz de liderar al campesinado en la lucha revolucionaria. El mercado mundial estaba desarrollado, y las contradicciones del capital estallaban con fuerza creciente. La Primera Guerra Mundial, el triunfo posterior de la revolución rusa, los desequilibrios internacionales y la inestabilidad política de los veinte, la Gran Depresión que sobrevino en los treinta, habían asestado un golpe mortal a la noción del progreso sin pausas del capitalismo y de sus sistemas constitucionales y democráticos; en 1938 la humanidad se deslizaba hacia una nueva carnicería. Este cuadro hubiera bastado entonces para fundamentar la necesidad y actualidad de la revolución proletaria. Pero Trotski introduce una modificación vital en la consideración de las premisas de la revolución que acabamos de mencionar al plantear que es **condición** para el triunfo de la revolución que el capitalismo no pueda desarrollar, en términos históricos, sus fuerzas productivas. Ya en el Tercer Congreso de la Internacional Comunista había sostenido que:

Si hubiera sido posible continuar desarrollando las fuerzas productoras en los marcos de la sociedad burguesa, la revolución no hubiera podido hacerse. Mas, siendo imposible el progreso ulterior de las fuerzas de producción en el límite de la sociedad burguesa, se realizó la condición fundamental de la revolución ^[17].

Y también:

La historia nos suministra una premisa fundamental sobre el éxito de esta revolución [la revolución socialista], en el sentido de que nuestra sociedad no puede desenvolver sus fuerzas productivas apoyándose en una base burguesa ^[18].

Esta tesis la sustentó en el famoso pasaje de Marx que dice que para que un régimen desaparezca deben haberse agotado sus posibilidades de expansión ^[19]. En los años treinta Trotski la elevará a nivel de principio fundante de su movimiento. Por eso, cuando el PT sostiene que «las fuerzas productivas han cesado de crecer» **no lo hace sólo en cuanto diagnóstico de coyuntura** - continuaba el derrumbe económico iniciado con el crack de Wall Street de 1929- sino con el significado de caracterización **de una época**. El texto se abre diciendo:

La premisa económica de la revolución proletaria ha llegado **hace mucho tiempo** al punto más alto que le sea dado alcanzar bajo el capitalismo. (...) Las crisis de coyuntura, en las condiciones de la crisis social de todo el sistema capitalista, aportan a las masas privaciones y sufrimientos cada vez mayores (...) La burguesía misma no ve salida. (...) La putrefacción del capitalismo **continuará** también bajo el gorro frigio en Francia como bajo el signo de la svástica en Alemania. Sólo el derrumbe de la burguesía puede constituir una salida (énfasis agregados) ^[20].

El «hace mucho tiempo» se remonta a la Primera Guerra, cuando, según Trotski, se habría interrumpido definitivamente la expansión del capitalismo. Pero un sistema que no se expande inicia su decadencia; por eso, si no triunfaba la revolución socialista mundial en un plazo relativamente breve, sobrevendría la barbarie. En 1939 Trotski escribía:

Si la presente guerra no provoca la revolución, sino la declinación del proletariado, entonces permanece otra alternativa: la mayor decadencia del capitalismo monopolista, su mayor fusión con el Estado y el reemplazo de la democracia en donde quiera que haya permanecido por un régimen totalitario. Esta incapacidad del proletariado para tomar en sus manos el liderazgo de la sociedad podría llevar bajo esas condiciones al crecimiento de una nueva clase explotadora a partir de la burocracia fascista bonapartista. Esto sería, de acuerdo a todos los indicios, un régimen de decadencia, que marcaría el eclipse de la civilización ^[21].

En las discusiones sobre el programa también expone esta perspectiva:

...esta sociedad ha agotado totalmente sus posibilidades internas y debe ser reemplazada por una nueva sociedad o la vieja sociedad irá a la barbarie, tal como sucedió con la civilización de Grecia y Roma, porque ellas habían agotado sus posibilidades y ninguna clase las pudo reemplazar ^[22].

Es importante señalar que la «barbarie» a la que se refiere Trotski no es de la misma naturaleza que la «barbarie» a la que muchas veces aludieron Marx, Engels o Lenin en sus denuncias del capitalismo. Estos se referían a la barbarie **capitalista**, esto es, a la barbarie que acompaña el desarrollo de la producción basada en la explotación del trabajo asalariado. Trotski, por el contrario, alude a un régimen distinto y regresivo con respecto al capitalismo, en el que se desvanecería la posibilidad misma del socialismo, dada la decadencia de la clase obrera y el retroceso, en términos absolutos y a largo plazo, de la producción. De cumplirse este escenario, una futura sociedad comunista estaría condenada a repartir miseria y a recrear la podredumbre de la burocracia. Trotski no sólo entrevió esa futura sociedad como burocrática, totalitaria y esclavista ^[23], sino también diagnosticó que ya se estaban debilitando las posibilidades materiales y sociales para la revolución y la construcción del socialismo; en el PT afirma que «las condiciones objetivas de la revolución proletaria (...) han comenzado a descomponerse», y que sin revolución social «en un próximo período histórico» sobrevendría el nuevo régimen bárbaro ^[24]. Esta perspectiva abría, entonces, un cauce de análisis y de política muy distinto al desarrollado por el marxismo tradicional. Es que, de efectivizarse el escenario de la barbarie, la política revolucionaria sólo se podría sustentar en la comparación entre lo que el mundo devenía -la barbarie- y lo que «debía ser» -el comunismo-. Con lo que entraríamos en el terreno de los imperativos morales, porque ya no habría manera de encontrar en el presente la palanca social para revolucionarlo ni la «prefiguración» del futuro. Aunque Trotski no explora las consecuencias teóricas de su tesis, esta cuestión incidirá en la coherencia interna de su estrategia y, por supuesto, en el PT.

Por otra parte, si bien en algunos pasajes de su obra Trotski contempló una eventual recomposición del capitalismo ^[25], sólo lo hizo para destacar que en ese caso la URSS caería irremediablemente ^[26]. Nunca analizó seriamente las posibilidades concretas de recuperación del capitalismo. Quizás a esto contribuyó el razonamiento circularmente vicioso con el que «probaba» el estancamiento y la necesidad de la revolución: el capitalismo estaba agotado porque la revolución rusa había triunfado, y la revolución rusa había triunfado porque el capitalismo estaba agotado. En la medida en que el «Estado obrero burocratizado» subsistiera, no había nada más que demostrar. Accesoriamente los éxitos -aparentes o reales- de la economía soviética y la Gran Depresión reforzaban su tesis.

De todas maneras, causa extrañeza la poca fundamentación que proporcionó para sostener que, a partir de 1914, el capitalismo debería estancarse. Hasta donde alcanza nuestro conocimiento, en el único lugar donde aduce algunas razones para justificar esa necesidad es en su «Introducción» al **Pensamiento vivo de Marx**, de 1939, cuando sostiene que, siendo la competencia «el resorte principal del progreso capitalista», su anulación por la acción de los monopolios implica «el comienzo de la desintegración de la sociedad» ^[27]. Pocas páginas después, sin embargo, admite .que el monopolio no había suprimido la competencia; con lo cual su explicación parece derrumbarse. Pero Trotski no examina la contradicción que ha introducido en su razonamiento, y finalmente hace prevalecer la noción de que la ley del valor ya no gobierna el capitalismo: «la ley del valor se niega a prestar más servicios», de manera que «el progreso humano se ha detenido en un callejón sin salida» ^[28]. En todo el trabajo no hace referencia a la tendencia a la caída de la tasa de ganancia, que es no sólo la ley más importante para explicar las crisis, sino también la que da la clave de por qué no hay un estancamiento final y puramente económico del capitalismo ^[29].

Pero la tesis de la anulación de la ley del valor tenía serias consecuencias para el análisis, ya que en ese caso la dinámica del capitalismo dejaba de estar por fuera del gobierno de los seres humanos (tal como se desprende de la teoría de Marx sobre el fetichismo) para pasar a estar en manos de un grupo de grandes empresas ^[30]. Con lo cual se cae, casi indefectiblemente, en las explicaciones «conspirativas» sobre las crisis o las calamidades que acarrea el capital a las masas. Es lo que sucede con el PT, cuando en un pasaje escueto, pero altamente significativo, afirma que:

[Los bancos] Organizan milagros de técnica (...) organizan también la vida cara, las crisis y la desocupación ^[31].

Una tesis no sólo subjetivista y absurda -¿cómo se puede sostener que la crisis del treinta fue «organizada»?-, sino también contradictoria con la visión de la «crisis sin salida», porque si los bancos organizan la inflación y las crisis, no se entiende por qué el capitalismo estaría condenado a vivir en crisis permanente. Desarrollados en esta lógica, muchos otros argumentos económicos se mueven en el mismo plano de subjetivismo. Por ejemplo, la carestía de las mercancías o la desocupación ya no serían las consecuencias de las tendencias objetivas del sistema, sino de las maniobras urdidas por algunos empresarios; tendencias que se podrían contrarrestar mediante una adecuada correlación de fuerzas. El PT afirma:

Los campesinos, los artesanos y los comerciantes, (...) en su condición de consumidores, deben tomar una participación activa, junto a los obreros, en la política de los precios.

Y sobre la desocupación, que su desaparición

...es una cuestión de relación de fuerzas que sólo puede ser resuelta por la lucha...

Pero, en la medida en que la producción se asienta en la propiedad privada, no se puede eludir la sanción del mercado sobre el trabajo invertido en la producción de las mercancías y, por eso, no es posible «gobernar» los precios con juntas de consumidores o productores, como pretende el PT ^[32]. Tampoco la desocupación es eliminable -máxime en una coyuntura de crisis grave como la de los treinta- mediante una mera «correlación de fuerzas sociales». Si lo fuera, sería factible imponer, en los marcos de la propiedad privada capitalista, una solución progresista y duradera a los sufrimientos que provoca el sistema. Una postura que rechaza, con razón, el mismo PT.

De esta forma, a la par que establece, de manera casi fatalista, la tesis del estancamiento, el texto fundacional de la CI deja abierta la puerta a interpretaciones subjetivistas de la crisis y del capitalismo. En el plano político, esta dicotomía se expresará en que, por un lado, afirmará que el sistema ya no puede conceder la más elemental demanda democrática o económica a las masas y, por otra parte, dará a entender que se le pueden imponer reformas profundas con una correlación de fuerzas favorable a las masas populares.

2.- Lucha de clases e ideología

La tesis recién analizada sobre el estancamiento definitivo del capitalismo conecta con otras varias ideas teórico-políticas, que de conjunto hacen una trama compacta de pensamiento. Dado que sólo por necesidades expositivas vamos a examinarlas y criticarlas por separado, deberá tenerse

presente en lo que sigue que cada una de ellas está en íntima relación con las otras, y todas con la idea del estancamiento. Comenzamos con la noción de que toda lucha por demandas mínimas debe llevar a la lucha por el poder. Dice el PT:

... cualquier reivindicación sería del proletariado y hasta cualquier reivindicación progresiva de la pequeña burguesía, conducen inevitablemente más allá de los límites de la propiedad capitalista y del Estado burgués. Por supuesto, concordamos en que, durante las crisis, la burguesía busca aumentar la explotación y que esto genera miseria, represión, y guerras contra los pueblos o entre las burguesías. Pero de allí hay un paso muy grande a sostener que la clase dominante ha perdido toda capacidad de maniobra. Con razón, a comienzos de los años veinte -o sea, en otro período de intensa crisis-Lenin alertaba sobre que la burguesía podía «adormecer» a algunos explotados «con la ayuda de pequeñas concesiones» a la par que reprimía la revolución ^[33]; y en una coyuntura como la Primera Guerra había destacado los efectos de las «considerables limosnas a los obreros obedientes bajo la forma de reformas sociales» del ministro inglés Lloyd George y su influencia entre las masas ^[34].

El propio Trotski había polemizado con los stalinistas, en los veinte, cuando éstos negaban todo efecto a las políticas reformistas. Sin embargo, hacia el final de su vida afirma, con carácter de tesis general, que el capitalismo no daría concesiones. Una tesis que era difícil de encajar con desarrollos particulares importantes, entre ellos, las reformas de Roosevelt en Estados Unidos ^[35]. Es significativo al respecto que en un artículo de 1937, polémico contra los ultraizquierdistas, Trotski reconozca que la imposibilidad de mejoras no era absoluta ("sólo debe comprenderse en un sentido histórico"). Sin embargo, a renglón seguido sostiene que si la burguesía (francesa) otorgaba algo con una mano, lo quitaba con la otra, obligando a los trabajadores a reiniciar la lucha ^[36]. En el PT sostendrá esta idea casi con las mismas palabras, pero con carácter general; la burguesía, dice, «retoma con la mano derecha el doble de lo que pudiera dar con la izquierda». Pero ante la realidad de las reformas de Estados Unidos, en un escrito posterior argumentará que las concesiones, lejos de apaciguar las luchas, las radicalizarían.

Estas tensiones son reveladoras de un problema de método que está presente en prácticamente toda la obra de Trotski, y sobre el que volveremos a lo largo de nuestro trabajo, porque es clave para la superación de muchos errores teóricos y políticos de la CI. Apoyándonos en la dialéctica hegeliana del concepto, diremos que se trata del desgarramiento entre las leyes «universales» (que Trotski a veces llama «leyes histórico-sociales»), por un lado, y los desarrollos particulares y singulares. Así hay un «salto» entre su tesis general sobre la imposibilidad de la burguesía de otorgar concesiones, y las concesiones en concreto que realizaba la burguesía de Estados Unidos, o de otros países. El mismo desgarramiento lo veremos entre su tesis de la quiebra de las democracias (también considerada por Trotski «ley histórico-social») y la fortaleza de democracias particulares. Y por supuesto, se continuará en las afirmaciones de la CI sobre la continua «decadencia de las fuerzas productivas», tesis «general histórica» en la que no será posible encajar los desarrollos «reales y concretos» de las economías de la posguerra.

En todos los casos, esas pretendidas leyes generales se transforman en «universales abstractos»; «abstractos» porque a ellos se llega negando los particulares, obviando los desarrollos concretos, específicos, los singulares. Cada desarrollo económico particular, cada política de concesiones, cada demostración de fortaleza de la democracia burguesa, no se pone en consonancia con las proclamadas «leyes generales». Por eso se pierde de vista aquello en que insistía Hegel (y que sería vital en el método de Marx), que el universal sólo existe y se realiza a través de los particulares y singulares, y recíprocamente, que éstos existen por y a través de los universales (de las tendencias generales). Cuando se establece esta conexión dialéctica, se llega al «universal concreto», esto es, aquél que comprende en sí toda la riqueza de los particulares y de los singulares. Al no elevarse a este plano, el PT se quedará en postulados que terminan siendo invulnerables a los desarrollos reales, porque los militantes siempre tendrán a mano el recurso de afirmar su validez «oculta y sustancial», por fuera y por encima de cualquier hecho que los contradiga ^[37].

Las abstracciones anteriores se refuerzan por la tendencia de Trotski a olvidar que la burguesía también domina y maniobra con la fuerza de las ideologías. A pesar de su importancia, cuestiones

tales como la influencia ideológica de la burguesía, la introyección de sus esquemas de dominación en la conciencia de los explotados, los discursos dominantes y su articulación con el fetichismo de las relaciones del mercado, están prácticamente ausentes **como problemáticas a enfrentar por los revolucionarios**. Las ilusiones democráticas casi no reciben tratamiento en el PT; apenas son mencionadas en relación a los países atrasados, donde además serían superadas dada la «incapacidad» de las burguesías para cumplir con las tareas democrático-burguesas. Con relación a los países adelantados democráticos, el texto casi no dice palabra. En las pocas ocasiones en que menciona la cuestión, da a entender que los trabajadores norteamericanos están a punto de superar la democracia burguesa; así, cuando se refiere a la consigna de referéndum frente a la guerra, sostiene que «esta reivindicación refleja la desconfianza de los obreros y campesinos por el gobierno y el parlamento de la burguesía». En las discusiones sobre cómo aplicar el PT en Estados Unidos, Trotski no propone ninguna política específica en relación a la democracia. Cuando analiza una eventual generalización de la consigna de partido obrero, sólo prevé que la burguesía respondería con las bandas fascistas; no se le ocurre que pudiera «socialdemocratizar» política e ideológicamente al futuro partido de los trabajadores ^[38]. Trotski pareciera representarse la conciencia obrera encerrada en una «campana de vacío ideológico», apta para recibir consignas a la manera en que lo hacía la mente «tabla rasa» postulada por el empirismo más crudo. Además, es sintomático que apenas preste atención a los efectos sobre las conciencias de las experiencias de la URSS y del nazismo, que potenciaban el discurso apologético de la democracia capitalista.

Algunos lectores pueden argumentar que estamos tomando ejemplos aislados y que es abusivo generalizarlos. Sin embargo, se trata de ideas de larga data en Trotski que nunca fueron cuestionadas por la CI. Por ejemplo, en 1908 (en un texto muy citado en la literatura trotskista) el futuro fundador de la CI había sostenido que «el proletariado [ruso] **no ha heredado nada de la sociedad burguesa desde el punto de vista de la cultura política**» ^[39]. Minusvaloraba así la influencia del partido Demócrata Constitucional, no sólo sobre las masas en general, sino también sobre el movimiento socialista (después de todo el menchevismo fue una expresión de ella). En otro artículo de la misma época planteaba que las «multitudes, precisamente porque son 'oscuras', porque les falta instrucción, no saben nada de posibilismos» y que «las masas no se interesan más que por los extremos» ^[40]. Veinte años después sostenía que los obreros norteamericanos eran «empíricos» (¿y sus convicciones ideológicas arraigadas?), que había que ayudarlos a superar su «atraso» con respecto a las condiciones sociales, y que si no aceptaban las consignas de los revolucionarios, se verían obligados a aceptar el programa del fascismo ^[41]. En lugar de las «masas oscuras» de 1908 encontramos las «masas empíricas» o «inmaduras» y en lugar del «sólo les interesan los extremos», el «sólo las pueden influir el fascismo o el marxismo»; cambian las formulaciones, pero las premisas analíticas siguen vigentes. En su razonamiento -que se mueve dentro de la alternativa dual y «de hierro» de «A o B»-desaparecen la democracia norteamericana y las ilusiones que generaban los planes y promesas de Roosevelt.

Estos enfoques se suman a la idea de que la movilización de masas tiende a superar todos los obstáculos políticos e ideológicos. También aquí estamos ante constantes del pensamiento de Trotski, que han sido legadas al movimiento trotskista. Ya en su obra juvenil de polémica contra Lenin, **Nuestras tareas políticas**, había exaltado las tácticas movilizadoras, único medio a través del cual, sostenía, los obreros avanzarían. En un texto posterior, sostiene que la misión de los revolucionarios «es precisar, depurar y generalizar» lo que está implícito en la lucha cotidiana de las masas ^[42]. La cuestión sería «empalmar», con sus consignas y tácticas, para fecundar un movimiento que objetivamente apuntaría en la dirección revolucionaria. La idea de «fecundar» el movimiento en marcha se repite a lo largo de la obra de Trotski, incluido el PT. En este plano **absolutista un elemento necesario**, que es lo espontáneo e «instintivo» del movimiento, (que Lenin destaca repetidas veces en sus escritos), **pero no suficiente** para la toma de conciencia socialista.

Aun sus análisis más ricos y dinámicos padecen por la falta del tratamiento de la ideología de masas, y por eso también están impregnados de un marcado sesgo a visualizar un desarrollo lineal y casi sin obstáculos de la lucha. Por caso, su discusión sobre el movimiento francés de ocupación de fábricas de 1936, bajo el gobierno del Frente Popular es característico. Trotski sostiene que la

ola de huelgas «ha empujado a los obreros más inteligentes y valientes al frente», que «a ellos pertenece la iniciativa»; que la clase «ha comenzado su automovilización» y los éxitos obtenidos no podrían dejar de elevar la «auto confianza de las masas a un grado extraordinario»; que además ya se habían creado los cuadros locales y regionales, formándose el embrión de una «dirección revolucionaria»; que a pesar de que la vieja cáscara organizativa no había sido desechada, «bajo ella ya se ve la nueva piel». Por eso vendría una inevitable «segunda ola de luchas», menos pacífica y profunda, en la cual las masas, sintiendo el acoso del enemigo y «la confusión e indecisión de la dirección oficial» del movimiento, «sentirán la apremiante necesidad de un programa, de una organización, de un plan y un staff» ^[43]. Cuando leemos entusiasmados esta descripción, las dificultades **reales** del avance de la conciencia y de la lucha parecen disiparse, barridas por el todopoderoso movimiento. La influencia ideológica burguesa, los peligros de su incidencia y del extravío del movimiento, de su empantanamiento, se han evaporado. Las direcciones sólo demostrarían «confusión e indecisión» y las masas la necesidad de cambiarlas. Algo parecido puede advertirse en su especulación sobre cómo evolucionaría una lucha desde el control de la producción a planes obreros nacionales en Alemania, en 1932 (ver infra).

Lo anterior explica que en los años treinta sostuviera que el pequeño grupo de revolucionarios debía dirigirse a los trabajadores para movilizar con «propuestas prácticas y consignas prácticas», porque «la única manera de convencer a las amplias masas de la corrección de nuestras ideas es en la acción» ^[44]. Estos enfoques se plasman en el PT; allí sostiene que los obstáculos para el avance de la conciencia son la «confusión y descorazonamiento de la vieja dirección» y la «falta de experiencia» de las capas jóvenes del proletariado y su vanguardia. Ausente la cuestión de las ideologías burguesas, siempre aflora la idea de que todo obstáculo se superará con la movilización, de que la cuestión es lanzar consignas para que «prendan como fuego en pradera seca». De aquí que haya una **sobrevaloración de las virtudes de la agitación movilizadora y una minusvaloración del rol de la propaganda y del trabajo sobre la vanguardia** (ver Apéndice 1). La vieja combinación de la lucha política e ideológica, que habían recomendado Engels y Lenin, entre otros, desaparece de su campo visual.

Es cierto que cuando discute sobre la clase obrera europea Trotski presta atención a la ideología stalinista, y en alguna medida a la socialdemócrata (lo que lo lleva a escribir muchas de sus mejores obras). Pero también aquí pasa por alto la incidencia de la ideología democrática burguesa en general. Y además, minusvalora la influencia de la ideología socialdemócrata e incluso la del stalinismo, a pesar de denunciar correctamente su incidencia en las derrotas de los veinte y los treinta. Por ejemplo, en un pasaje del PT afirma que «los Frentes Populares... desde el punto de vista histórico... son una ficción», y que «cualquiera sea la diversidad de métodos de los social traidores» -léase Blum, Stalin- «no lograrán quebrar la voluntad revolucionaria del proletariado». Y en otra parte llega a decir que:

Los obreros avanzados **de todo el mundo ya saben** que la derrota de Hitler y Mussolini se logrará bajo las banderas de la Cuarta Internacional (énfasis agregado ^[45]).

Pero entonces habría desaparecido la influencia ideológica del stalinismo, la democracia burguesa o la socialdemocracia entre los obreros de vanguardia; lo cual era manifiestamente falso.

La minusvaloración del peso de las corrientes democráticas burguesas también lo lleva a formular una previsión infantilmente optimista sobre cómo se desarrollaría un ascenso revolucionario en Alemania. Sostiene -en el PT- que antes de que se convocara una Asamblea Constituyente Alemania se poblaría de *soviets*, y que los líderes reformistas no tendrían posibilidad de dirigir el ascenso antifascista. Ninguna de estas previsiones fue examinada por la CI en lo que hace a sus implicancias ni raíces teóricas.

3.- Sobre las luchas y la crisis de la democracia

A las ideas antes expuestas se suma la noción de que existiría una relación lineal entre el sufrimiento de las masas y sus combates. Si bien en escritos específicos -como las críticas a la política del stalinismo en China- Trotski había señalado que no toda crisis generaba una ofensiva revolucionaria, en el programa afirma que:

...la agudización de la crisis social aumentará no solamente el sufrimiento de las masas sino también su impaciencia, su firmeza y su espíritu de ofensiva ^[46].

De ahí que pensara que, a pesar de las derrotas de los veinte de los treinta, las masas se recuperaban rápidamente en casi todo el mundo. En pasajes notables por su exaltación, en el PT sostiene que «la lucha de clases no tolera interrupciones»; que «...la crisis actual puede exacerbar extremadamente la marcha de la lucha de clases y precipitar el desenlace»; y que «...en la época actual la lucha de clases **infaliblemente** tiende a transformarse en guerra civil» (énfasis agregado). Refiriéndose a los comités de fábrica, afirma que una ola de ocupaciones de empresas «se ha desencadenado en algunos países», y agrega:

Nuevas olas de ese género son **inevitables** en un porvenir **próximo** (énfasis agregado).

Esto explica su caracterización exitista del nivel de la ofensiva de las masas. En el primer capítulo sostiene que:

En **todos** los países el proletariado está sobrecogido por una profunda inquietud. Grandes **masas de millones** de hombres vienen **incesantemente** al movimiento revolucionario (énfasis agregado).

Pero además pensaba que no sólo los padecimientos y la crisis empujarían al combate, sino también las concesiones. Así, en 1939, afirma que las reformas del New Deal, lejos de apaciguar la situación, radicalizarían a las masas ^[47].

El planteo nos parece globalmente insostenible. No sólo porque en el caso particular de Estados Unidos las concesiones del gobierno, combinadas con la fortaleza de la ideología democrática, tenían efectos estabilizadores sobre la combatividad sindical de los trabajadores, sino también, y más importante, porque **no siempre las crisis y los sufrimientos inducen a las masas al combate de clases**. Más bien muchas veces sucede lo contrario, cunde la desesperanza, la descomposición social, el temor a la desocupación, la disgregación.

Por otro lado, no es cierto que en 1938 «millones de hombres» afluyeran «incesantemente» al campo revolucionario. La revolución española estaba en retroceso, el Frente Popular francés había conducido a la desmoralización, los obreros italianos, alemanes y de buena parte del centro de Europa sufrían el fascismo y el nazismo; y en la URSS avanzaba la ofensiva contra los revolucionarios de Octubre. Trotski era consciente de la gravedad de este cuadro. En el PT hay repetidas menciones a la desmoralización de la vanguardia y a «las trágicas derrotas que el proletariado mundial viene sufriendo desde hace una larga serie de años»; también afirma que entre los obreros de vanguardia «hay no pocos fatigados y decepcionados» y que la CI surgía «... de las más grandes derrotas que el proletariado registra en su historia». Pero el esquema de «más sufrimientos, más luchas», en ausencia de capacidad de la burguesía para dar salidas, lo empujaba a la conclusión de que esas heridas cicatrizarían rápidamente, que el nuevo ascenso ya estaba en marcha y que la guerra lo catalizaría hacia un levantamiento revolucionario.

Seguramente también contribuían a su optimismo los antecedentes históricos. La guerra franco-prusiana de 1870 había terminado en la Comuna de París; la ruso-japonesa en la revolución de 1905 y la Primera Guerra en el Octubre ruso e intentos insurreccionales en otros países. Sin embargo, por encima de esto, parece ser decisivo para su razonamiento la visión de una clase obrera azuzada por la crisis a lanzarse a la ofensiva, en el marco de la completa incapacidad de la clase dominante para maniobrar o conceder la más mínima reivindicación. Tal vez sea en su descripción de la situación alemana donde este rasgo resalte con mayor nitidez. A pesar de reconocer que la oposición en Alemania -en 1938- era «pequeña», que el proletariado había «perdido la fe en todo lo que estaba habituado a creer», el PT termina afirmando que «el descontento de las masas es mayor que nunca», que «jóvenes generaciones se levantan», que «la preparación molecular de la revolución está en marcha», y que «centenares y miles de abnegados obreros continúan, a pesar de todo, llevando a cabo un trabajo molecular revolucionario» ^[48]. En definitiva, hubo derrota, pero ésta parece superarse tan rápidamente, que el proceso revolucionario aparenta no tener casi interrupciones.

Todas estas ideas se combinan y desembocan en la tesis, ya mencionada, de que las democracias burguesas están «históricamente liquidadas». El PT sostiene que las democracias de los países adelantados sólo sobreviven «a cuenta de la acumulación anterior»; que el «New Deal» del gobierno de Roosevelt «sólo representa una forma particular de confusión», y que la «putrefacción» de todas las democracias continuará profundizándose, irremediamente. Con lo cual la democracia burguesa no tendría ninguna posibilidad de afirmarse ni siquiera en el país capitalista más poderoso del planeta. Con carácter más general, en las discusiones sobre el programa explica:

... **la burguesía no tiene otra solución que el fascismo**, y la profundización de la crisis va a forzar a la burguesía a abolir los remanentes de la democracia y a reemplazarlos por el fascismo ^[49] (énfasis agregado).

El método abstracto de análisis se evidencia también en estos pronósticos, porque Trotski extrapolaba linealmente **una** tendencia de la realidad mundial de la pre guerra, sin analizar otras mediaciones que obraban en sentido contrario. Trotski «ve» que un sector de la burguesía mundial responde al ascenso revolucionario desatado en 1917 con el fascismo y el nazismo, esto es, con la guerra civil contra la clase obrera. Es lo que sucede en Italia, en Alemania, en buena parte del centro de Europa, en Japón (aunque en un grado menor) y lo que intentan sectores de la burguesía en Francia, Inglaterra y otros países. Pero ésta **no era la única política frente a la revolución**, porque también estaban presentes **la negociación, la democracia burguesa, las semi concesiones -combinadas con la represión-**, que ponían en práctica los gobiernos de Estados Unidos y de otros países adelantados. Lejos del hundimiento inminente del que hablaba Trotski en el PT, la democracia norteamericana se había demostrado ya en los treinta como una formidable contención a la difusión de las ideas del comunismo y luego se revelaría como una palanca movilizadora de masas hacia la guerra. Por otro lado, el gaullismo, el reformismo burgués inglés (con sus promesas de la «Nueva Jerusalén»), la Segunda Internacional y muchas otras corrientes políticas, incluidas las stalinistas europeas, se nutrirían, hacia el fin de la guerra, de aquella democracia burguesa que el movimiento trotskista había dado por acabada.

Además, este enfoque llevaría a Trotski a plantear perspectivas que, para decirlo de manera suave, encerraban el peligro de planteos oportunistas. Convencido de que una victoria de las «democracias decadentes» sobre Alemania e Italia no podría liquidar el fascismo «ni siquiera por un período limitado», llegó a sostener que:

...si hubiera algún fundamento para creer que una nueva victoria [de la Entente] ... pudiera obrar resultados tan milagrosos, esto es, contra las leyes socio-históricas, entonces es necesario no sólo «desear» esta victoria sino también hacer todo lo posible para que se produzca. En este caso los social-patriotas anglo franceses estarían en lo correcto ^[50].

Es significativo que Trotski cometiera estos errores siendo que en los años veinte había polemizado con los stalinistas porque éstos no veían la importancia que podían adquirir los gobiernos reformistas y las vías democrático pacifistas en Europa ^[51]. También Lenin había insistido, en plena crisis revolucionaria, que la burguesía no tenía sólo un método -la represión- para frenar la revolución, sino dos, porque contaba el «engaño organizado» (ver infra). Y en 1919 (coyuntura de crisis mundial extrema) explicaba que aun los países atrasados desarrollaban tendencias hacia las democracias burguesas ^[52].

Hacia el final de su vida Trotski parece olvidarse de estos criterios cuidadosos -que hacen a la consideración de **todas** las determinaciones que concurren a la conformación de una coyuntura política- para sostener, con el carácter 'de «ley socio-histórica», la tesis de la quiebra definitiva de la democracia. A esto lo llevaba el conjunto de ideas que había desplegado sobre las crisis y la lucha de clases, y su absolutización vacía. Pero con ello se deslizaba, nueva y pendularmente, al resbaladizo terreno del fatalismo.

4.- Fatalismo y subjetivismo extremos

Michael Lowy ha sostenido que con su pronóstico alternativo -«socialismo o barbarie»- Trotski había dejado atrás las posturas fatalistas sobre la «marcha de la humanidad hacia el socialismo»

de la Segunda Internacional. Lowy explica que Trotski -como Rosa Luxemburgo-tuvo aquella posición en su juventud, pero que la habría superado a partir de la Primera Guerra, cuando planteó la cuestión en términos de «guerra permanente o revolución proletaria». Con esto, sigue Lowy, Trotski hacía intervenir el factor subjetivo, «su autonomía parcial, su especificidad, su lógica interna y su eficacia propia» ^[53], y daba una muestra de comprensión dialéctica, crítica del fatalismo mecanicista que luego reinaría en el movimiento comunista burocratizado. La interpretación de Lowy es compartida por casi toda la militancia trotskista.

Sin embargo, la cuestión no nos parece tan sencilla ni lineal como pretenden Lowy y los militantes trotskistas. Por empezar, la misma forma de plantear la alternativa «socialismo o barbarie» no demuestra una comprensión dialéctica, porque formulada como «ley de hierro» -o bien A o bien B, no hay posibilidad de capitalismo-, **y sin fundamento teórico**, se revela como una forma del mecanicismo objetivista. Observemos también que esto le dejaba a Trotski sólo dos opciones desde el punto de vista programático: o un programa mínimo, defensivo, para una sociedad burocrática de esclavos; o un programa para una ofensiva inminente y revolucionaria de las masas.

Pero, además, y contra lo que dice Lowy, es un hecho que Trotski sostuvo hasta el final de su vida el enfoque fatalista. No tanto porque haya mantenido -de manera paralela a su planteo alternativo- la tesis que critica Lowy, de la inevitabilidad del socialismo, sino también, y principalmente, porque en el PT apela a la existencia de leyes generales de la historia y de un movimiento mecánico e ineluctable de ésta hacia el destino comunista.

Dice el texto:

...las **leyes de la historia** son más poderosas que los aparatos burocráticos. {...}

Cada vez en mayor escala, sus esfuerzos desesperados [de los social-traidores] por detener la **rueda de la historia** demostraran a las masas que la crisis de la dirección del proletariado ... sólo puede ser resuelta por la Cuarta Internacional (énfasis agregado).

No se trata de un descuido -Trotski trabajó meses en su redacción, el PT fue estudiado y repetido durante décadas en la CI-, sino de la conclusión de un «sistema» cuyos pasos teórico-políticos hemos seguido hasta aquí y que podríamos ordenar según la siguiente secuencia:

estancamiento de las fuerzas productivas - por lo que la democracia y la fuerza de la ideología burguesa están agotadas - por lo que toda reivindicación elemental plantea la cuestión del socialismo -por lo que habrá un impulso inevitable hacia la lucha, derivado de la crisis - y las masas movilizadas tienden a superar todos los obstáculos - con lo que «las ruedas de la historia» se imponen y el socialismo es inevitable.

Por eso en la CI nunca se criticaron estas nociones. Dadas las limitaciones de nuestro trabajo, aquí sólo vamos a presentar algunas objeciones a esta concepción que debe superarse.

En primer término, señalemos que la misma cuestión de la «inevitabilidad» del socialismo remite a formulaciones problemáticas del propio Marx, que luego asumirían Lenin, Trotski y otros marxistas. Todas ellas aluden a la idea de que, en un plazo más o menos mediato, las masas «deberían» tomar conciencia de la necesidad de resolver, de forma revolucionaria, las contradicciones de la sociedad capitalista. Algunos pasajes de **El Capital** apuntan en esta dirección ^[54]; luego Lenin plantearía que la tesis sobre la «inevitabilidad del socialismo» debería incorporarse al programa del bolchevismo ^[55]; y Trotski, en la «Introducción» al **Pensamiento vivo de Marx**, dedicó un punto a fundamentar por qué el socialismo no sólo es «posible», sino también «inevitable» ^[56]. Pensamos que se trata de formulaciones desafortunadas, por lo que encierran de mecanicismo. En todo caso lo correcto sería hablar de una «necesidad creciente» de la salida socialista, y de una posibilidad material y social también creciente.

Sin embargo, aunque el planteo sobre la inevitabilidad del socialismo deba criticarse por mecanicista, no incurre en una visión teleológica de la historia, como sí sucede con las nociones de las «leyes» generales de la historia, o la «rueda» que empujaría a la humanidad hacia una meta preestablecida desde el fondo de los tiempos. Al respecto, no es casual que Marx apenas se haya referido a supuestas «leyes de la historia». A lo sumo habló de una tendencia al desarrollo de las fuerzas productivas a través de una sucesión de formaciones sociales ^[57], rechazando la idea de

leyes «supra históricas» ^[58]. En diversos pasajes de su obra aludió a algunas constantes de la producción y a la tendencia de los seres humanos a librarse de las constricciones emanadas de sus necesidades naturales, pero era consciente de que esos «universales» sólo actúan a través de leyes específicas a los modos de producción. Así, por ejemplo, en el capitalismo encontramos las leyes del valor, de la circulación, de la reproducción ampliada, y otras, ninguna de las cuales opera de manera fatalista. Lenin también criticó por «objetivista» la noción de «tendencias históricas insuperables» ^[59]. La idea de un finalismo de «la historia», de un «destino ineluctable», no es de Marx, sino de Kautsky, quien partiendo de una concepción darwinista y positivista afirmaba que el mundo tenía una finalidad inmanente, hacia la cual se encaminaba de modo necesario ^[60].

Por todo esto decimos que la metáfora del PT de la «rueda de la historia», en marcha hacia su fin socialista, da una idea falsa e induce a una concepción donde la acción del ser humano se diluye (es «objetivista», diría Lenin). De las tendencias del capital deriva una necesidad creciente del socialismo -y una posibilidad material de cumplirlo-, **pero nada más**. Nunca debe entenderse esa necesidad como una restricción externa, operando ciegamente. Aunque Trotski, influido por Labriola, había tomado distancia desde joven con el marxismo kautskista de la Segunda Internacional ^[61], esa superación no se apoyó en las tesis de **El Capital** sobre las contradicciones del desarrollo del capital y su relación con las potencialidades revolucionarias. Por lo cual la vuelta al objetivismo extremo era inevitable, ya que a partir de las premisas con que razonaba en los años treinta -degradación progresiva de la clase obrera- sólo le quedaba el recurso de la «rueda» de la historia para fundamentar teóricamente el futuro de la revolución socialista. Parafraseando a Marx (nota 58), podemos decir que, a falta del estudio particularizado de las contradicciones del capital, Trotski apela a una «teoría histórico-filosófica general», de carácter suprahistórico. Esta crítica complementa entonces lo que hemos mencionado antes sobre los «universales abstractos», las «leyes histórico-sociales», que en la obra de Trotski parecieran actuar por fuera y por encima de los desarrollos singulares.

Pero además el fatalismo prepara el terreno para que se instale, paradójicamente, el subjetivismo extremo. Es que si millones de seres humanos se están volcando a la revolución, si la crisis económica es absolutamente sin salida, si la conciencia burguesa de las masas desaparece como obstáculo, es lógico concluir que el impedimento para el avance del socialismo se reduce al «puñado de traidores» de la dirección del proletariado (correlato en el plano político de la economía manejada por el «puñado de poderosos»). Por eso el pasaje del PT sobre las «masas de millones» volcándose a la revolución, ya citado, concluye con esta afirmación:

Grandes masas de millones de hombres vienen incesantemente al movimiento revolucionario **pero siempre tropiezan** en este camino con el aparato burocrático-conservador de su propia dirección (énfasis agregado).

De allí que la clave del destino humano se sintetice en la primera frase del programa:

La situación política mundial del momento se caracteriza, ante todo, por la crisis histórica de la dirección del proletariado,

que se repite hacia el final del texto, casi en los mismos términos, pero desde una perspectiva histórica global:

La crisis actual de la civilización humana es la crisis de la dirección del proletariado.

Un esquema interpretativo que sólo se sostiene al precio de haber reducido al mínimo la cuestión de la conciencia y su relación con las acciones de las clases. Es que si bien en determinadas coyunturas las direcciones oportunistas enfrentaron a las bases que las desbordaban ^[62], **no es cierto** que las masas estén volcándose siempre a la revolución y chocando con los traidores. Por el contrario, -y hay que reconocerlo de una buena vez en el trotskismo millones de obreros y de oprimidos estuvieron convencidos de que el programa de construir el socialismo en la URSS y la estrategia de la revolución por etapas en los países capitalistas eran convenientes; otros muchos millones confiaron en la democracia burguesa y en la socialdemocracia; y otros depositaron su fe en los nacionalismos burgueses de los países atrasados, **Si no se reconocen estas vinculaciones orgánicas** -«necesarias», en el sentido de unidad sistemática-**sólo queda concebir a las direcciones como meros «accidentes»**. Pero entonces habría que concluir que

estamos en el terreno de lo meramente azaroso, de lo subjetivo y fortuito, de lo que Hegel llamaba la «necesidad exterior». En este respecto el PT establece una relación simplista de causa/efecto, ya que la dirección proletaria sería la causa del freno y la derrota de la revolución, estando dadas «todas» las condiciones «objetivas».

En este punto apresurémonos a decir que nuestro propósito no es negar la intervención de elementos fortuitos en la conformación de los movimientos de masas, y de sus direcciones en particular. Ya Marx había señalado el rol que juegan las direcciones «que al principio están a la cabeza del movimiento» como uno de los tantos «accidentes» que intervienen en el curso del desarrollo, y que retardan o aceleran los procesos ^[63]. Lo contingente, lo azaroso, es un componente vital de la historia ^[64] y del movimiento de la clase obrera. Pero así como el ser humano sabe imponer su necesidad interior al mundo exterior que lo rodea, transformándolo con su acción, también la clase obrera deberá aprender a determinarse, a dominar los elementos fortuitos, estableciendo -entre otras condiciones para su triunfo- direcciones que sean expresión y vehículo de su liberación. Una clase obrera completamente sometida a los avatares de una dirección, es una clase todavía alienada; dicho en el lenguaje de Marx, todavía es «en sí», o no plenamente «para sí»; aún debe conquistar su independencia, desarrollarse en el sentido pleno. Esto implica, parafraseando a D'Hondt, desplegarse como un «antiazar» activo, absorbiendo las causas exteriores -la corrupción de los dirigentes, las debilidades subjetivas de direcciones y cuadros- que detienen o derrotan al movimiento. Creer que es posible una revolución inminente, estando la clase obrera enajenada en manos de una dirección oportunista, revela una vez más las inconsecuencias teóricas del análisis del PT.

Es necesario entonces restablecer un enfoque dialéctico de las relaciones entre bases y direcciones. Estas últimas actúan sobre la clase obrera y la influyen. Tienen su propia dinámica, **pero ésta es relativa** ^[65]; en buena medida, están determinadas por las bases y son, hasta cierto punto, su efecto ^[66]. El enfoque no dialéctico del PT es muy marcado en este punto. Primero, porque no pone en conexión orgánica la situación de las bases con sus direcciones, que parecen surgir de la nada. Y en segundo lugar, porque desprecia la capacidad de aprendizaje de las masas, que repetirían el proceso con los burócratas que las traicionan en sus afanes revolucionarios, sin reconocer nunca a los comunistas que les indican el camino correcto. De esta manera el planteamiento de que la historia depende de un grupo de revolucionarios se mantiene paralelo al de la «fatalidad» del destino socialista -la «rueda de la historia». Este desgarramiento extremo entre ambos polos ha sido observado, bajo un enfoque apenas distinto al que presentamos aquí, por Bensaid. Este señala que en el PT existe un descuartizamiento entre, por una parte, la confianza reiterada en las leyes objetivas y las profecías catastrofistas, y por otro lado la debilidad patética del factor subjetivo. También dice que esta disyunción se encuentra muchas veces en Mandel, y concluye que este enfoque está lleno de dificultades teóricas insuperables:

Si las condiciones objetivas son tan favorables, ¿cómo explicar que ellas no hayan abierto paso, aunque fuera parcialmente, a las condiciones para la solución de la crisis subjetiva de dirección? La explicación deriva inevitablemente hacia una representación policial de la historia, atormentada por la figura recurrente de la traición, donde las ocasiones más propicias son saboteadas por las direcciones traidoras... Y si la oposición es portadora de una solución revolucionaria a la crisis de la dirección, ¿cómo explicar que no haya obtenido más éxito, si no es por un deterioro sin esperanza de las famosas condiciones objetivas? Así planteado, el círculo de lo objetivo y de lo subjetivo es desesperadamente vicioso ^[67]. Sí, el círculo es «desesperadamente vicioso», y la primera condición para su superación era criticar de raíz las tesis del estancamiento crónico y definitivo del capitalismo, de la falta de maniobra de la burguesía, para restablecer luego la importancia de la ideología en los procesos sociales y con ella las vinculaciones dialécticas entre los diferentes niveles del accionar histórico.

5.- La lógica política del Programa de Transición

Todo conduce, entonces, a un escenario en el que parecería bastar la intervención de los revolucionarios para que el movimiento desate sus potencialidades y crezca con la fuerza de las avalanchas naturales e incontenibles. Por esta razón hay que subrayar, una vez más, el marcado

carácter agitativista que encierra la orientación recomendada por Trotski. En crítica a los sectarios, el PT sostiene que «los acontecimientos políticos no son para ellos la ocasión de lanzarse a la acción, sino de hacer comentarios»; así, pareciera que todo acontecimiento político deja sólo dos opciones: comentarios de cenáculos o agitación para la acción. El rol de la propaganda y de la lucha ideológica y política se esfuma en esta nueva y rígida dicotomía; así, el PT está concebido para el trabajo directo hacia las masas, en el marco de que el agrupamiento propagandístico de cuadros entre la vanguardia estaría realizado, en lo fundamental (ver Apéndice 1). Con este trans fondo, Trotski plantea la superación de la división entre el programa mínimo y máximo. Precisemos brevemente la diferencia entre ambos.

Siguiendo una definición de Lenin, podemos decir que las reivindicaciones mínimas son aquellas que, en principio, no cuestionan la propiedad privada capitalista ni su Estado ^[68]; por ejemplo, son demandas mínimas el aumento de salarios, la libertad de los presos políticos, el derecho al voto, e infinidad de otras exigencias de las masas explotadas y oprimidas ^[69]. En cambio el objetivo de la toma del poder, las medidas de socialización y las proyecciones de transformación social profunda dan forma a los programas máximos. Las consignas transicionales entran en el esquema del programa máximo. Fueron formuladas en manifiestos o tesis estratégicas (las veremos en el **Manifiesto Comunista** y en las «Tesis de Abril») para impulsar la movilización hacia la abolición de la propiedad privada, **una vez que se hubiera tomado el poder**. Fueron pensadas para preparar la transición al socialismo; aunque no son socialistas, son incompatibles con la sociedad capitalista. Entre las más conocidas están el reparto de las horas de trabajo hasta acabar con la desocupación, sin disminución salarial; la obligación de trabajar; la anulación de la propiedad privada de la tierra ^[70]; la anulación del derecho de herencia; la abolición del secreto comercial y el control obrero de empresas; la nacionalización de la banca y grandes monopolios y su puesta bajo el control obrero.

Trotski pensaba que aquella división de programas era propia de la socialdemocracia anterior a la Primera Guerra ^[71], y que debía ser dejada de lado en la época imperialista, porque ya ninguna reforma era lograda y las masas estaban prontas a iniciar una ofensiva revolucionaria. Ahora las consignas mínimas exigían su combinación inmediata con las transicionales:

En la medida en que las viejas reivindicaciones parciales, mínimas, de las masas entran en conflicto con las tendencias destructivas y degradantes del capitalismo decadente -y **eso ocurre a cada paso**- la Cuarta Internacional auspicia un sistema de reivindicaciones transitorias, cuyo sentido es el de dirigirse cada vez más abierta y resueltamente contra las bases del régimen burgués. El viejo «programa mínimo» **es superado** por el «programa transicional», cuyo objetivo consiste en la movilización sistemática de las masas para la revolución proletaria ^[72] (énfasis agregado).

Enlazado con lo anterior, sostiene que el PT es un programa **para la acción hacia la toma del poder**, para la ofensiva ^[73]; no está concebido para situaciones defensivas. Incluso nos inclinamos a pensar que Trotski no aconsejaba la agitación transicional en Italia y Alemania. En el PT explica que en esos países las consignas de transición se entrelazarían con las democráticas «en cuanto el movimiento tome algún carácter de masa» ^[74]. Para el resto de los países la táctica es decididamente **de ofensiva**.

Para lanzar la ofensiva el PT busca entonces generar «la movilización sistemática de las masas para la revolución proletaria»; «toda la cuestión es cómo movilizar a las masas para la lucha», explica Trotsky ^[75]. Y a ese efecto los revolucionarios deben **concentrar la atención en una o dos consignas**:

... si repetimos las mismas consignas, adaptándolas a la situación, entonces la repetición que es la madre de la enseñanza, actuará de la misma forma en política ... Es necesario repetir con insistencia, repetir todos los días y en todo lugar. Este es el objetivo del borrador de programa, dar una impresión homogénea ^[76].

También:

Cuando el programa esté definitivamente establecido es importante conocer las consignas muy bien y maniobrar con ellas hábilmente, de manera que en cada parte del país todos usen las mismas consignas al mismo tiempo, 3.000 pueden dar la impresión de 15.000 ó 30.000 ^[77].

Ligado a lo anterior, las consignas transicionales -salvo la nacionalización de los medios de producción-están concebidas para agitarse **sin especificar qué relación guardan con la toma del poder**. Si bien el texto reconoce que no pueden lograrse plenamente bajo el capitalismo ^[78], en la agitación esta condición no se hace explícita. Lo importante es que aparezcan como propuestas «prácticas», para que sean tomadas por los trabajadores, visualizadas como soluciones casi de «sentido común», aunque los revolucionarios sepan que son impracticables en el capitalismo. Por eso, cuando habla del reparto de las horas de trabajo y la escala móvil de salarios, el PT explica que ante las objeciones sobre la «imposibilidad» de lograr esta demanda los militantes deberían responder que todo dependía «de la correlación de fuerzas». Por esta razón también las consignas transicionales están concebidas como «demandas» o «reivindicaciones», que se dirigen al Estado o al capital. La toma del poder debería ser una **conclusión** de la movilización en pos de obligar a la burguesía a adoptar las medidas transicionales.

Por otra parte, al concentrarse en una o dos consignas sin especificar qué relación guardan con el poder, la metodología política se conforma según la idea de un ascenso progresivo. Se trata de la táctica «escalera», que alienta la perspectiva de un avance de las movilizaciones «por escalones». Así, por ejemplo, las consignas del control obrero, apertura de los libros comerciales, y planes económicos obreros se conjugan para formar un modelo arquetípico de esta política procesual: el control obrero y la abolición del secreto comercial, instrumentados por comités de fábrica, permitirían conocer las ganancias y gastos de las empresas aisladas; de allí, se podría determinar la composición de la renta nacional; luego, desnudar las combinaciones de pasillos y las estafas de los bancos; después, se podrían convocar a los «especialistas honestos y afectos al pueblo» como consejeros; luego, los obreros elaborarían un plan general de obras públicas «trazado para un período de varios años», y abrirían las empresas cerradas. En este caso, el control «será sustituido por una administración directa por parte de los obreros». Por último, los comités podrían reunirse para elegir comités por ramas enteras de la industria y de esa forma «el control obrero pasará a ser la escuela de la economía planificada» (el esquema expuesto lo tomamos del PT). Con esto se podría mostrar, en pequeña escala, pero de manera convincente, cómo funcionaría una futura sociedad socialista, a través de consignas movilizadoras, prácticas, «concretas» (como gustan decir los militantes de la CI).

En las discusiones sobre el programa Trotski dejó un ejemplo clásico de como concebía esta política transicional. Se trata de su propuesta de agitar por la escala móvil de salarios y horas de trabajo en Estados Unidos:

Creo que podemos concentrar la atención de los trabajadores en este punto. Naturalmente éste es sólo un punto. (...) Pero las otras consignas pueden agregarse en la medida en que se desarrolle la situación. (...) Pienso que en el comienzo esta consigna [escala móvil de salarios y horas de trabajo] será adoptada por las masas. ¿Qué es esta consigna? En realidad es el sistema de trabajo en la sociedad socialista. (...) **Lo presentamos como una solución a esta crisis** (...) Es el programa del socialismo, pero presentado de una manera muy simple y popular ^[79] (énfasis agregado).

Esta explicación se ha incorporado al acervo político de la CI y resume la mecánica de la agitación transicional que planteaba Trotski.

6.- Consignas «lógicamente imposibles»

Uno de los errores más comunes en la política revolucionaria es elaborar tácticas y consignas abstractas, esto es, desligadas de las circunstancias históricas y sociales que las contextualizan. Podemos decir que buena parte de las diferencias entre Lenin y sus compañeros estuvieron atravesadas por esta cuestión. La fuerza de la política de Lenin residía en su capacidad para llegar a lo concreto, a la unidad de las múltiples determinaciones que conforman la táctica, pero sin «olvidar» la teoría revolucionaria. Para eso deben conservarse, por un lado, los «principios

generales» -por ejemplo, la actitud ante el Estado o la explotación capitalista- como momentos necesarios de la elaboración, pero las tácticas y consignas siempre necesitan, en la visión leninista, ser adecuadas y precisadas según las coyunturas políticas, el estado de conciencia de las masas y otros factores.

Esta forma de concebir la política, como «un concreto», está ausente en el PT. La clave de esta ausencia es la idea de que los marxistas no deben considerar decisiva la cuestión de las posibilidades de efectivización de las consignas a la hora de decidir sus campañas de agitación y de exigencias. En un texto de los años veinte Trotski explicó esta importante premisa metodológica:

...cuando se trata de una reivindicación, **sea cual sea** (...) el simple criterio de la posibilidad de su realización no es decisivo para nosotros... **No son las conjeturas empíricas sobre la posibilidad o imposibilidad de realizar algunas reivindicaciones transitorias** las que pueden resolver la cuestión. (...) en determinadas condiciones es totalmente progresivo y justo exigir el control obrero sobre los trusts aun cuando sea dudoso que se pueda llegar a ello en el marco del Estado burgués. El hecho de que esta reivindicación no sea satisfecha mientras domine la burguesía, debe impulsar a los obreros al derrocamiento revolucionario de la burguesía. De esta forma la imposibilidad política de llevar a cabo una consigna puede ser más fructífera que la posibilidad relativa de realizarla ^[80] (énfasis agregados).

Según este texto (que es básico en la formación trotskista), los marxistas no deben entrar en consideraciones sobre «qué se exige, a quién y cuándo» a la hora de convocar a las masas a movilizarse. Bastaría que las consignas tengan un carácter en general progresivo, porque con ello el movimiento avanzaría de todas formas. En los treinta Trotski reafirma esta idea, sosteniendo que las consignas transitorias tenían una gran importancia «con independencia de saber en qué medida serían realizadas y si lo serían o no en forma general» ^[81].

Sin embargo, el tema de las posibilidades de efectivización de las consignas no es materia que se pueda dejar de lado con la facilidad con que lo hace Trotski. Ella está en el centro mismo de la crítica marxista a las ilusiones, al fetichismo de las relaciones cosificadas y a los programas utópicos e idealistas. Al desconocer precisamente la cuestión de las posibilidades -que no se reducen a las «empíricas» que menciona Trotski- la política trotskista se volverá abstracta y hasta incoherente. Un enfoque dialéctico nos ayuda al planteamiento de nuestra crítica.

Como explicaba Hegel, cuando se separa una situación o realidad de las relaciones en que está inmersa, podemos asignarle, con nuestro pensamiento, cualquier posibilidad ^[82]. Y así las cosas más absurdas y contrarias al sentido pueden ser vistas como «posibles» o, inversamente, como imposibles. En política, sigue Hegel, este tipo de especulaciones abstractas es tan común como dañino. Para evitarlo, «lo posible» debe derivarse «del contenido, esto es, de la totalidad de los momentos de la realidad, que se muestra en su desarrollo como necesidad» ^[83]. O sea, hay que estudiar el contenido -en nuestro caso, de los procesos sociales-, sus relaciones internas, su evolución y contradicciones, y con ello determinar qué es posible, y qué no lo es. Y cuando se procede así **aparecen las diversas formas del posible** ^[84]. Un primer grado de estas formas está constituido por las «posibilidades formales», o «abstractas», o que Marx también llamaba «teóricas» o «generales». Son las posibilidades que se fundan en las categorías y las leyes generales a las que arriba el conocimiento científico. Este tipo de posibilidades debe ser distinguido de las «concretas» o «reales», que son las que, además de ser factibles lógicamente, demandan el desarrollo de una serie de condiciones específicas. Ilustremos estas nociones con ejemplos vinculados a la discusión sobre las consignas y las tácticas políticas.

Si decimos que el capital implica una relación de explotación sobre la clase obrera, estamos estableciendo una relación orgánica entre dos fenómenos -capital y explotación-, relación que se deriva del concepto mismo de capital, en el sentido de que éste implica, con necesidad absoluta, la explotación. De aquí inferimos una conclusión, a saber, que es ilógico exigir que el capital deje de ser explotador. Así, por ejemplo, Marx criticaba la consigna bakuninista de «la igualdad de las clases» por ser «lógicamente imposible» ^[85], es decir, por ser contraria a la naturaleza de la sociedad capitalista y a su estructura de clases. En cambio, si decimos que hoy no están dadas las posibilidades de una huelga general revolucionaria en este país, estamos afirmando una

imposibilidad de otra naturaleza que la del ejemplo anterior. En este caso no se trata de una imposibilidad lógica (la posibilidad teórica de la huelga general está implícita en la misma relación social asalariada), sino de una imposibilidad concreta, históricamente determinada por la ausencia de condiciones políticas favorables a la huelga.

Nuestra crítica al método transicional del PT consiste en que en gran medida se erige sobre una imposibilidad lógica (o teórica) similar a la del primer ejemplo, ya que convoca a las masas a exigir al Estado capitalista (o al capitalismo) que aplique medidas de transición... al socialismo. Por eso no se trata sólo de que el PT contiene consignas «empíricamente» desajustadas (esto es, referidas a posibilidades concretas inexistentes), como veremos luego. Por encima de este problema, el PT encierra una incoherencia derivada del carácter «anti natura» (contrario a las categorías y al concepto mismo de capital y Estado) de las consignas transicionales **planteadas como demandas al Estado**. Por ejemplo, llama a los obreros a movilizarse para exigir -al capital o al Estado- el reparto de horas de trabajo, con salarios móviles, hasta acabar con la desocupación. Es claro que, de lograrse esta medida se anularía la ley económica del salario, y con ello la explotación capitalista. Con lo cual concluimos que el PT llama a demandar al Estado capitalista que acabe con la explotación capitalista; pero es tan absurdo pedir a este Estado que acabe con la relación de explotación asalariada como lo es hacerlo con el capital ^[86].

Esta crítica nos permite retomar una cuestión que dejamos planteada al comienzo de nuestro trabajo, y es la referida al desconocimiento del fundamento histórico-materialista de la agitación revolucionaria, que conecta en Trotski con su visión de la descomposición de las premisas sociales de la revolución. En su planteo transicional resurge la falta de problematización de las contradicciones fundamentales del modo de producción capitalista; contradicciones a partir de las cuales deberían plantearse las consignas. En este sentido la formulación de «planes obreros» sin consideración a las circunstancias concretas en que pueden instrumentarse, se vincula con la misma cuestión e incluso apunta en un sentido «socialista utópico» (presentación de programas acabados de reformas sociales, sin sustento político real).

A muchos lectores tal vez les llame la atención que estemos planteando la cuestión desde el punto de vista de las conexiones lógicas más primarias que deberían existir entre consignas y relaciones sociales. Sin embargo este enfoque no es novedoso. Sólo largos años de tácticas que obviaron la consideración de los «criterios de posibilidad o imposibilidad» borraron esta idea del movimiento comunista. Ya hemos citado a Marx cuando rechazaba consignas bakuninistas **por su carácter «lógicamente imposible»**; por las mismas razones rechazaría muchas demandas y planes de reformadores proudhonianos o socialistas utópicos.

Por otro lado, una relectura medianamente atenta de Lenin nos muestra que también el líder bolchevique rechazaba demandas y tácticas, no por su inadecuación empírica, **sino por su carácter absurdo, ilógico general**. En este sentido sus textos de abril a octubre de 1917 son ricos en enseñanzas, porque aparentemente entonces estaban dadas las condiciones para «imponer» toda clase de medidas y consignas. Pero Lenin no acepta cualquier demanda, porque no aplica un criterio de «progresividad» en abstracto para decidir la agitación. Por ejemplo, cuando muchos socialistas exigían al Gobierno Provisional ruso que firmara una paz «democrática y justa», responde que la exigencia era «absurda» (*sic*), dado que la paz democrática era contradictoria con la naturaleza del Estado imperialista ruso ^[87]. «Absurdo», esto es, contrario a la lógica. De la misma manera, cuando algunos mencheviques, como Avilov, proponían que el Estado actuara «contra la rapacidad capitalista», que «asumiera el control de los negocios» apoyado en «la intervención de la democracia revolucionaria» (los *soviets*), Lenin explica que era «ridículo» (*sic*) apelar «al Estado de los capitalistas contra la rapacidad de los capitalistas» ^[88].

Lo anterior explica también por qué, cuando Engels discutió el carácter de las consignas transicionales, en su crítica a Heinzen, se refirió a éstas como «medidas», no como «demandas» a ser formuladas al Estado burgués ^[89]. Dado que Heinzen planteaba las consignas transicionales en condiciones de dominio normal de la burguesía, éstas aparecían como «quimeras de mejoramiento del mundo, fruto de una especulación arbitraria», sin entroncar «con el desarrollo histórico». Engels decía que equivalía a pretender modificar el derecho de propiedad y de herencia «a gusto y antojo» ^[90]. Si las medidas transicionales se relacionan «con una situación pacífica, burguesa»,

«están destinadas a sucumbir» y entonces no se pueden contestar «las correctas objeciones de los economistas burgueses». En cambio esas objeciones

...pierden toda su fuerza tan pronto se consideran las reformas sociales, apuntadas como «purés mesures de salut public», como medidas revolucionarias y transitorias... y no «como medidas fijas y últimas».

Pero para eso es esencial comprender que estas medidas

...son posibles porque está tras ellas todo el proletariado puesto de pie, **apoyándolas con las armas en la mano** (énfasis agregado).

Los argumentos de Engels conservan vigencia. Los militantes de la CI, siguiendo la táctica del PT, incurrían una y otra vez en contradicciones para fundamentar programas «obreros» y consignas que se presentan como factibles en el cuadro del dominio burgués, que se inscriben en la lógica del «socialismo en pequeño», formuladas a la manera de «soluciones sencillas y aplicables». De esta manera se ven empujados a razonar como «estadistas», lo cual mella el filo de la crítica; los obliga a discutir en el terreno ideológico de la burguesía, allí donde no se pueden contestar las «correctas objeciones» de los ideólogos («los economistas») burgueses. Si no se subordinan al triunfo de la revolución proletaria, estos planes **aparecen como quimeras de «reformadores sociales» que buscan cambiar a voluntad las relaciones económicas**. En una palabra, devienen absurdos lógicos, insostenibles.

Por estas razones Marx y Engels presentaron las medidas transicionales -en **El Manifiesto Comunista**- subordinadas a la «elevación del proletariado a clase dominante» ^[91], no como exigencias, como medidas representativas del "socialismo en pequeño", a ser impuestas al capital. Posteriormente, en la "Circular de marzo de 1850", formulan una táctica transicional de exigencias, pero no dirigida a un gobierno del capital, sino a un eventual gobierno de la pequeña burguesía jacobina, **surgido de una revolución y con el contrapeso de las masas armadas y organizadas de manera independiente**. Podría discutirse las posibilidades que encerraba esta táctica, pero de todas maneras estaba muy lejos de la política de exigencias al Estado capitalista, que luego instrumentaría la CI. No es casual que en la obra de Marx y Engels no encontremos ninguna formulación de esta última táctica. Y la Tercera Internacional -que actuó en las circunstancias más revolucionarias que conoció la historia del capitalismo- tampoco adoptó un programa transicional "*urbi et orbi*", como haría luego la CI.

Algunos lectores, habituados a moverse en política con la lógica del PT, podrían argumentar sin embargo que la táctica de Trotski es más astuta que la de Marx, por ejemplo, porque a éste nunca se le ocurrió agitar en favor de la lucha por efectivizar las consignas absurdas de Proudhon o Bakunin, a fin de que los partidarios de éstos hicieran la experiencia y sacaran conclusiones comunistas. Trotski, aparentemente, habría encontrado un método fácil y práctico para hacer avanzar la conciencia de las masas. Pensamos que no es así, que sólo la extrema minusvaloración de los fenómenos de conciencia, de la incidencia de las ideologías burguesas, sustentadas en la ilusión del avance lineal del movimiento, puede llevar a postular una orientación tan simplista para superar las falsas ilusiones. Por lo demás, toda la experiencia histórica demuestra lo poco productivo que es agitar la exigencia de la aplicación de consignas irreales, utópicas, para que los trabajadores saquen las conclusiones convenientes. La formulación de consignas lógicamente imposibles por parte de Trotski revela una simplificación excesiva de las siempre presentes (y siempre minusvaloradas en el PT) estructuras ideológicas en las masas.

Antes de terminar este punto aprovechamos para refutar un argumento que brindó Trotski en apoyo de su política, en ocasión de un debate sobre cómo enfrentar el llamado plan De Man, quien era líder del Partido Obrero belga, y en los años treinta había elaborado un «plan de trabajo» para cuando su partido accediera al poder ^[92]. Trotski criticó el carácter utópico del programa, pero dijo que los marxistas debían luchar para que el partido Obrero tomara el poder y lo pusiera en práctica. Aplicaba en esto la noción de «no considerar las posibilidades de efectivización de la consigna de agitación», porque pensaba que los trabajadores se darían cuenta de que el proyecto era irrealizable y romperían con su líder:

Entonces cuando les decimos a las masas que para aplicar este imperfecto plan es necesario pelear hasta las últimas consecuencias estamos lejos de ocultarles el engaño, les ayudamos a descubrirlo a través de su propia experiencia. (...)

La tarea revolucionaria consiste en exigir que el POB tome el poder para hacer efectivo su plan ^[93].

Trotsky apeló entonces al ejemplo de los bolcheviques, quienes adoptaron, en 1917, el programa agrario de los socialrevolucionarios para que las masas hicieran su experiencia y lo superaran. Aquel programa estaba plagado de consignas utópicas, pero los bolcheviques, a la vez que lo criticaban, impulsaron a los campesinos a luchar por su imposición:

[Los bolcheviques] terminaron incluyendo el plan en su programa de acción. Les decían a los campesinos: los errores de vuestro programa los corregiremos juntos, a la luz de la experiencia común cuando hayamos tomado el poder. Sin embargo, vuestros dirigentes, Kerensky, Chernov y los otros, no quieren la lucha. Allí está su mentira. ¡Tratad de arrastrarlos a la lucha, y si se obstinan, echadlos! ^[94].

Pero la referencia a la experiencia rusa es desafortunada, y por partida doble. En primer lugar, porque el plan De Man era irrealizable y utópico en los marcos del capitalismo, mientras que el programa socialrevolucionario ruso de distribución de tierras era perfectamente realizable, aunque no llevara al comunismo (como lo demostraría luego el surgimiento de las tendencias pro kulaks en el agro soviético). Pero en segundo término, porque los bolcheviques quisieron hacer la experiencia junto a los campesinos desde **el poder**. Por eso se comprometieron con el programa agrario socialdemócrata **en vísperas** de la insurrección, **a condición** de que las masas apoyaran al nuevo gobierno revolucionario, y sin dejar de decirles que consideraban al plan irrealizable en un sentido comunista. De esta forma los campesinos podrían sacar conclusiones en base a **su** experiencia, lo cual es muy diferente que exigir a un burgués reformista que aplique un programa utópico dentro del sistema capitalista. En este caso los trabajadores no tienen ninguna posibilidad práctica de controlar o verificar la marcha del programa. Y abstraerse de esta diferencia es, como decía Lenin, ante propuestas parecidas a la de De Man, «olvidarse de lo principal».

7.- Trotsky y la «inversión» de la política transicional

Trotsky no sólo deja de lado la consideración de las posibilidades lógicas de las consignas que pregona, sino también el análisis cuidadoso de las condiciones empíricas, histórico sociales, que hacen conveniente en determinado momento la agitación de una consigna teóricamente coherente. Su recomendación de no pararse en «consideraciones empíricas» sobre las posibilidades está vinculada a este aspecto del problema. En este sentido es interesante destacar que Hegel, quien no por casualidad había criticado el carácter no ontológico de la categoría de posibilidad de Kant, decía que para que exista la posibilidad real no es suficiente con definir la simple no contradicción lógica, sino que es necesario sumergirse en sus condiciones concretas:

...cuando empezamos a averiguar las determinaciones, circunstancias y condiciones de una cosa, para reconocer mediante éstas su posibilidad, no nos detenemos ya en la posibilidad formal, sino que consideramos su posibilidad real. (...) La posibilidad real de una cosa es, por consiguiente, la existente multiplicidad de circunstancias que se refieren a ella ^[95].

Tener presente esta premisa metodológica será también la clave del pensamiento dialéctico y concreto de Lenin. Y éste es un punto fatalmente débil en Trotsky, que luego heredó la CI, a pesar de sus protestas de pensar «concretamente». En Trotsky hay un permanente sesgo hacia la abstracción idealista, a desconocer las raíces materiales que pueden limitar la fuerza de la consigna. Tomemos como ejemplo -que es paradigmático de la táctica del PT-su explicación sobre la necesidad de agitar en favor del control obrero en Alemania, en 1932, en el artículo «¿Y ahora?» ^[96]. Trotsky parte del reconocimiento de que la agitación de esta consigna en épocas no revolucionarias le confiere «un carácter puramente reformista», ya que el control se remite «en bruto, al mismo período que la creación de los *soviets*» ^[97]. Pero en seguida explica que puede ser agitado **aunque no exista una ofensiva de las masas**:

En la actualidad sería incorrecto rechazar esta consigna, en una situación de crisis política creciente, únicamente porque todavía no hay una ofensiva de masas. Para la ofensiva misma se necesitan consignas que precisen las perspectivas del momento. La penetración de las consignas en las masas debe ser precedida invariablemente por un período de propaganda ^[98].

Aquí Trotski invierte los supuestos tradicionales del control; éste deja de demandar premisas específicas -una situación revolucionaria pre insurreccional- porque ahora esas premisas pasan a ser **resultados esperados**. Por cierto, la relación entre presupuestos y efectos no debe entenderse de manera mecánica. Dadas las premisas «clásicas» -armamento y poder obrero-, la agitación por la implementación del control obrero de la producción agudizará seguramente la tensión revolucionaria. Pero el orden de los factores no se puede invertir a voluntad, porque se trata de una asimetría dialéctica entre las condiciones sociales y la actividad subjetiva que remite, en última instancia, al reconocimiento de las limitaciones objetivas de la agitación y propaganda de los grupos para generar situaciones propicias para el control obrero.

El razonamiento de Trotski se basa en la creencia de que es inevitable un ascenso revolucionario en el **futuro**, que generaría las circunstancias propicias para el control; pero en el momento de formular su política se trata de una probabilidad abstracta, no presente. «**Si**» la agitación por el control de los trabajadores provocara el surgimiento del poder obrero, su «inversión» habría sido inocua. Pero en política los tiempos cuentan, porque si las masas no se organizan de manera revolucionaria, la agitación por el control obrero girará en el aire, carente de basamento.

En otras coyunturas claves de su vida política se advierte el mismo sesgo metodológico. Por ejemplo, cuando la discusión sobre la paz de Brest, su fórmula -»ni paz ni guerras- era buena «en principio», **si** las masas se levantaban en Alemania y **si** la crisis del ejército germano se agravaba. Pero los «si» no alcanzan para hacer política, y por eso su orientación se tornaba abstracta; se basaba sólo en una posibilidad lógica, no real. En aquella instancia se demostraría la superioridad de Lenin, quien no fundaba su política en los «intentos» de determinar si la revolución alemana comenzaría en un plazo más o menos breve, sino en **hechos** que se estaban produciendo; dado que no se puede predecir el futuro, basar la táctica en prognosis es poco menos que jugar al azar, explica Lenin. A veces las consignas pueden ser «brillantes», pero por eso mismo ennegrecen y no dejan ver las condiciones bajo las cuales se pueden aplicar y desarrollar ^[99]. Con el mismo enfoque Lenin criticará las consignas sobre «control» que no se basaban en posibilidades concretas. Cuando en 1917 los líderes del bloque pequeñoburgués pregonaban el control de los *soviets* sobre el gobierno, explica:

El control sin el poder en las manos no es más que una frase vacía. ¿Cómo voy a controlar yo a Inglaterra? Para ello tendría que apoderarme de su flota ^[100].

Luego de admitir que la masa de obreros podía creer, ingenua e inconscientemente en el control, continúa:

¿Qué es el control? Si yo escribo un papel o una resolución cualquiera, ellos escribirán una contrarresolución. **Para controlar hay que tener el poder** (...) si encubro esta condición fundamental del control, no digo la verdad y hago el juego a los capitalistas e imperialistas (...) Sin poder, el control no es más que una frase pequeñoburguesa que frena la marcha del desarrollo de la revolución rusa ^[101] (énfasis agregado).

8.- La «escalera» transicional

La táctica de la «escalera» transicional, -que tanto entusiasmo a la militancia de la CI-, también hace abstracción de las condiciones reales de su aplicación. Sus antecedentes se encuentran en la llamada «táctica proceso» que defendían algunos socialistas rusos en la época de la lucha anti zarista. Estos partían de alguna consigna que parecía factible y «palpable» a los ojos de las masas, con la idea de ir elevando los objetivos a medida que el movimiento cumpliera determinados pasos. Por ejemplo, agitaban por una Asamblea Constituyente, exigiendo al zar que la convocase. En caso de que esto se lograra, plantearían el siguiente escalón: que la Asamblea se proclamara soberana. Si esto tenía éxito, venían nuevos «pasos-demandas», derivados de nuevos conflictos, hasta acabar con el régimen zarista. Otro ejemplo fue el llamado a constituir un

partido obrero «amplio», primer paso de construcción de un partido socialista. Si se formaba el partido obrero, venía luego otro paso.

Lenin criticó estas orientaciones por su naturaleza abstracta, irreal y oportunista. Sobre la demanda de Asamblea Constituyente al zarismo, decía que los partidarios de la «táctica proceso» olvidaban las condiciones en que el régimen podría convocarla, y por eso dejaban abiertas las puertas para la componenda entre los liberales y la reacción ^[102]. En cuanto al partido obrero «amplio», lo rechazó entre otras razones porque hacía abstracción de las diferencias que existían en el movimiento obrero ruso y porque no hay independencia de clase al margen de un programa definido en torno al Estado y la explotación ^[103].

A pesar de que Trotski rechazó la política conciliadora de los mencheviques con el zarismo, su política tiene marcadas similitudes con aquella vieja «táctica proceso» rusa, y en muchos sentidos la profundiza, aunque vertebrada ahora en torno a las demandas transicionales. Un ejemplo acabado es el planteo del control obrero que figura en el PT. En esa «escalera» se esfuman las inevitables reacciones del capital, el sabotaje y el «lock out» patronal, y todas las circunstancias sociales y políticas que determinarían el carácter **episódico** y **precario** de cualquier control a cargo de comités de empresa. En esa «escalera», que parte del control de una empresa y termina en los planes nacionales, se aprecia hasta qué punto Trotski no evaluó las condiciones reales, -la posibilidad concreta- para efectivizar ese proceso. En la Rusia de 1917, con los *soviets* y el peso revolucionario del partido bolchevique, el control obrero sólo tuvo un alcance parcial y fragmentario; incluso después de la revolución, apenas se quiso generalizar, fue boicoteado por los empresarios, obligando al gobierno soviético a adelantar la expropiación de las empresas. ¿Dónde se podrá aplicar entonces un control como lo imagina el PT? ¿Un control convertido en «escuela de masas» de la planificación, durante años, y avanzando en escalera?

Por otra parte, al hacer abstracción de las circunstancias que enmarcan las consignas, los defensores de la táctica «en escalera» caen en la ilusión de que es posible establecer las consignas «precisas», a través de las cuales transiten las luchas en ascenso y la conciencia de las masas. Como se trata de «arrancar» la movilización, buscan elegir «la» consigna que permita poner el pie en el primer escalón de la «escalera». Por eso Trotski recomendaba «concentrarse en una o dos demandas», una idea que ya en los años veinte había criticado la Tercera Internacional. Esta explicaba que la clase obrera sufre tantas calamidades y los caminos de las luchas, sus ritmos y formas, son tantos y dependen de tantos factores, que **es imposible** elegir «ésta» o «aquella» como «la» consigna movilizadora ^[104]. Por eso también Lenin decía que los comunistas no podían saber «cuál será el motivo principal que despertará, inflamará y lanzará a la lucha a las grandes masas, aún adormecidas» ^[105], y que las medidas de lucha y organización surgirían -en especial cuando el partido marxista es débil- del movimiento de masas. Los mismos obreros y campesinos «sabrán organizar hoy un tumulto, mañana una manifestación...» ^[106]; las masas desplegarían iniciativas que superarían en mucho todas las predicciones de los intelectuales ^[107]. Por eso la Internacional Comunista calificaba de «sueños de visionarios» la pretensión de conducir al movimiento con una o dos consignas.

Pero, además, al concentrarse en una o dos consignas transicionales, los revolucionarios **se ven empujados a presentarlas como «soluciones a las crisis»**, dado que no se formulan articuladas a un programa general de medidas revolucionarias; y esto es inevitable cuando se quiere movilizar en una situación no revolucionaria. Pongamos un ejemplo: si la situación no es insurreccional no se puede generar una movilización por el control obrero diciendo que éste debe acompañarse del armamento de las masas, de la formación de comités revolucionarios y medidas similares. Por lo tanto, hay que agitar la consigna de manera aislada. Pero entonces no se puede seguir el consejo de Engels, de que las medidas transicionales no deben presentarse como fines en sí mismos. Ni tampoco se puede explicar a las masas que la demanda «movilizadora» es irrealizable bajo el capitalismo. Esta es la razón por la cual muchas veces Trotski y la CI «juegan a las escondidas» con la cuestión de la factibilidad de las demandas transicionales bajo el capitalismo. Por eso también, a la par que dicen que ni la más mínima conquista se puede lograr bajo el capitalismo, se proponen agitar entre las masas objetivos de lucha descomunales; y para colmo diciendo que nadie debe «perderse en conjeturas» sobre posibilidades o imposibilidades, y que «todo depende de la

correlación de fuerzas». De esta manera el discurso político se impregna de una ambigüedad y vaguedad insalvables.

Tampoco es correcta la idea de que, «de todas maneras», la agitación en favor de la aplicación inmediata de consignas desubicadas en cuanto a las circunstancias (aunque sean lógicamente coherentes) favorece el desarrollo de la conciencia socialista de las masas. Si así fuera, no habría que pensar mucho la especificidad y adecuación de cada consigna, porque todo aportaría al desarrollo del socialismo. Sin embargo, la cuestión es más complicada, porque una consigna desacertada debido a un contexto político y social inadecuado, puede ser instrumentada por la burguesía, cumplida «a medias» y desvirtuada. Por eso, Rosa Luxemburgo no consideraba «neutra» la demanda del control obrero en cualquier coyuntura y criticó a los reformistas por plantearla en una situación no revolucionaria.

Antes de terminar este punto, quisiéramos hacer una aclaración sobre el sentido de la agitación. En el movimiento trotskista muchas veces se la entendió como la acción de vocear (o más bien vociferar) una frase; «no pagar la deuda externa», «castigo a los genocidas», son demandas que se pregonan insistentemente, en la idea de que se está desarrollando «agitación revolucionaria». Pero... ¿por qué Lenin habría hablado entonces del «arte de la agitación»? ¿qué tiene de «artístico» gritar monótonamente una frase? La cuestión nos permite detectar, una vez más, una diferencia entre las tradiciones bolcheviques y lo que la CI creyó interpretar en ellas. Según Lenin la agitación es el arte de explicar una o dos **ideas** a las masas, a partir de sus experiencias y vivencias, para que saquen alguna conclusión política. Por ejemplo, demostrar que con gobiernos imperialistas no podría haber una paz justa y democrática; explicar esta idea, de manera sencilla y accesible, a decenas de miles de obreros y campesinos fue una proeza de agitación llevada a cabo por centenares de «tribunos» bolcheviques. Algo muy distinto que vocear con monocorde insistencia una o dos frases, como se ha acostumbrado a hacer en muchas organizaciones de la CI.

9.- Programa mínimo. Programa de Transición y tácticas defensivas

En este punto vamos a discutir la utilización del PT en períodos no revolucionarios. Nos proponemos demostrar la necesidad de volver a la división entre el programa máximo y mínimo; un tema «tabú» para la CI.

Comencemos diciendo que de la crítica al reformismo no debería concluirse que los revolucionarios desprecian la lucha por reformas ^[108]. Cuando no es posible convocar a la lucha revolucionaria, los comunistas luchamos por las demandas mínimas, al tiempo que explicamos que aun las reformas más abarcativas no acabarán los males esenciales del capitalismo -la desocupación, la explotación, el impulso del capital a desvalorizar el trabajo, la recreación permanente de marginados-, y que a largo plazo las reformas profundas serán "subproductos de ofensivas revolucionarias", como decía Lenin. Ahora bien, al proceder así estamos postulando una articulación de la lucha reivindicativa con el combate ideológico y político, **no con la convocatoria, a movilizarse por las consignas transicionales**, como hace el PT. Lo cual plantea la necesidad de revalorar la lucha por las demandas mínimas, en condiciones de dominio estable de la burguesía, y de articularlas, por medio de un programa específico, con el combate por el socialismo. En la CI, por el contrario, se actuó, y se sigue actuando, sobre la base del único programa -vinculación orgánica entre consignas mínimas y transicionales-en condiciones claramente adversas para las ofensivas revolucionarias.

Ya al momento de redactarse el PT era claro que en la mayoría de los países la situación era no revolucionaria, y en muchos incluso abiertamente contrarrevolucionaria. Ya entonces era un error formular un programa general que estaba pensado para la ofensiva revolucionaria únicamente. Pero un error aún más grave fue haber mantenido la agitación transicional cuando, en las décadas que van desde el fin de la guerra hasta principios de los setenta, el capitalismo se mantuvo llamativamente estable y la clase obrera obtuvo mejoras **reales** en los países avanzados y también en muchos atrasados. ¿Cómo se podía aplicar entonces un programa cuya premisa era que el

capitalismo no podía conceder ninguna mejora y que decía que toda reivindicación mínima debía ligarse a las transicionales? Que se hayan seguido agitando las consignas transicionales, para movilizar con ellas, en esa coyuntura, sólo se puede explicar por el extremo dogmatismo y la educación en hacer política sin consideración de las circunstancias presentes. Este solo hecho refuta, por otra parte, el carácter de «validez universal» que el trotskismo ha otorgado al PT a partir de 1938.

Aunque sea menos notorio, el PT tampoco fue útil en el período en que estamos inmersos desde hace un cuarto de siglo, aproximadamente, de crisis recurrentes y crecimiento lento, pero en que la clase obrera está en posiciones defensivas. Si la clase obrera está confundida, si la vanguardia está desorganizada, si la desocupación erosiona las potencialidades de lucha, si la burguesía ha logrado anotarse importantes tantos a su favor, ¿cómo es posible vertebrar una respuesta agitando consignas que convocan a imponer medidas de transición al socialismo?, ¿cómo se puede decir que es útil un programa que está pensado sólo para la ofensiva revolucionaria? Una coyuntura de retroceso del movimiento no se supera llamando a enlazar cada reivindicación mínima con exigencias transicionales, como hace la CI. En estas condiciones -que son las existentes en la mayoría de los países capitalistas, por lo menos desde comienzos de los ochenta- es «palpable» el abismo que existe, por caso, entre la lucha por la defensa del salario y la pelea por el «control obrero de la producción».

Un ejemplo nos permitirá ilustrar nuestra crítica. Nahuel Moreno ha explicado, en el curso de una polémica con el dirigente trotskista francés Pierre Lambert, cómo funciona el empalme entre reivindicaciones mínimas y transicionales tomando el caso de la lucha contra un capataz odiado por los trabajadores;

...combinamos la consigna «reformista» con otras cada vez más audaces para que la movilización no se detenga: de la expulsión del capataz a la expulsión de todos los capataces, luego del dueño de la fábrica, la expropiación de ésta, la imposición del control obrero. En síntesis, el trotskismo jamás plantea sus consignas de forma aislada, ni anárquica. Cada consigna es parte de un sistema...^[109].

Pero entre la expulsión de un capataz y la expulsión de todos los capataces media un **abismo**, porque acabar con todos los capataces implica terminar con la estructura de mando del capital sobre la fuerza de trabajo. Esto lo intuye todo obrero, por experiencia. Decir que los revolucionarios deben ligar toda demanda mínima a alguna transicional, en una situación no revolucionaria y defensiva, es condenarlos a propuestas sectarias, que en lugar de acercarlos a las masas, **los aíslan**. Además, la difusión de ese planteo -«ahora que luchamos contra este capataz, acabemos con todos los capataces»-, confunde acerca de los objetivos y ritmos de la lucha. Alguien podría decir que el ejemplo anterior es extremo, y que los propios partidarios de Moreno nunca aplicaron su consejo a las luchas reivindicativas contra los capataces. Lo cual es cierto, pero la diferencia con otros casos con los que nos encontramos a diario en la CI es apenas de grado. Por ejemplo, es común que frente a un problema de despidos, grupos de la CI agiten por «el control obrero de la empresa». Así, en lugar de centrarse en la defensa del puesto de trabajo, diluyen ese objetivo en metas que, dadas las circunstancias, no llevan a ningún lado.

En la CI cuesta mucho aceptar estas críticas porque está establecido como «principio» que, desde 1914 en adelante, todo programa mínimo, desconectado de la agitación transicional, es sinónimo de oportunismo. Por eso, ni en el período del *boom* capitalista, ni en la actual fase de crisis estructural y actitud defensiva de la clase obrera, la CI se ha atrevido a cuestionar la advertencia legada por Trotski sobre no separar el programa mínimo del transicional. Al respecto es educativo destacar que Lenin tuvo un criterio muy distinto. En plena época imperialista, en vísperas de la toma del poder, polemizó y se declaró **contrario** a la propuesta de Bujarin y Smirnov, quienes decían que la división entre el programa máximo y mínimo era anticuada, pues ¿para qué se la necesita, toda vez que se trata de la transición hacia el socialismo? ^[110] El líder bolchevique explicó que las medidas que tomarían los soviets desde el poder constituían un «programa de transición al socialismo», pero **hasta no haber derrotado a la burguesía el partido no debía suprimir el programa mínimo**. Agregaba que éste era «**indispensable** mientras vivamos en los límites de la sociedad burguesa» ^[111]. ¿Por qué? Sencillamente porque mientras no tuvieran asegurado el

triunfo sobre el capital los comunistas no sabrían si deberían retroceder y trabajar nuevamente en posiciones de retaguardia. En tanto la burguesía no sea vencida, los trabajadores estarán obligados repetidas veces a adoptar posturas defensivas, o a plantearse metas parciales; en consecuencia deberemos apelar a las consignas mínimas, sin conectarlas con las transicionales. Lo cual significa, ni más ni menos, que volver a la vieja división entre programa máximo y mínimo.

10.- El Programa de Transición y la experiencia rusa

En la CI está instalada la idea de que el PT recoge y sintetiza, de la forma más depurada, las experiencias y las enseñanzas leninistas, especialmente las de 1917. El texto contiene varias referencias a la táctica bolchevique de 1917, que conforman un argumento de peso para la aceptación de consignas, tales como la exigencia de la dimisión de los ministros capitalistas en gobiernos burgueses de coalición con «socialistas», o acabar con la diplomacia secreta. El PT sostiene que la CI «continúa la tradición del bolchevismo, que por primera vez mostró al proletariado cómo conquistar el poder»; más explícitamente, los Estatutos de la CI afirman:

En su plataforma la Cuarta Internacional concentró la experiencia internacional del movimiento marxista revolucionario, y especialmente aquella que surge de las conquistas socialistas de la Revolución de Octubre de 1917 en Rusia.

Reforzando estas ideas, Trotski se describió a sí mismo como el heraldo e irremplazable transmisor de las enseñanzas de 1917 ^[12]. No es de extrañar que a los ojos de la militancia de la CI la política del PT goce del prestigio de las «tácticas probadas», y nada menos que en la elevada escuela de la estrategia bolchevique de 1917. Por eso algunos militantes podrían admitir que la política del PT adolece de falencias cuando se aplica a situaciones no revolucionarias, pero están convencidos de su aptitud para los períodos de intenso ascenso revolucionario, como los que hubo en Portugal, en 1975, o en Nicaragua, inmediatamente después de la revolución sandinista.

En vista de lo anterior cobra relevancia política el examen de hasta qué punto el PT ha recogido el método político y el enfoque que llevaron al triunfo de Octubre. La discusión además es instructiva porque en principio la situación que se presentaba en Rusia después de la revolución de febrero sería una de las más indicadas para la táctica del PT. Las masas habían derribado al zarismo, pero se había impuesto un gobierno de unidad nacional, con mencheviques y socialistas revolucionarios. La crisis era profunda, el país estaba quebrado y en guerra. El pueblo quería la paz, pero los oportunistas continuaban la guerra para «defender la revolución». Se habían formado *soviets*, los obreros estaban armados y los soldados estaban organizados junto a los obreros. Los campesinos exigían la tierra, pero la burguesía y los conciliadores se negaban a entregarla. Por último, los revolucionarios bolcheviques, si bien en minoría en los *soviets*, disponían de una considerable fuerza y tenían líderes respetados y escuchados.

Dado este panorama, imaginemos cómo actuaría un militante provisto del método y de las orientaciones del PT. Habitado a explicar toda interrupción del flujo revolucionario en términos de «traición de la dirección», seguramente nos diría que las masas empujaban hacia la revolución, pero eran traicionadas por sus líderes oportunistas. Sin embargo, la profundidad de la crisis no permitiría a la clase dominante conceder la más mínima demanda a las masas. Nuestro hombre nos diría entonces que no había tiempo que perder en actividades propagandísticas, que las masas aprenderían con su experiencia y movilización, y centraría sus preocupaciones en cómo arrancar la movilización, para lanzar demandas cada vez más audaces y avanzar hacia la toma del poder. Por ejemplo, formularía alguna exigencia de «paz justa y democrática», acompañada del llamado a la lucha para imponerla.

De esta manera los trabajadores constatarían, con su práctica, que el gobierno de coalición era imperialista. Demandaría la renuncia de los ministros burgueses, para que los obreros y campesinos comprobaran la capitulación de sus direcciones. Exigiría la entrega de la tierra; la estatización de los bancos y grandes empresas, para su funcionamiento bajo control obrero. Además, concentraría la agitación en unas pocas demandas.

¿Fue ésta la política que aplicó Lenin, según reza la leyenda de la CI? La respuesta es no.

Por empezar, a nivel de los análisis, Lenin estaba muy lejos de centrar los problemas de la revolución en la «traición» de los líderes. En las «Tesis de Abril», texto decisivo para comprender su política en la coyuntura ^[113], subraya los factores «estructurales», por decirlo así, que daban fuerza al Gobierno Provisional: el despertar a la vida política de millones de pequeños propietarios, esa «ola» que «lo ha inundado todo», que «ha arrollado al proletariado consciente», no sólo por su fuerza numérica, sino también «desde el punto de vista ideológico»; la debilidad numérica del proletariado y «**BU insuficiente conciencia de clase y su deficiente organización**» ^[114]. Lenin **no adula** al movimiento de masas. Después de febrero la revolución se ha estancado «por la inconciencia crédula de las masas», no por alguna «traición». Es decir, establece una relación **orgánica** entre esas direcciones y la conciencia de los obreros y campesinos.

En segundo lugar, tiene presente la posibilidad de maniobras de la burguesía, con su «verborrea revolucionaria», pero también con pequeñas concesiones parciales, incluso con el inicio de alguna «reforma agraria» por vías constitucionales o un emprendimiento de paz; la clase dominante, con ayuda de los conciliadores, podía desviar al movimiento, estancarlo. Por eso advierte que la burguesía no tiene uno, sino **dos** procedimientos para dominar. Uno, usar la violencia, el otro, apelar

...al engaño, ala adulación, alas frases, a las promesas sin número, a las limosnas miserables, a las concesiones fútiles, para conservar lo esencial ^[115].

En un período de crisis aguda Lenin no descarta que la burguesía otorgara alguna «limosna miserable», que pudiera tener efectos perniciosos sobre la conciencia de las masas. Esa situación no era superable con maniobras tácticas, ni con la agitación de algunas consignas «privilegiadas».

Es indudable que Lenin -como también lo habían hecho Marx y Engels- valora el elemento espontáneo, el «instinto de clase» que anida en toda lucha de los explotados. Pero de allí nunca dedujo que el rol de los marxistas debiera limitarse a «depurar y generalizar» las tendencias espontáneas del movimiento, y mucho menos que el medio para hacerlo fuera el de propuestas «prácticas y concretas» para la movilización. Por esta razón **ninguna** de las cuestiones decisivas de la revolución es respondida en las «Tesis de Abril» según el esquema de la agitación transicional en escalera. Por el contrario, las Tesis ponen el acento en la propaganda, en la explicación paciente, para esclarecer ^[116]. Mucho menos se puede decir que la táctica pase por la "exigencia" de demandas imposibles, a los efectos de que los trabajadores saquen conclusiones socialistas. Ya hemos visto cómo Lenin polemizaba contra la política "absurda" de exigir al Gobierno Provisional la "paz democrática y sin anexiones". Hacer que el pueblo conciba "**esperanzas irrealizables**" significa fomentar el engaño, decía Lenin, y esto implica "retrasar el esclarecimiento de su conciencia, hacerle aceptar indirectamente la guerra". Mientras los bolcheviques estuvieran en minoría, deberían desarrollar una labor "de crítica y esclarecimiento" de los errores de las masas.

Salgamos ahora un momento de las «Tesis de Abril», para examinar la política leninista ante la importante cuestión de los tratados internacionales del gobierno ruso. En abril de 1917 se filtran informes sobre tratativas secretas del Ministro de Exteriores, Miliukov, con los aliados, y estallan manifestaciones de protesta en Petrogrado. Como resultado de la presión de las masas, Miliukov renuncia, aunque los acuerdos con el imperialismo siguieron sin conocerse; sólo fueron publicados, y anulados, **después** de la toma del poder por los *soviets*. En su **Historia de la Revolución Rusa** Trotski da a entender que los bolcheviques exigían su publicación:

...en las fábricas y en los regimientos más avanzados iban imponiéndose, cada vez más firmemente, las consignas bolchevistas de la política de paz: publicación de los tratados secretos y ruptura con los planes de conquista de la Entente, proposición abierta de paz inmediata a todos los países beligerantes ^[117].

Años después esta consigna figuraría en el PT, con carácter general ^[118].

Si bien no sabemos si algunas células bolcheviques defendieron la política de la que habla Trotski, es un hecho que la orientación de Lenin fue muy distinta de lo que cuenta la **Historia de la Revolución Rusa**. En la Séptima Conferencia del POSDR Lenin planteaba:

Aquí nuestra línea no puede consistir en exigir del gobierno la publicación de los tratados. Eso sería una ilusión. Exigir esto a un gobierno de capitalistas es lo mismo que exigirles que descubran sus trampas comerciales. Cuando decimos que es necesario renunciar a las anexiones y contribuciones debemos explicar además cómo ha de hacerse; y si se nos pregunta quién tiene que hacerlo, diremos que se trata de un paso revolucionario por esencia, y que ese paso sólo puede darlo el proletariado revolucionario. De otro modo no serían más que promesas vacías, expresión de buenos deseos con que los capitalistas llevan al pueblo de las riendas" ^[119].

Con respecto a la cuestión campesina, las «Tesis» plantean «la nacionalización de **todas** las tierras» por un Estado soviético, pero hasta tanto este poder no hubiera triunfado, debían ser los *soviets* regionales y locales «de diputados campesinos» -no los burócratas y funcionarios-, los que dispusieran «entera y exclusivamente de la tierra» y fijaran las condiciones de su «posesión y disfrute» ^[120]. La política no es exigir al gobierno, sino **que las masas desplieguen su iniciativa**. Pocos días después de escribir las Tesis Lenin interviene en la Conferencia del POSDR de Petrogrado para advertir que la burguesía podía «avenirse a la nacionalización del suelo si los campesinos llegan a tomar posesión de la tierra» ^[121]. Además de destacar la conciencia que demuestra aquí Lenin de los peligros de las maniobras de la clase dominante, subrayamos su táctica de centrarse en las comunas, para quitar fuerza al Estado burgués:

Nosotros debemos ser centralistas, pero hay momentos en qué esta tarea se desplaza a los centros locales y entonces debemos fomentar al máximo la iniciativa en cada lugar ^[122].

Vemos así en acción las consignas transicionales en una coyuntura concreta. **Donde hay poder**, donde las comunas se pueden hacer cargo de la tierra, **la consigna se efectiviza**. Lo mismo sucede con el control obrero; se aplica parcialmente, cuando hay poder para llevarlo a cabo (en las empresas, por ejemplo). Y aun así Lenin tiene cuidado de no ilusionar al pueblo trabajador. Por eso explica que es imposible obligar a los capitalistas a que muestren sus libros de contabilidad, sus cuentas «reales», porque no habrá poder en el mundo capaz de hacerlo; que no se puede esperar que mientras exista el capitalismo «los capitalistas abran sus libros a todo el que quiera verlos» ^[123]. En una palabra, algunas medidas transicionales se concretan, **en tanto no sean palabras vacías que caigan en exigencias absurdas o fomenten ilusiones**. Por otra parte, el programa transicional tiene importancia en cuanto presentación de las tareas que asumiría un gobierno revolucionario de los obreros y campesinos ^[124].

Veamos ahora la táctica de exigir a los líderes reformistas que «rompan con la burguesía y tomen el poder». El PT dice:

En abril-setiembre de 1917, los bolcheviques exigían que los socialistas revolucionarios y los mencheviques rompieran su ligazón con la burguesía liberal y tomaran el poder en sus propias manos. Con esta condición los bolcheviques prometían a los mencheviques y a los socialistas revolucionarios... su ayuda revolucionaria contra la burguesía renunciando, no obstante, categóricamente a entrar en el gobierno y a tomar ninguna responsabilidad política por ellos.

...la reivindicación de los bolcheviques dirigida a los mencheviques y a los socialistas revolucionarios: ¡Romped con la burguesía, tomad en vuestras manos el poder!» tiene para las masas un enorme valor educativo.

En el mismo sentido, en su **Historia de la revolución rusa**, Trotski explica que en las jornadas de abril los bolcheviques agitaron la consigna de «Abajo los ministros capitalistas». Sin embargo en la obra de Lenin no encontramos la orientación que Trotski le atribuye. En las «Tesis de Abril» la demanda a los mencheviques y socialistas revolucionarios de «Romped con la burguesía» sencillamente **no figura**. Y cuando suceden las movilizaciones contra Miliukov, lejos de plantear la consigna de «Abajo los ministros capitalistas», explica que la renuncia de un ministro no conducía a ningún lado, porque no se trataba de cambiar personas, sino el sistema ^[125].

Por otra parte es necesario ubicar en sus justos términos el ofrecimiento a los mencheviques y social revolucionarios de colaboración si tomaban el poder. Esta propuesta sólo fue realizada por Lenin después de la derrota de Kornilov, pero no para que se formara un gobierno burgués «socialista puro». Por el contrario, ante la revitalización de los *soviets*, plantea que éstos, como

organismos vivos de las masas, tomen el poder con sus direcciones mencheviques y social revolucionarias. **En ese caso** los bolcheviques apoyarían al nuevo poder, aunque sin tomar responsabilidades en el gobierno.

En síntesis, examinando los textos leninistas de 1917 se llega a la conclusión de que no hay bases para sostener que el PT haya sintetizado la táctica bolchevique. Frente a este resultado se puede argumentar que la experiencia de 1917 no es conclusiva con respecto a la política del PT, porque el balance positivo de la táctica leninista no demostraría lo equivocado de la táctica transicional de Trotski. Admitiendo la parte de verdad de este argumento, de todas maneras habría que reconocer que, en la medida en que el movimiento de masas puso en práctica la política de exigencias «imposibles» (publicación de tratados secretos, paz democrática), no se generaron avances significativos en su conciencia socialista

11.- La política transicional ante la guerra

Dado que en las guerras y las revoluciones las contradicciones sociales alcanzan su máximo antagonismo, constituyen encrucijadas en que se prueban acabadamente las políticas de la izquierda. Analizaremos en este capítulo cómo funcionó la política transicional de Trotski en la Primera Guerra, lo que nos servirá para abordar su política frente a la guerra que se avecinaba en 1938.

Aunque Trotski coincidió con los bolcheviques en caracterizar a la Primera Guerra como imperialista, y condenó a los socialpatriotas, Lenin descargó juicios durísimos contra él. No sólo calificó su política de «centrista», sino también lo acusó de «justificar el oportunismo» y llegó a incluirlo entre los «lacayos impotentes» del socialchovinismo ^[126]. ¿Obedecía esto a diferencias menores y a «malentendidos», como explicaría luego Trotski? Pensamos que, al margen de las exageraciones polémicas (Trotski nunca fue «lacayo» de los chovinistas), los calificativos obedecían a diferencias bastante más profundas que las que luego pretenderían Trotski y la militancia de la CI.

Como es sabido, la política de Lenin en 1914 se estructura en torno a la consigna de la guerra civil de los proletarios de todos los países contra sus burguesías. Desaconsejando los sabotajes y los actos «heroicos» desesperados, planteaba la necesidad de propagandizar una orientación derrotista con respecto a la propia nación. Los marxistas debían explicar que había que continuar la lucha de clases contra la propia burguesía, y que los obreros y campesinos en armas deberían confraternizar en los frentes y transformar la guerra imperialista en guerra civil contra sus burguesías. Esta orientación debía aplicarse **a pesar** de que las masas no la entendieran durante todo un período. En una carta explica:

Nuestra consigna es guerra civil. Es puro sofisma afirmar que esta consigna es inapropiada, etc., etc. No podemos «hacerla», pero la predicamos y trabajamos en esa dirección. (...) Nadie se atreverá a **garantizar** cuándo y hasta qué punto se «verificará» esta prédica en los hechos, **no se trata de esto** (sólo los infames sofistas renuncian a la agitación revolucionaria porque no se sabe cuando tendrá lugar la revolución). Lo importante es trabajar en esa línea. **Sólo** ese trabajo es socialista y no chovinista. Y **sólo** él rendirá frutos socialistas ^[127].

Lenin no busca movilizar **inmediatamente** (no hay condiciones para hacerlo) sino clarificar la estrategia y rearmar a la vanguardia.

Veamos ahora la política de Trotski. Brossat dice que llega a la guerra con sus fortalezas y debilidades, y entre éstas estaban las «conocidas»: su aislamiento, su centrismo con respecto al menchevismo, sus resistencias al leninismo, sus vacilaciones frente al kautskismo ^[128]. Estos son los «errores» que por lo general admiten, en el Trotski del período prerrevolucionario, los militantes de la CI. Pero también está su intento de responder a la guerra con el método transicional, buscando la movilización en «escalera» transicional. De allí que rechazara el derrotismo de Lenin, por considerarlo «peligroso e incomprensible, un obstáculo para la movilización contra la guerra, es decir, por la paz» ^[129]. Por eso se acercará a Rosa Luxemburgo y a su demanda de «parar la guerra». Así en el folleto **La guerra y la revolución** plantea el «Cese inmediato de la guerra», «Ni vencedores ni vencidos», «No a las contribuciones». Todas demandas semipacifistas, que lo

ponían en la vecindad del centrismo kautskista y confundían acerca de la única salida revolucionaria, la guerra civil contra el propio gobierno y la confraternización en el frente. Peor aún, la demanda de «ni vencedores ni vencidos» implicaba preservar de la derrota a los gobiernos imperialistas ^[130].

La política de Trotski se combinaba, insistimos en ello, con una correcta caracterización de la guerra como de rapiña imperialista; además, vinculaba su desenlace con la perspectiva de la revolución proletaria más estrechamente que Lenin; y en su folleto explicaba que la paz justa, sin anexiones ni indemnizaciones, sólo podría lograrse con un levantamiento de los pueblos contra sus gobernantes.. Pero su idea de que la única forma de ayudar a la evolución de la conciencia de las masas era con consignas movilizadoras y «prácticas» lo empujaba al centrismo, a no plantear las perspectivas y condiciones reales de la cuestión. Temía que al exponer consignas revolucionarias «abstractamente justas» los revolucionarios no fueran comprendidos ^[131]. Por el contrario, Lenin plantea que las acciones de las masas en pos de soluciones revolucionarias deben convocarse **explicitando sus perspectivas:**

No basta con aludir a la revolución.. Es necesario indicar a las masas clara y exactamente su camino. Es necesario que las masas sepan adonde ir y para qué. Es evidente que las acciones revolucionarias de masas durante la guerra, en caso de desarrollarse con éxito, sólo pueden desembocar en la transformación de la guerra imperialista en una guerra civil por el socialismo, y es dañino ocultar esto a las masas. Por el contrario, este objetivo debe ser claramente señalado, por difícil que parezca alcanzarlo, cuando estamos sólo al comienzo del camino ^[132].

No se puede comprender la política de Trotski frente a la Segunda Guerra si no se tiene en cuenta que **nunca aceptó este enfoque de Lenin**. Muchos años después de proclamar su adhesión al bolchevismo, sostenía en esencia la misma orientación que había defendido en 1914. Así en el trabajo (inacabado) «Bonapartismo, Fascismo y Guerra», de agosto de 1940, sostiene que el estallido de la Primera Guerra había encontrado a la vanguardia desprovista de política revolucionaria y que, por lo tanto, ésta se había visto reducida a una actitud defensiva, sin posibilidad de intervenir.

Agrega que la política de Lenin respondía a necesidades propagandísticas y de formación de los cuadros, **pero no era capaz de ganar a los trabajadores**, y que las consignas que habían incidido en las masas habían sido las «respuestas positivas a sus aspiraciones», como la lucha contra el militarismo y la guerra. Lo cual equivalía a sostener lo mismo que había planteado, en polémica con Lenin, durante la guerra anterior.

A pesar de su importancia para la comprensión de las diferencias políticas entre Lenin y Trotski (un tema que siempre estuvo rondando las discusiones del trotskismo), este punto no fue discutido ni dilucidado en la CI. La militancia se conformó con la explicación de Trotski, de que sus diferencias con Lenin ante la guerra se habían reducido a matices tácticos. Incluso Deutscher, quien en su biografía del fundador del Ejército Rojo evitó caer en la apologética que fue habitual en la CI, sostuvo que no se había tratado de diferencias políticas, sino sobre el método de propaganda ^[133]. Sin embargo los debates habían concentrado diferencias en torno a las consignas y la propaganda, a lo que es «concreto» y «abstracto» en política, al papel de la exigencia, y otras.

La discusión en torno a la consigna de Estados Unidos de Europa también pone en evidencia problemas similares. Como observa Brossat, Trotski hablaba «con ciertas desventuras unas veces de Estados Unidos «socialistas» de Europa, otras de «republicanos» o «democráticos» y otras de Estados Unidos a secas» porque le importaba «la dinámica revolucionaria contenida en la lucha por ese orden» y que el combate por la unidad democrática de Europa condujera a la «subversión de toda la sociedad burguesa» ^[134]. Brossat dice que Lenin criticó ese planteo «debido a la incomprensión de esa dinámica transitoria» y que exigía «más claridad y la supresión de toda ambigüedad que permita mantener la ilusión de un posible retorno a un «statu quo» capitalista» ^[135]. Esta última observación debería de haber hecho reflexionar a Brossat acerca de que la crítica de Lenin no obedecía tanto a su "incomprensión" de la mecánica transicional, como a su oposición a utilizarla en circunstancias no apropiadas. Es que en un principio Lenin también abogó por la agitación de la unidad republicana europea, pero en un sentido distinto al recomendado por Trotski:

La consigna política inmediata de los socialdemócratas debe ser la formación de los Estados Unidos republicanos de Europa; pero a diferencia de la burguesía, **que está dispuesta a «prometer» cuanto se quiera** con tal de que el proletariado se deje arrastrar por la corriente general del chovinismo, los socialdemócratas **habrán de explicar cuan falsa y disparatada** es esta consigna si no se derrocan por vía revolucionaria las monarquías alemana, austríaca y rusa ^[136] (énfasis agregado).

Esta divergencia tampoco fue explorada por los militantes de la CI. En general se tomó demasiado al pie de la letra la explicación que dio Trotski en los veinte, cuando adujo que durante la guerra había acuerdo entre él y Lenin en que la consigna era irrealizable bajo el capitalismo ^[137]. Esto es indiscutible, pero lo que exigía Lenin -en caso de utilización de la consigna- era **hacer explícita esa imposibilidad**.

Con estos antecedentes teóricos y políticos Trotski prepara la intervención de la CI en la Segunda Guerra. La política del trotskismo ante la contienda comienza a definirse en 1934, cuando el Secretariado Internacional de la Liga Comunista Internacionalista (antecesora de la CI) publica las tesis sobre «La Cuarta Internacional y la Guerra», escritas por Trotski ^[138]. Estas Tesis caracterizan al conflicto que se avecinaba como una guerra imperialista y plantean la necesidad de desplegar una estrategia derrotista. Denuncian la propaganda de las democracias imperialistas sobre la lucha «por la democracia y contra el fascismo» y explican que el objetivo de las potencias era un nuevo reparto del mundo.

Pero a medida que se acercaba la guerra Trotski desarrolla una orientación más «concreta», tendiente a movilizar a las masas, y para ello reactualiza su orientación ante la Primera Guerra. Por eso, si bien proclama el principio general del derrotismo -«la derrota de nuestro propio gobierno imperialista es el mal menor»- **la consigna de guerra civil no figura como eje político** en el PT. En su lugar se plantean demandas para movilizar en lo inmediato a los trabajadores. Se exige un referéndum, que se presenta como medio para despertar la crítica de las masas y «reforzar su control sobre las maquinaciones de la burguesía»; se reivindica el control obrero sobre la industria de guerra; el rechazo a un programa de armamentos y su reemplazo por un plan de obras públicas; y se exigen la instrucción militar de las masas bajo el control de comités obreros y campesinos, la creación de escuelas militares para la formación de oficiales salidos de las filas obreras y elegidos por las organizaciones de la clase obrera y la formación de una milicia ligada a las fábricas, las minas y los campos.

Todas las críticas que hemos planteado a las consignas que hacen abstracción de las condiciones empíricas de aplicación, o que incurren en incoherencias lógicas, encuentran aplicación a este programa militar. En primer lugar, la idea de que un referéndum, convocado por la burguesía, en el clima prebélico de Estados Unidos de fines de los treinta, podría ayudar al avance de la conciencia socialista de los trabajadores, o ejercer algún «control sobre las maquinaciones de la burguesía» es equivocada e ingenua. Más aún, en caso de que se hubiera convocado hubiera favorecido, con toda probabilidad, las maniobras de la burguesía partidaria de la guerra y a los trotskistas les habría sido imposible distinguirse del pacifismo burgués. Pero tanto o más ingenuo es pretender imponer un «control obrero» del servicio militar a un Estado capitalista, y máxime a un Estado capitalista imperialista que participa en una guerra de rapiña. Las consecuencias políticas e incluso teóricas de esta reivindicación son devastadoras para el marxismo. Trotski era un revolucionario intransigente y siempre actuó con el propósito de desencadenar la revolución. Pero su fe en la fuerza de la agitación transicional, su no consideración de las circunstancias y determinaciones de las consignas, terminaba generando una política muy peligrosa.

Lejos de rectificarse, hacia el final de su vida profundiza en estas orientaciones; así recomendará a sus partidarios en Estados Unidos apoyarse sobre el justo odio de las masas al nazismo para reivindicar **la preparación militar de los trabajadores bajo control sindical**, para luchar contra Hitler. La consigna «transicional» pasa a ser «queremos luchar contra el fascismo, pero no a la manera de Petain», sino de los obreros ^[139]. El «derrotismo» se transformaba, en manos de los militantes trotskistas, en una política que ya no ubicaba a la propia burguesía como el «enemigo principal», sino a la alemana, con Hitler a la cabeza ^[140]; con esta perspectiva era muy difícil

combatir al imperialismo norteamericano, e imposible predicar algún tipo de derrotismo en las filas del Eje.

Sin analizar ahora la política derrotista de Lenin ^[141], y aun admitiendo que fuera correcta la orientación de hacer «bien» la guerra contra Hitler, es claro que no tiene sentido querer «superar» al Estado imperialista con un programa «transicional proletario» en el arte de conducir una guerra. Y para colmo, agitado por una pequeña organización de revolucionarios, sin gran influencia social ^[142]. Las cuestiones del menosprecio de la fuerza propia de la democracia burguesa en la conciencia de los trabajadores también se hace presente en esta táctica, como ya hemos señalado. Pero la CI aceptó esta orientación y la expuso como ejemplo de «política concreta», pensando que constituía una reedición -superadora- de la vieja política de Lenin. Estos extremos **han educado** a miles de militantes. La no comprensión de la relación entre el programa militar y la toma del poder abrió el camino a políticas como la de sindicalización de las fuerzas represivas y su control por los sindicatos, como propusieron algunos grupos; programas que caían en el utopismo pacifista y educaban en una estrategia reformista, del tipo de «control obrero sobre el Estado burgués».

12.- El Programa de Transición en la historia de la Cuarta Internacional

A lo largo de los sesenta años transcurridos desde la publicación del PT las organizaciones de la CI mantuvieron inalterable la agitación transicional. Esta constancia se asentó en la convicción de que lo esencial de los planteamientos del PT continuaba teniendo vigencia, con la excepción de las rectificaciones propuestas por el sector de la CI orientado por Ernest Mandel; quien tampoco cuestionó la política transicional.

En lo que hace al análisis económico, prevaleció la idea de que los diagnósticos del PT tenían alcances mucho mayores que los determinados por el horizonte de la Gran Depresión y la guerra. Un breve repaso de Congresos y Conferencias lo evidencia. Ya en las resoluciones de la Conferencia de 1946 la CI sostuvo que Europa continuaría «bordeando el estancamiento y la decadencia», que Estados Unidos se dirigía a una nueva crisis, y que «la tercera guerra mundial» estaba «en camino» ^[143]. Dos años después había conciencia de que la revolución estaba frenada en los países capitalistas más importantes y que las democracias se afianzaban en Europa. Sin embargo el Congreso Mundial de 1948 caracterizó que la perspectiva eran «nuevas crisis económicas mundiales, amenazas de dictaduras y fascismo, y la tercera guerra atómica mundial». El Congreso de 1951, y el X Pleno de febrero de 1952, reafirmaron que la «crisis global del capitalismo» impulsaba a Estados Unidos a lanzarse a la guerra, y que ésta significaría el holocausto nuclear ^[144]. Después de la división de la CI de 1953, el sector liderado por Mandel y Pablo sostuvo -IV Congreso, de junio de 1954- que una «crisis mayor» era «inminente» en Estados Unidos y que Japón, Francia e Italia estaban a las puertas de «crisis revolucionarias». Recién en el V Congreso -octubre de 1957-, cuando la fortaleza de la acumulación capitalista era innegable, se rectificaron los análisis, reconociéndose que la economía se había recuperado a partir de 1948. De todas maneras se mantendrían las tesis «estancacionistas» en relación a los países atrasados.

En lo que respecta a la fracción que constituyó, desde 1953, el llamado Comité Internacional, fue aún más «catastrofista». Como botón de muestra baste mencionar qué en su Conferencia de 1966 -o sea, en pleno «boom» de expansión capitalista- afirmaba que la crisis del imperialismo continuaba «profundizándose» y que la «crisis revolucionaria» abierta con la Segunda Guerra nunca se había cerrado ^[145]. En Argentina, Bolivia y otros países latinoamericanos los partidos trotskistas más importantes también hicieron del estancamiento de las fuerzas productivas una cuestión de «principios revolucionarios».

En los años setenta, con el inicio de una nueva fase de crisis y crecimiento lento del capitalismo se renovaría la fe en las interpretaciones «estancacionistas»; cada recesión, caída de las bolsas, corrida cambiaría o crack financiero constituyeron otras tantas ocasiones para sostener que la crisis «es sin salida». Muchos incluso negaron las recuperaciones parciales; así la corriente de la LIT sostenía, en 1984, que la crisis del imperialismo «se profundiza sin cesar», a pesar de que

experimentaba una recuperación apreciable desde fines de 1982 ^[146]. Actualmente la tesis del estancamiento general es reafirmada por la mayoría de las corrientes y autores, incluso por los estudiosos más serios y respetados. Un ejemplo es Chesnais, quien afirma, en 1999, que las fuerzas productivas del capitalismo continúan estancadas desde 1914. En este esfuerzo no se vaciló incluso en modificar radicalmente el concepto mismo de fuerzas productivas.

Con este cuadro era natural, por otra parte, que en el campo de la crítica a la economía política -y con la excepción de Mandel y sus compañeros- se retrocediera apreciablemente. La «elaboración» se resumía a la enumeración de catástrofes o penalidades de las masas, que «probaban» las «bases principistas del PT». En este clima intelectual -siempre atravesado por la «atenta vigilancia revolucionaria» presta a aplastar al «revisionismo»- era impensable que se trabajara científicamente la teoría del monopolio y los problemas conexos planteados por el PT a los que nos hemos referido.

Frente a tanta ceguera dogmática, hubo un mérito indudable en Mandel, quien estudió el capitalismo de posguerra y en particular la forma de operar de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia y los ciclos del capital, dando cuenta del desarrollo de los países adelantados y de las mejoras de las masas trabajadoras. Sin embargo, este autor tampoco criticó de raíz las tesis del estancamiento histórico del capitalismo; no lo hizo a pesar de que de su teoría sobre las ondas largas debería inferirse un enfoque muy distinto al sostenido por el PT. Hasta el final de su vida suscribió la idea de que el capitalismo había entrado, a partir de 1914, en la era de su «declive histórico» y «contracción geográfica». Esta concepción lo indujo a formular nuevamente una visión «catastrofista» en los ochenta. Aunque admitía que el capitalismo podría relanzar la acumulación y que los marxistas habían «subestimado enormemente la capacidad del capitalismo para adaptarse flexiblemente a los nuevos y graves retos», estaba convencido de que un relanzamiento sólo podría lograrse después de otra guerra mundial y al costo de «cientos de millones de muertos» ^[147]. Y en 1988, al hacer el balance de los cincuenta años de la CI, insistía en que Trotski no había subestimado las capacidades de adaptación del capitalismo y que éste no había revertido su tendencia a la contracción ^[148]. Esto a pesar de que ya entonces era evidente la entrada del capitalismo en China y también era notable la extensión de las relaciones capitalistas en muchos países atrasados, particularmente de Asia.

En cuanto a los análisis sobre la evolución de los regímenes políticos, los errores de la CI son más llamativos. Después de todo Trotski había vivido un período de sustitución de democracias por dictaduras, pero en la postguerra se dio el proceso inverso. Las democracias burguesas se consolidaron en los países capitalistas desarrollados, se extendieron a España y Portugal, que venían de una larga tradición dictatorial, e incluso a países atrasados. Por otra parte hubo reformas democráticas «serias», como el voto universal en muchos Estados; amplios sectores de la clase obrera consiguieron mejoras en sus niveles de vida y trabajo. Y muchas colonias pasaron al *status* de países dependientes, políticamente -en lo formal- soberanos. Sin embargo, en la CI apenas se sintió la necesidad de modificar el programa legado por Trotski, y en especial en poner en consonancia los pronósticos «catastrofistas» con la supervivencia de las democracias. Muchos sectores aceptaban «de hecho» la democracia, sin dar cuenta teórica de los problemas. Otros, como George Novack del SWP, o Nahuel Moreno del MAS, desarrollaron explicaciones novedosas sobre la cuestión, pero sin cuestionar las premisas básicas del PT ^[149]. Y finalmente el sesgo hacia el «catastrofismo sin salida» se mantuvo en relación a los países atrasados, **y luego se volvió a generalizar con la crisis de los setenta**. Por ejemplo, la mayoría del Secretariado Unificado de la CI sostuvo que la alternativa «de hierro» para América Latina era «socialismo o fascismo» y que la democracia burguesa no tenía ninguna posibilidad; pronóstico que compartió con casi toda la izquierda latinoamericana de los sesenta y setenta y que sería desmentido posteriormente.

Más en general, en 1980, en su trabajo sobre las ondas largas, Mandel afirmaba que el relanzamiento de la economía capitalista sólo se lograría a costa de la extensión de regímenes nazis y totalitarios, que aplicarían «lobotomías a gran escala» ^[150]. En esa misma época, en el prólogo de la edición inglesa del PT citada, Cliff Slaughter, dirigente del Comité Internacional, escribía que "en nuestra época ni aún la más elemental de las demandas puede satisfacerse sin la expropiación revolucionaria de la clase capitalista" ^[151]. Y Nahuel Moreno decía que «...da solución de todos los problemas, por mínimos que sean, exigen la insurrección ... y la conquista del poder

por el proletariado...» ^[152]. Poco después sostendría que el régimen de Hitler había prefigurado la sociedad esclavista hacia la que el mundo estaba dirigiéndose ^[153].

En lo que respecta a los análisis exaltados del PT sobre la evolución de la lucha de clases, fueron mantenidos de manera aún más cerril, aunque los hechos los desmentían una y otra vez.

Ya al momento de la derrota de los alemanes en París, el gaullismo y el stalinismo demostraron tener una inesperada (por lo menos para los trotskistas) capacidad de control del movimiento de masas; algo parecido sucedió a la caída de Mussolini en Italia. Y más impactante aún fue que la derrota de Alemania no desencadenara la revolución proletaria; la clase obrera germana estaba desmoralizada y atomizada y se sometió a la ocupación militar extranjera. Además, lejos de desintegrarse, como había previsto Trotski, el stalinismo salía de la guerra fortalecido. Estas evoluciones también deberían de haber impulsado a un cambio de las caracterizaciones de la relación de fuerzas sociales. Pero la rectificación no se produjo. Según la opinión dominante en el movimiento, la revolución sólo se había «pospuesto», pero la etapa revolucionaria seguía abierta ^[154]. La estatización de los medios de producción (que se identificaba con la dictadura del proletariado) en varios países del Este, en Yugoslavia y China, reafirmó la convicción de que la revolución continuaba extendiéndose; se pronosticaba también que la tercera guerra mundial era inevitable y que nuevas crisis revolucionarias eran inminentes en varios países adelantados.

Recién a mediados de los cincuenta, el sector orientado por Mandel y Maitan dio cuenta de los efectos de la recuperación del capitalismo sobre el movimiento obrero de los países avanzados. Pero entonces tampoco hizo una crítica de fondo de las categorías de análisis que se arrastraban desde los años treinta. Y en lo que respecta a los países atrasados, conservó la idea de que las luchas anticoloniales tenían una dinámica «inevitablemente» socialista. Las tesis estancacionistas y de la incapacidad de maniobra de la burguesía jugaban en este punto un rol muy importante ^[155]. Luego, cuando se produjo un nuevo ascenso de luchas en Europa y el mundo atrasado, las caracterizaciones de «ascensos revolucionarios» y «situaciones revolucionarias» se generalizaron nuevamente, y de manera abusiva. El IX Congreso de la CI (Secretariado Unificado), de 1969, es un ejemplo; ese Congreso sobreestimó de manera manifiesta la fuerza del ascenso de las masas y subestimó la capacidad de reacción de la burguesía y la influencia de los dirigentes reformistas; de ahí que pronosticara una vez más crisis revolucionarias en toda Europa e hiciera fuertes concesiones al ultraizquierdismo de la vanguardia estudiantil europea y americana. Las resoluciones sobre América Latina fueron aún más equivocadas, porque plantearon que las condiciones estaban maduras para la acción de los grupos armados ^[156]. Las críticas del SWP de Estados Unidos y del Partido Socialista de los Trabajadores de Argentina a la línea guerrillera, aunque correctas en cuanto a la orientación política, no cuestionaron de fondo las caracterizaciones que se arrastraban desde el PT.

Las organizaciones del Comité Internacional -que se dividía en 1971- recorrían senderos parecidos; por ejemplo, en octubre de ese año la Organización Comunista Inter-nacionalista de Francia, el Partido Obrero Revolucionario de Bolivia y la Liga de Socialistas Revolucionarios de Hungría, afirmaban que estaba planteada como tarea «la lucha inmediata y directa por la toma del poder» ^[157]. Y la Cuarta Conferencia del Comité Internacional, de abril de 1972, tenía análisis no menos exitistas sobre la disposición de las masas a romper con el reformismo -en Francia y en Alemania- y «la profundidad del ascenso revolucionario». Además, la visión sobre los países atrasados seguía siendo que las luchas por la autodeterminación nacional encerraban una dinámica socialista, prácticamente inevitable. Por eso se pensaba que, si bien la revolución en los países adelantados había tenido un cierto retraso, en los países atrasados seguía su curso ascendente e ineluctable.

Estos análisis se plasmaron en las caracterizaciones globales de la etapa que arranca en 1945; Lambert, por ejemplo, sostuvo que eran los años de las «revoluciones inminentes», y Moreno la consideró la etapa «más revolucionaria de la historia». Todas caracterizaciones que conectaban con un balance exitista de los resultados de la Segunda Guerra. La mayoría de los dirigentes de la CI pensó que de alguna manera las derrotas de los veinte y de los treinta se habían revertido en Stalingrado y luego con las nacionalizaciones en el Este europeo y las revoluciones china y yugoslava. Así, a fines de los cincuenta y comienzos de los sesenta el balance aparecía, a primera

vista, «objetivamente» auspicioso para el socialismo. Si bien la revolución mundial no había triunfado, en la tercera parte del planeta comandaban «dictaduras del proletariado»; en los países capitalistas los sindicatos y los partidos «obreros» se habían fortalecido; en los atrasados los movimientos de liberación nacional hacían retroceder al imperialismo, y «debían» generar dinámicas socialistas. Las predicciones del PT no se habían cumplido «a la letra», pero se creía que su enfoque general se confirmaba. La revolución había avanzado, si bien mediante un «rodeo». «La teoría de la revolución permanente se cumple objetivamente», se decía en la CI. Por supuesto, subsistía el «obstáculo» de las organizaciones stalinistas, social-demócratas o nacionalistas burguesas, pero las condiciones para el triunfo de las corrientes trotskistas parecían haber mejorado, en el marco de la «crisis estructural» de la burguesía. Al no criticarse las categorías y caracterizaciones que se arrastraban desde los treinta, los manómetros con que la CI medía la presión de la lucha de clases daban resultados sistemáticamente desajustados al alza (ver en el Apéndice 3, nuestra crítica a los balances de la CI sobre la guerra).

Pero lo peor fue que cuando en los años ochenta la situación giró en casi todo el mundo en contra del movimiento de masas, muchas organizaciones mantuvieron las caracterizaciones o incluso las profundizaron. Un caso extremo lo constituye la LIT, que además de ver «revoluciones objetivamente socialistas» en Argentina, Brasil y Filipinas, caracterizó que en el mundo había una «insurrección de masas», ante la cual el imperialismo sólo atinaba a echar «nafta al incendio».

Por otro lado en la CI también se sobrevaluó la posibilidad de revolución socialista en los regímenes stalinistas. Se consideró que las movilizaciones en Polonia de los setenta y de los ochenta apuntaban hacia el poder de los obreros, sin ponderar en toda su importancia la incidencia de la ideología democrático burguesa -de la iglesia, de la socialdemocracia- sobre el movimiento de masas y los estragos que había ocasionado la burocracia para el proyecto de construcción comunista o las posibilidades de una revolución política ^[158]. De una u otra manera este tipo de análisis se terminó extendiendo a los países del Este europeo y a la ex URSS. Parecía imposible que el capitalismo pudiera volver a los «Estados obreros burocráticos», a no ser que hubiera una derrota aplastante, física, de las masas, a manos del fascismo y del imperialismo. Después de todo, si la revolución se había extendido en la postguerra a pesar de las direcciones stalinistas, si los Estados «obreros» se habían sostenido en medio del «boom económico» capitalista, ¿cómo no iba a desatarse la energía revolucionaria de los obreros del Este cuando estaba cayendo la burocracia? ^[159]. Así llegó la CI completamente desarmada para enfrentar la caída del stalinismo y la restauración de Estados capitalistas que seguiría en el Este europeo.

13.- Conclusiones

Si comprender la historia es entenderla en su encadenamiento racional, en su necesidad, podemos concluir que la CI fue completamente «externa» a esa intelección. La «rueda de la historia» se movió en un sentido bastante distinto al previsto. El apoyo de las masas al reformismo en los países adelantados, o a los movimientos de liberación nacional burgueses, en los atrasados, no encajó en los esquemas del catastrofismo permanente legados por Trotski. La descomposición a largo plazo de las fuerzas productivas que se había anunciado en los años treinta, debería haber llevado a la descomposición de la clase obrera, tal como había previsto Trotski; esto es, a la anulación de las posibilidades mismas de la revolución. Pero hoy los estudios más serios reconocen que el número de asalariados subsumidos bajo la relación capitalista se ha multiplicado en casi todo el mundo; y con ello la capacidad y las fuerzas de la producción. La mayoría de la CI no puede dar cuenta teórica de este hecho, ni paradójicamente responder en forma adecuada a quienes hoy postulan la desaparición de la clase obrera. Desprovista de un análisis que pusiera al descubierto las relaciones políticas y sociales que se desarrollaban, siguió reduciendo la supervivencia del capitalismo a las direcciones que traicionaban, y convocando a movilizarse detrás de la consigna «privilegiada» de turno. Así, el ideal del cambio revolucionario «huía del mundo» para afirmarse en un «deber ser» infinito, desconectado del curso de la historia y de las bases sociales en que se nutría la conciencia reformista de millones de seres humanos. El trotskismo no se pudo «reconciliar» con lo que sucedía; no pudo reconocer teóricamente la lógica del despliegue del capital y encontrar en ella, en el desenvolvimiento de sus contradicciones, y en los procesos reales de conciencia e ideológicos de las masas, las palancas de la superación

revolucionaria, o al menos los medios para conformarse como una corriente marxista sólida, teórica y políticamente ^[160].

Por otro lado, a lo largo de décadas la CI no ha producido prácticamente nada renovador en temas tan importantes como teoría del Estado, análisis de regímenes políticos y su vinculación con la dinámica del capital, ni en el terreno de la crítica ideológica, cultural o en otras dimensiones de la vida social, a excepción de algunos intentos de partidarios de Mandel, o trabajos como los de Alex Callinicos. Tampoco en el campo de la investigación filosófica, epistemológica, histórica, salvo algunas excepciones, como puede haber sido la de Broué. Ni siquiera existió un seguimiento mínimamente serio -con excepción, una vez más, de partidarios de Mandel o Callinicos y algún otro caso- de los desarrollos que estaban haciendo otras corrientes marxistas, o afines al marxismo, tales como las de la Escuela de Frankfurt, o la nucleada en torno a Sartre o el estructuralismo althusseriano. Convencidos de la inevitabilidad del colapso, y de que nada de eso hacía falta para intervenir con consignas en el movimiento de masas (y siempre en ascenso), los militantes continuaron viviendo en un «ghetto» político, agitando consignas y apostando al «próximo e inminente» ascenso revolucionario.

En este cuadro el fatalismo de las proclamadas «leyes de la historia» fue funcional para renovar la fe en que, al fin de cuentas, el PT estaba destinado -sí o sí- a prevalecer, impregnando a muchas organizaciones de un carácter casi «místico», útil para resistir las presiones del medio en que se movían, pero estéril para avanzar. En el otro polo continuó alimentándose el más extremo voluntarismo y el «campañismo» de consignas agitativas. Desligada de las evoluciones reales que se daban en el capitalismo y en la lucha de clases -o sea, sustentada en la abstracción- la agitación transicional se convirtió progresivamente en un acto formal, que en última instancia se aplicaba a cualquier contenido. Así, fórmulas como la de «control obrero», «plan económico elaborado por los trabajadores» y otras, fueron aplicadas indiscriminadamente a las más diversas situaciones, sin que pudieran conectar con movilizaciones o procesos concretos. Por eso, la agitación transicional no proporcionó ningún «puente» hacia las masas, ni permitió generar movilizaciones de importancia, a pesar de habérsela ensayado en todas las variantes y circunstancias posibles.

Las falencias que hemos visto a lo largo de este escrito explican finalmente la paradoja que hemos planteado en nuestra Introducción, que cuando desaparece el stalinismo, la CI entra en su más violenta crisis. Desaparecido el alimento especular que le otorgaba la crítica a su «natural» polo opuesto, el trotskismo desnudó su incapacidad para generar política. El «capital político» en militancia, en experiencia, en capacidad de intervención, acumulado a lo largo de estos años, debe ser reorientado ahora en una dirección nueva, si no se quiere seguir retrocediendo. Es necesario trabajar con vistas al reagrupamiento de revolucionarios, superando el consignismo transicional y el marco teórico que le dio origen y sustento. Es vital y urgente para avanzar en la reconstitución revolucionaria del movimiento comunista.

Notas:

^[1] **Consideraciones sobre el marxismo occidental**, Madrid, Siglo XXI, 1979.

^[2] «Manifiesto de la Liga Internacional de los Trabajadores», en **Correo Internacional**, N° 10, 1985.

^[3] Con el término «masas», que -utilizamos a lo largo de nuestra exposición, englobamos todas las clases oprimidas que podrían beneficiarse con una transformación socialista. Por eso, además de la clase obrera, incluiría a sectores pauperizados, los llamados «cuentapropistas» y similares.

^[4] Hablamos de la Cuarta Internacional en un sentido genérico. Es decir, no hacemos referencia a alguna fracción trotskista en particular, sino al conjunto de los grupos que trataron de continuar la organización fundada por Trotski.

^[5] El PT fue escrito por Trotski en el verano de 1938, y fue adoptado como programa de la CI en su Congreso de fundación, realizado el 3 de septiembre de ese mismo año, en la localidad francesa de Périgny, cercana a París. En un escrito de agosto de 1938 Trotski caracterizaría al PT como «la conquista más importante» del movimiento.

^[6] Ver «Introducción» a las **Lecciones sobre la filosofía de la historia** de Hegel.

^[7] Nuestra posición sobre la URSS la hemos desarrollado en «Relaciones de producción y Estado en la URSS» y -en colaboración con Daniel Gluschkof- en «Trotsky y su análisis de la URSS», ambos trabajos publicados en **Debate Marxista** N° 9. En Argentina el Movimiento Al Socialismo cuestionó la caracterización de la URSS como Estado obrero a partir del libro de Aldo Romero, **Después del Estalinismo**, Buenos Aires, Antídoto, 1995. El nuevo clima de discusión se constata en los debates entre algunos grupos y militantes, en los que se ha dejado de lado la argumentación en base a la diatriba y el insulto.

^[8] En un artículo reciente, «¿Refundar y/o reconstruir la IV Internacional?», en **Nuevo Curso**, N° 2, 1999, Nora Ciapponi y Roberto Ramírez, dirigentes del MAS, también plantean abrir la discusión sobre la validez del programa de la CI.

^[9] Por ejemplo, en 1998 se unificaron grupos en Francia tomando como referencia y «cemento de unidad» al PT (ver **Francia. Las luchas y el reagrupamiento de los revolucionarios**, Antídoto, Buenos Aires, 1998). Una de las corrientes que participó en este proceso proviene de la LIT, fundada por Nahuel Moreno en 1982. En 1980 Moreno había «actualizado» el PT, pero manteniendo lo esencial de sus análisis y método político (ver Moreno, **Actualización del Programa de Transición**, Bogotá, 1980).

^[10] En carta (18-28 marzo de 1875) a Bebel, Engels decía que «importan menos los programas oficiales de los partidos que sus actos».

^[11] En este punto vale la pena precisar mi posicionamiento en la cuestión: durante casi dos décadas -hasta comienzos de los noventa- milité tratando de seguir el método y la orientación recomendada por Trotski en el PT, y en este respecto huelga decir que esta investigación representa una autocrítica, obtenida a costa de no pocas rupturas intelectuales.

^[12] Tampoco habría una relación directa entre el programa de la revolución permanente -esto es, la lucha por superar las estrategias etapistas y reformistas- y la teoría de la revolución permanente para los países atrasados, tal como la formuló Trotski. Ver al respecto nuestro trabajo, en colaboración con Octavio Colombo, «Revalorizando la dependencia a la luz de la crítica a la tesis del estancamiento crónico», en **Debate Marxista**, N° 11.

^[13] Ciapponi y Ramírez -en «¿Refundar y/o...», citado han estudiado los materiales de la mayoría de las corrientes que llaman a reconstruir o refundar la CI y constatan que entre ellas existe «una profunda unidad para oponerse a cualquier balance crítico respecto a cuestiones de teoría, pronósticos, programa y carácter de los partidos e Internacional que los trotskistas construimos heroicamente durante más de 60 años».

[14] La polémica stalinista contra el trotskismo se redujo a la reproducción de pasajes aislados de la obra de Lenin, con ataques sacados de contexto, y a la ritual acusación de «agentes objetivos del imperialismo».

[15] **Elementos fundamentales para la crítica de la Economía Política**, México, Siglo Veintiuno, 1.989, t. I, .422

[16] *Ibídem* t. II p.282. En la perspectiva de Marx, el desarrollo del capital, de sus contradicciones y sus crisis, se da en un movimiento «en espiral». No habría una crisis última; si la clase obrera no encuentra una salida revolucionaria a las crisis, el capital relanzará tarde o temprano la acumulación, para precipitarse luego en crisis aún más abarcativas. Discutimos sobre el concepto de fuerzas productivas en Marx en el trabajo «Sobre las fuerzas productivas y su desarrollo», publicado en **Debate Marxista**, N° 8 y reproducido en esta edición.

[17] «Una escuela de estrategia revolucionaria», Tercer Congreso de la Internacional Comunista, en **Bolchevismo y Stalinismo**, Buenos Aires, Yunque, 1973, p.61.

[18] *Ibídem*, p.63.

[19] En el «Prólogo» a la **Contribución a la Crítica de la economía política**. Discutimos esta afirmación de Marx en el trabajo sobre fuerzas productivas citado en nota 16.

[20] Citamos de acuerdo al texto publicado en la revista **Panorama Internacional**, N° 17, Bogotá, 1981, pp.61 a 80. Hemos cotejado con la edición inglesa del Workers Revolutionary Party, New Park Publications, Londres, 1980. En algunos pasajes -que señalamos- hemos rectificado levemente el texto español de acuerdo a la edición inglesa.

[21] **In Defense of Marxism**, Londres, New Park, 1971, p.10.

[22] Trotski, «More Discussion on the Transitional Program» en **Writings 1938-39**, Nueva York, Pathfinder, p.51.

[23] En **In Defense...**, op. cit., p. II.

[24] Esta tesis general también la aplicaba Trotski a casos particulares. Por ejemplo, en 1940, discutiendo acerca de la derrota del proletariado español, sostiene que «no existe ninguna razón para contar con la expectativa de condiciones más favorables», ya que «el capitalismo ha dejado de progresar, el proletariado ya no aumenta numéricamente, sino que al contrario, lo que aumenta es el ejército de parados...». Ver «Clase, partido y dirección: ¿por qué ha sido vencido el proletariado español? (cuestiones de teoría marxista)», en **España, última advertencia**, Barcelona, Fontamara, 1979, p. 138.

[25] Mandel los cita para demostrar que Trotski nunca defendió una tesis del estancamiento definitivo del capitalismo. Véase Mandel, **El capitalismo tardío**, México, Era, 1979, pp.123 y ss.

[26] Trotski estaba convencido de que si el capitalismo no hubiera agotado sus posibilidades de desarrollo, la toma del poder en Rusia habría sido un error, y el destino de la URSS estaría sellado. En 1925 plantea que si el capitalismo experimentara un nuevo y poderoso crecimiento, significaría «que hemos cometido un error en la evaluación fundamental de la historia» (ver **Towards Socialism or Capitalism**, Londres, 1976, p.60). Señalemos también que Lenin dirigió la toma del poder sin adherir jamás a la idea de que el capitalismo ya estaba imposibilitado de seguir desarrollando las fuerzas productivas en Rusia; su tesis del «eslabón más débil de la cadena imperialista» como lugar de emergencia de la situación revolucionaria, apuntaba en el sentido de la agudización de las contradicciones, provocada por la guerra y el desarrollo de las tendencias capitalistas, y no por un aletargamiento crónico de la acumulación.

[27] **El pensamiento vivo de Marx**, México, Losada, 1984, pp.15-16.

[28] *Ibídem*, p.32.

[29] En esto Trotski sigue las «generales de la ley» del marxismo de principio de siglo, que no elaboró una teoría de la crisis tomando como eje esta importante ley, descubierta por Marx. Habría que esperar a que Henryk Grossmann la rescatara en su obra **La ley de la acumulación y del**

derrumbe del sistema capitalista, de 1929. Es sintomático que Trotski no prestara atención a este trabajo que, a pesar de formulaciones mecanicistas, ubicaba la discusión en un plano muy superior a lo elaborado hasta entonces por los seguidores de Marx sobre las crisis. Esta falencia de Trotski se relaciona también con problemas «de arrastre» del marxismo de la Segunda Internacional, que heredó en buena medida el trotskismo.

^[30] Al plantear la anulación de la ley del valor por el monopolio Trotski se inscribía en una línea de ideas que habían iniciado trabajos como los de Hilferding, sobre la preeminencia del monopolio y del capital financiero, y que gozaban entonces de gran aceptación en la izquierda, no sólo marxista, sino también progresista en general.

^[31] En la versión inglesa, en lugar de «organizan la vida cara» se lee: «organizan los precios altos».

^[32] Incluso después de la revolución, y a pesar de disponer de todas las palancas del poder, el control de los precios es un tema complejo, en el que es necesario avanzar muy lentamente; como por otra parte lo entendieron los bolcheviques después de la desastrosa experiencia del «comunismo de guerra».

^[33] Lenin, «Informe sobre la situación internacional y las tareas fundamentales de la Internacional Comunista», al II Congreso de la IC. Sus afirmaciones de entonces sobre la «agonía mortal» del capitalismo se vinculaban a la perspectiva del triunfo de la revolución socialista, a la acción consciente y revolucionaria de las masas. Remitimos al respecto a los trabajos de Giuseppe Vacca, Aldo Natoli y Sergio Bologna, reunidos en **La crisis del capitalismo en los años 20**, México, Cuadernos de Pasado y Presente, 1978.

^[34] «El imperialismo y la división del socialismo», citado por Giuseppe Vacca en «Lenin y Occidente», en **La crisis del capitalismo...**, op. cit., p.45.

^[35] Aunque la recuperación de Estados Unidos a partir de 1933, y especialmente después de la recesión de 1938, tuvo causas «objetivas» (en ausencia de respuesta revolucionaria de la clase obrera), las medidas tomadas por Roosevelt tuvieron una incidencia no despreciable. En 1933 se estableció el sostén de los precios agrícolas, se fijaron precios mínimos para la producción industrial, se estableció el salario mínimo. Luego, en 1934, la devaluación del dólar ayudó al despegue. En 1935 se toman más medidas de relanzamiento de la economía (lo que se conoce como «segundo New Deal»). Además de no prestar la necesaria atención a estos hechos, Trotski en general no tomará en cuenta las implicaciones de los métodos fordistas de producción y los aumentos salariales que los acompañaban.

^[36] Ver su artículo «Los ultraizquierdistas en general y los incurables en particular. Algunas consideraciones teóricas», de 1937, reproducido en **España última advertencia**, op. cit.

^[37] En todo esto nos guiamos por la doctrina del concepto de Hegel; ver **Ciencia de la lógica**, Buenos Aires, Solar-Hachette, 1968, pp. 531-549.

^[38] Ver «Discussion...», op. cit, p.44.

^[39] «El proletariado y la revolución rusa», en **1905, Resultados y perspectivas**, París, Ruedo Ibérico, 1971, t.2, p. 122, énfasis agregado.

^[40] «Nuestras diferencias», en **1905...**, op. cit, t.2, p. 129.

^[41] «Discussion...», op. cit., p.44.

^[42] En «Nuestras diferencias», en **1905...**, op. cit., t.2, p.129.

^[43] **Whither France?**, Nueva York, New Park, 1974, pp. 134-5.

^[44] «Tasks of the ICL» en **Writings of Leon Trotski** (supplement 1934-40), Londres, 1979, pp.510-11.

^[45] Esta frase no figura en la edición castellana que hemos utilizado. Pero sí en la inglesa, que se hizo según las revisiones finales de Trotski.

[46] A continuación de este pasaje pronostica que a medida que aumenten los sufrimientos, millones de necesitados comenzarán a presionar al reformismo, los desocupados se pondrán en movimiento y los campesinos arruinados buscarán una nueva dirección,

[47] «... puede predecirse con toda seguridad que el New Deal y la política de «Buena Vecindad», que no solucionaron nada ni dejaron conforme a nadie, sólo elevarán las necesidades y el espíritu combativo del proletariado norteamericano y de los pueblos latinoamericanos». En «La ignorancia no es una herramienta revolucionaria» del 30 de enero de 1939, reproducido en **Sobre la liberación nacional**, Bogotá, Pluma, 1976, p.98.

[48] Hemos modificado ligeramente la traducción castellana, de acuerdo a la inglesa. En la edición castellana, en lugar de «cientos y miles» se lee «cientos de miles».

[49] «Discussion...», op. cit., p.43.

[50] «A Step towards Social-Patriotism», en **Writings 1938-39**, p.24.

[51] Ver su crítica al Quinto Congreso de la Internacional Comunista, en **Stalin, el gran organizador de derrotas**, Buenos Aires, Yunque, 1974, pp.166 y ss.

[52] Ver su «Discurso de apertura del VIII Congreso del PC (b) R», de marzo de 1919. Allí afirma que la inmensa mayoría de los países atrasados estaban en tránsito «de la Edad Media a la democracia burguesa».

[53] Michael Lowy, **Dialéctica y revolución**, México, Siglo Veintiuno, 1975, p. 112.

[54] En el «Postfacio» a la segunda edición Marx habla de un nuevo orden social hacia el cual el existente «tiene inevitablemente que derivar», tengan o no conciencia de ello los hombres.

[55] Ver las discusiones en el octavo Congreso del partido Comunista ruso.

[56] Op. cit., p.42. Trotski cita a Marx cuando éste habla -en **El Capital**- de la agudización de la contradicción entre la centralización de la propiedad del capital y la socialización del trabajo, y de su incompatibilidad con las relaciones capitalistas. A partir de allí insiste con su tesis sobre la imposibilidad absoluta de un ulterior desarrollo de las fuerzas productivas.

[57] Ver Vadee, **Marx, penseur du possible**, París, Meridiens Klincksieck, 1992, p.235.

[58] En carta a Mijailovski, director de «Otiéchestviennie Zapiski», Marx insistirá en la necesidad de estudiar «cada una de las formas de evolución», y criticará el pretender suplir ese estudio «mediante la llave maestra universal de una teoría histórico-filosófica general cuya suprema virtud consiste en ser suprahistórica» (Carta de fines de 1877, en **Correspondencia** de Marx y Engels, Buenos Aires, Cartago, 1973, p.291).

[59] Ver «El contenido económico del populismo», en O.C., Buenos Aires, Cartago, 1969, t. I, p.418.

[60] Véase **Ética y concepción materialista de la historia**, Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente, 1975.

[61] Ver Brossat, **El pensamiento político del joven Trotski**, México, Siglo XXI, 1976, p.114.

[62] Un caso ejemplar fue el aplastamiento del proletariado catalán por el stalinismo en 1937; es muy posible que Trotski estuviera muy influido por esta experiencia. De todas maneras, también aquí se trató de una fracción del proletariado, porque cientos de miles de obreros y campesinos estaban convencidos de las virtudes del Frente Popular. Además, los obreros anarquistas estaban imbuidos de una ideología que les prescribía «tomar el poder».

[63] La reflexión estaba ocasionada por la derrota de la Comuna de París, aunque a Marx tampoco se le ocurrió la idea de que el factor decisivo del desenlace hubiera sido la dirección de la Comuna, sino el «accidente decisivo y desfavorable» de la presencia de los prusianos en las puertas de París. Ver Carta a Kugelmann, del 17 de abril de 1871, en **Correspondencia**, op. cit., p.256.

[64] Ver D'Hondt, **Hegel, philosophe de l'histoire vivante**, París, Presses Universitaires, 1966.

[65] En el trabajo ya citado, «Clase, partido y dirección...», Trotski critica a quienes consideran a las direcciones un simple reflejo de las bases. Pero tomar distancia de la idea del «reflejo mecánico» es una cosa, y otra muy distinta es terminar borrando las vinculaciones orgánicas y necesarias entre bases y direcciones.

[66] Con razón Hegel condenaba la aplicación de las relaciones de causa/efecto a la vida orgánica, y más aún a la vida espiritual. Ver D'Hondt, op. cit., p. 295.

[67] Daniel Bensaid, **La discordance des Temps**, París, 1995, p. 180, nota.

[68] «El programa mínimo es un programa que, por sus principios, es **compatible** con el capitalismo y **no rebasa** su marco» (Lenin, «Observaciones para el artículo acerca del maximalismo», diciembre de 1916, ed. Progreso, t.30, p.391).

[69] En el caso de la socialdemocracia rusa el programa mínimo era el de la revolución democrático burguesa.

[70] Marx consideró a esta medida transicional; en Lenin el planteo fue más complejo.

[71] Dice en el PT: «La socialdemocracia clásica, que desplegó su acción en la época del capitalismo progresivo, dividía su programa en dos partes independientes una de otra: el programa mínimo, que se limitaba a algunas reformas dentro de la sociedad burguesa, y el programa máximo, que prometía para un porvenir indeterminado el reemplazo del capitalismo por el socialismo. Entre el programa máximo y el programa mínimo no existía puente alguno. La socialdemocracia no tenía necesidad de ese puente porque sólo hablaba del socialismo en los días de fiesta». Acerca de esta caracterización de Trotski de la Segunda Internacional, ver Apéndice 2.

[72] Hemos introducido algunas ligeras variantes con respecto a la versión castellana, siguiendo la edición inglesa.

[73] A sus partidarios Trotski les explica: «... nosotros no hablamos sobre la revolución social, sobre la toma del poder por la insurrección, la transformación de la sociedad capitalista en la dictadura, de la dictadura en la sociedad socialista. Lleva al lector sólo hasta el umbral. Es un programa de acción desde hoy hasta el comienzo de la revolución socialista». En «More Discussion...», op. cit., p.49).

[74] A pesar de que el texto expresa exagerado optimismo, también sostiene que el impulso revolucionario provendría seguramente de algún gran triunfo del proletariado en otro país.

[75] «Discussion...», op. cit., p. 44.

[76] «More discussion...», op. cit., p.52.

[77] *Ibidem*.

[78] Dice: «Ninguna de las reivindicaciones transitorias puede ser completamente realizada con el mantenimiento del régimen burgués».

[79] «Discussion...», op. cit., p.44.

[80] Trotski, L., **Stalin, el gran organizador de derrotas**, op. cit, p. 361.

[81] Ver **La lucha contra el fascismo**, Barcelona, Fontamara, 1980, p.174.

[82] Ver **Enciclopedia de las Ciencias filosóficas**, 143 Zusatz. Dada la muy mala traducción castellana disponible, utilizamos la edición alemana, en Hegel, **Werke 8**, Frankfurt am Main, 1970.

[83] *Ibidem*, p.284.

[84] Ver Hegel, **Ciencia de la Lógica**, op. cit, pp. 480 y ss.; también Vadee, op cit., pp.27 y ss.

[85] En carta a Engels, del 5 de marzo de 1869, explica que «el objetivo de la Asociación Internacional de los Trabajadores no es 'la igualación de las clases', lógicamente imposible, sino la «supresión de las clases» históricamente necesaria». **Correspondencia...**, op. cit., p.217.

[86] Una explicación posible de esta inclinación a exigir al Estado burgués medidas de transición al socialismo es que muchas veces los gobiernos se ven obligados a tomar medidas que anulan parcialmente la ley del valor, como sucede cuando se estatizan empresas. Pero estas nacionalizaciones no constituyen ningún tránsito al socialismo; son medidas que toma la clase dominante en determinadas coyunturas para fortalecer de conjunto el dominio del capital. El pensar que estas medidas nos acercaban al socialismo contribuyó a alimentar el «estatismo socialista», que el mismo Trotski, siguiendo una tradición que viene de Engels, había rechazado. La crítica de Trotski al estatismo burgués puede verse en **La revolución traicionada**, cuando explica la diferencia entre la formación económico social soviética y el capitalismo de Estado de los países capitalistas. También en el PT, cuando se niega a agitar la consigna de nacionalización de empresas desligada de la consigna de poder. Por otra parte, ya Marx había advertido que la sociedad anónima es una negación parcial de la propiedad privada dentro del capitalismo, y que por eso apunta a un nuevo régimen social. Pero a ningún marxista se le ocurriría «exigir» al capital que transforme toda propiedad privada en sociedad por acciones, para «avanzar al socialismo». ¿Por qué hay que hacerlo entonces en relación al Estado?

[87] La tercera de las «Tesis de Abril», de 1917, dice: «desenmascarar a **este** gobierno, que es un gobierno de capitalistas, en vez de «exigir» que **deje de ser** imperialista, cosa inadmisibles y que no hace más que despertar ilusiones».

[88] Ver «El punto de vista pequeño burgués sobre la cuestión del desastre económico», de mayo de 1917, en OC, Cartago, Buenos Aires, 1958, t.24, p.558.

[89] Ver «Los comunistas y Karl Heinzen», en **Escritos de Juventud**, México, FCE, 1981.

[90] *Ibidem*, pp. 645-6. Nunca se insistirá bastante en que una de las constantes del trabajo de Marx es demostrar el carácter **objetivo** de las relaciones sociales de producción y de cambio, y la imposibilidad para los seres humanos, bajo el capitalismo, de modificarlas -sustancialmente-a voluntad.

[91] Además, el **Manifiesto** explica que cada una de esas medidas sólo adquiere sentido **en relación** con todo el resto, porque en sí misma cada una es «insuficiente e insostenible»:

...desde el punto de vista económico parecerán insuficientes e insostenibles, pero que en el curso del movimiento se sobrepasarán a sí mismas y serán indispensables como medio para transformar radicalmente todo el modo de producción (Marx y Engels, **El Manifiesto Comunista**, en O.E. Madrid, Akal, 1975, t. I, p. 42).

[92] El plan pretendía sustentarse en una alianza entre los obreros y las «nuevas clases medias», para enfrentar «a la potencia monopolista del capitalismo financiero sin tocar las demás formas de propiedad privada». De Man, «Pour un plan d'action», Bruselas, 1934, citado por Marramao en **La crisis del capitalismo en los años '20**, op. cit, p. 292.

[93] «La discusión de Bélgica y el plan De Man», en **Escritos**, Bogotá, Pluma, 1979, t. 6, vol.2, p. 326-7.

[94] *Ibidem*, p.328.

[95] **Ciencia de la Lógica**, op. cit, p. 484.

[96] En **La lucha contra el fascismo**, op. cit., pp. 87 y ss.

[97] *Ibidem*, pp.171 y 174. También afirma: «el control sólo se concibe en el caso de una superioridad indiscutible de las fuerzas políticas del proletariado sobre las del capital» (p. 173). Este planteo no era novedoso en el movimiento socialista de principios de siglo; ya en sus polémicas con el reformismo, Rosa Luxemburgo había criticado la propuesta de control obrero en períodos de dominio burgués normal. Ver **¿Reforma o Revolución?**, Madrid, 1931, pp.59 y ss. La revolucionaria alemana se daba cuenta de que en situaciones no revolucionarias el control obrero no podría eludir las exigencias de la competencia capitalista, y empujaría a las organizaciones sindicales, o bien hacia políticas reaccionarias, o hacia la colaboración de clases.

[98] *Ibidem*, p. 171. En este pasaje el término «propaganda» está empleado en el sentido de «agitación propagandística», esto es, no en el sentido en que generalmente se entiende la propaganda como muchas ideas a unos pocos. Por eso habla de propaganda dirigida hacia las masas.

[99] Ver al respecto los escritos de Lenin «Para la historia de una paz infortunada» y «Para las tesis de una paz por separado», de enero de 1918, en OC, Cartago, Buenos Aires, 1958, t.26.

[100] Ver «Informe sobre el momento actual», Séptima Conferencia del POSDR (b), mayo de 1917, en OC, t.24, op. cit., p.225.

[101] *Ibidem*.

[102] Ver por ejemplo, «Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática», de 1905.

[103] Ver «La crisis del menchevismo», de diciembre de 1906, en OC, Cartago, 1970, 1.11; «Los combatientes intelectuales contra el dominio de la intelectualidad», de marzo de 1907; y el «Prefacio a la traducción rusa del libro Correspondencia de J. F. Becker, J. Dietzgen, F. Engels, C. Marx y otros», de abril de 1907, *ibidem*, t.12.

[104] Ver «Tesis sobre táctica», del Tercer Congreso de la Internacional, en **Los cuatro primeros Congresos de la Internacional Comunista**. Buenos Aires, Pluma, 1973, t.2.

[105] «La enfermedad infantil del «izquierdismo», en el comunismo», en OE, Cartago, 1970, p.85; es interesante que esta advertencia está dirigida a partidos Comunistas que gozaban -a principios de los veinte- de una influencia incomparablemente mayor a la que pudieron haber tenido la inmensa mayoría de los grupos de la CI en cualquier momento de su historia.

[106] **¿Qué hacer?**, OC Cartago, Bs. As., 1970, t.5, p.468.

[107] *Ibidem*, p.469.

[108] Al respecto son educativos textos de Lenin de la Primera Guerra, es decir, época de bancarrota capitalista y crisis:

«En modo alguno estamos contra la lucha por reformas. ...Nosotros somos partidarios de un programa de reformas que **también** debe ser dirigido contra los oportunistas. Los oportunistas no harían sino alegrarse en el caso de que les dejásemos por entero la lucha por las reformas...» («El programa militar de la revolución proletaria», septiembre 1916, Progreso, Moscú, 1985, t.30, pp. 146-7).

Un año antes, al comentar un volante de un grupo socialista norteamericano, que criticaba a la Segunda Internacional porque ésta supuestamente concedía demasiada atención a las reivindicaciones inmediatas, afirma:

"Nos esforzamos por ayudar a la clase obrera a conseguir un mejoramiento efectivo de su situación, por mínimo que sea (en el terreno económico y político) y agregamos siempre que **ninguna** reforma puede ser durable, verdadera y seria si no es apoyada por los métodos revolucionarios de la lucha de las masas" ("Al Secretariado de la Liga para la Propaganda Socialista", escrito entre octubre y noviembre de 1915, ed. cit, t. 27, p. 75).

En otros trabajos planteará que las reformas más duraderas y profundas en el capitalismo son subproducto, por lo general, de grandes ofensivas revolucionarias.

[109] N. Moreno, «La traición de la OCI (U)», en **Panorama Internacional**, N° 19, 1982, p.52.

[110] El comentario es de Lenin en «Revisión del programa del partido», OC, Cartago, 1958, t.26, pp. 157-8.

[111] *Ibidem*, p. 159, énfasis añadido.

[112] En su «Diario del exilio» escribe: «no puedo hablar del carácter indispensable de mi trabajo, aun en el período que va de 1917 a 1921, pero ahora mi trabajo es indispensable en el sentido más pleno del término. No hay ninguna arrogancia en esta valoración. El hundimiento de las dos Internacionales ha planteado un problema que ningún otro dirigente puede resolver, por falta de las

herramientas adecuadas. Las vicisitudes de mi destino han hecho que deba afrontar este problema, y ellas me han armado de una experiencia importante al respecto. No hay actualmente persona, excepto yo, que pueda cumplir con la misión de armar a la nueva generación con un método revolucionario...». Citado por Deutscher, **Trotsky le prophète hors-la-loi**, París, 1980, t. 5, p. 337

[113] El artículo que pasó a la historia con el nombre de «Tesis de Abril», fue publicado por Pravda el 7 de abril de 1917, y llevaba por título «Las tareas del proletariado en la actual revolución». Son las tesis que Lenin expuso, apenas llegado a Petrogrado, en una reunión de bolcheviques, y luego en otra conjunta de bolcheviques y mencheviques.

[114] «Tesis...», O.C., t.24, p.54.

[115] *Ibíd.*, p.55.

[116] La orientación de las «Tesis de abril» sería considerada «propagandística» según los criterios que tradicionalmente se utilizaron en la CI. Es notable que Kamenev haya criticado las Tesis por el mismo motivo. Lenin respondería con estas palabras:

¿Acaso no es precisamente el trabajo de los propagandistas en este momento lo más necesario para **liberar** la línea proletaria de los vapores tóxicos del defensismo "masivo" y pequeñoburgués? (Escrito entre el 8 y 13 de abril de 1917).

[117] Trotsky, **Historia de la revolución rusa**. Madrid, Ruedo ibérico, 1972, t.2, pp.8 y 9.

[118] El PT plantea «Abajo la diplomacia secreta, que todos los tratados y acuerdos sean accesibles a cada obrero y campesino».

[119] Séptima Conferencia del POSDR (b), punto 2, «Informe sobre el momento actual», O.C., t.24.

[120] «Tareas....», op. cit, p.63.

[121] Conferencia del POSDR (b) de Petrogrado, O.C., t. 24, p. 142.

[122] *Ibíd.*, p. 142.

[123] *Ibíd.*, punto 8, «Discurso en favor de la resolución de la guerra».

[124] Ver, por ejemplo, el escrito de Lenin «La catástrofe que nos amenaza y cómo combatirla», del 10 de septiembre de 1917, en OC, Cartago, 1958, t. 25.

[125] Ver, por ejemplo, «Iconos contra cañones y frases contra el capital», del 21 de abril de 1917 y «Las enseñanzas de la crisis», del 2 de mayo, en O.C., t. 24.

[126] Ver «Acerca de la derrota del gobierno propio en la guerra imperialista», 26 de julio de 1915, Progreso, Moscú, 1988, t. 26 p. 301.

[127] Carta a Shiliapnikov del 31 de octubre de 1914, en O.C., Progreso, Moscú, 1988, t. 49, p. 21.

[128] Brossat, op. cit., p. 184.

[129] Broué, **Trotsky**, París, Fayard, 1988, p.151.

[130] Lenin, criticando esta orientación, escribe: «Quien defiende la consigna «ni victorias ni derrotas» es un chovinista consciente o inconsciente; en el mejor de los casos, es un pequeño burgués conciliador; pero de todos modos, es **un enemigo** de la política proletaria, un partidario de los gobiernos actuales, de las clases dominantes actuales («Acerca de la derrota del gobierno propio en la guerra imperialista», t.26, p.306, 26 de julio de 1915).

[131] Brossat, op. cit., p.206.

[132] «Proposición del CC...», del 22 de abril de 1916, op. Cit., p. 303.

[133] I. Deutscher, **Trotsky, le prophète armé**, París, 1979, t. I, p. 417.

[134] Brossat, op. cit., p. 197.

[135] *Ibíd.*

[136] «La guerra y la socialdemocracia de Rusia», octubre de 1914, t.26, p.21, Moscú, 1985. Posteriormente, la Conferencia del POSDR en el extranjero (marzo de 1915) decide aplazar la agitación de esta consigna, «hasta que se discuta en la prensa el aspecto económico del problema» (Lenin). Finalmente, en agosto de ese año Lenin explica que la reivindicación es «errónea desde el punto de vista económico», porque, o bien es irrealizable en el capitalismo, o bien se convertiría en una consigna reaccionaria, porque se podría concretar como un acuerdo entre los capitalistas europeos, para fortalecerse frente a Japón y Estados Unidos. Ver al respecto «La consigna de los Estados Unidos de Europa» y «Nota de la redacción de Sotsial-Demokrat al Manifiesto del CC del POSDR sobre la guerra», t. 26, Moscú, Progreso.

[137] En **El gran organizador...**, op. cit., pp. 86 a 92.

[138] A partir del ascenso de Hitler al poder, Trotski está convencido de que el estallido de una nueva guerra era inevitable y más o menos inmediato. Los acontecimientos posteriores confirmarían el análisis de las Tesis de 1934. En 1935 Alemania denunciaba los tratados que le habían impuesto en la Primera Guerra, e Italia invadía Etiopía; en 1936 estallaba la guerra civil española, dando lugar a la intervención de Alemania e Italia; al año siguiente Japón invadía China, y en marzo de 1938 Alemania anexionaba Austria.

[139] Escrito de Trotski del 30 de junio de 1940.

[140] Este es el contenido fundamental de las resoluciones adoptadas por el Socialist Workers Party de Estados Unidos y por la sección inglesa de la CI en 1940, después de la muerte de Trotski, siguiendo estrechamente sus últimas recomendaciones. Es lo que se conoció como «la política militar del proletariado». Ver al respecto S. Bornstein y A. Richardson, **The War and the International**, Londres, Socialist Platform, 1986, y también el prólogo de R. Prager a **Les Congrès de la Quatrième Internationale (1940-1946)**, París, La Brèche, 1981.

[141] Sólo aclaremos que la política derrotista de Lenin no tiene nada que ver con la derrota unilateral de un bando en lucha, ni con aplaudir la ocupación de un país imperialista por el otro. Se trata de una estrategia de fraternización de los explotados, para que todos den vuelta el fusil contra sus burguesías. Por otra parte, es un hecho que la mayor parte de la Segunda Guerra mundial se desarrolla en escenarios donde claramente se disputa la hegemonía post-colonial (norte de África, guerra del Pacífico) o la posibilidad de derrota de la URSS.

[142] Según datos recogidos por Deutscher, en 1938 el SWP de Estados Unidos tenía entre 800 y 1.000 militantes, y no mucha inserción sindical. **Trotski, le prophète...**, op. cit., t. 6, p. 561.

[143] Ver **Les Congrès de la Quatrième...**, op. Cit., t. 2, p. 366.

[144] Hay que destacar que tanto el SWP como la mayoría de la sección francesa de la CI, que en 1953 romperían con el sector liderado por Pablo y Mandel, aceptaron los análisis de este Congreso. Por otro lado Michel Pablo, que para muchos trotskistas condensa la quintaesencia del oportunismo, fundamentaba su táctica de entrismo en los partidos comunistas en la tesis catastrofista. En 1951 hablaba del «colapso multilateral del equilibrio del régimen capitalista» y decía que «esta bancarrota tiende a agravarse» («¿A dónde vamos?»).

[145] Ver **The fight for the continuity of the Fourth International**, Londres, New Park Publications, 1975, pp.40 y ss. La Conferencia se realizó en Londres, y se retiraron de la misma el grupo Lutte Ouvrière, de Francia, y la Tendencia Espartaquista, de Estados Unidos. Para ese entonces el SWP de Estados Unidos y otros grupos del Comité Internacional, incluido el de Nahuel Moreno de Argentina, también habían abandonado esta fracción, para reunificarse con el sector liderado por Mandel. Así se conformó lo que pasó a llamarse el Secretariado Unificado de la CI. A su vez Pablo rompió con sus viejos compañeros, Mandel y Maitan, en 1965.

[146] **Tesis sobre la situación mundial**, Buenos Aires, 1984, p.4.

[147] Mandel, **Las ondas largas del desarrollo capitalista**, Madrid, Siglo XXI, pp. 104 a 106.

[148] Mandel, «Pourquoi la IV Internationale», en **Quatrième Internationale**, agosto-diciembre 1988, p.78. Por supuesto, estamos completamente de acuerdo con la crítica de Mandel a los que niegan la gravedad de las catástrofes en las que periódicamente el capitalismo empuja a la humanidad.

[149] Novack tendió a presentar la democracia como una conquista de «larga duración» -es decir, producto de luchas seculares- de las masas. Ver al respecto su **Democracia y revolución**, Barcelona, Fontamara, 1971. Moreno trató de conciliar la extensión de democracias en los ochenta con las afirmaciones del PT elaborando la tesis de «las revoluciones democráticas de contenido socialista». Esto es, si las fuerzas productivas estaban históricamente estancadas, si la burguesía tendía a los regímenes totalitarios como método «normal» de dominación, las democracias de postguerra eran el resultado de revoluciones «objetivamente socialistas» que imponían al capital un régimen político «contra natura». Ver, por ejemplo, «Actualización del Programa...», op. cit. Muchos dirigentes y militantes de la CI rechazaron esta tesis, criticándola por su naturaleza oportunista, pero sin intentar dar solución al problema que Moreno había encarado.

[150] Mandel, op. cit, p. 106.

[151] Ed. cit, p. 10.

[152] N. Moreno, «La traición de la OCI», op. cit., p. 52.

[153] **Conversaciones con Nahuel Moreno**, Buenos Aires, Antídoto, 1986, p.5. Por aquellos años varios países en Latinoamérica y Asia pasaban de regímenes dictatoriales a democráticos y las democracias en los países adelantados cumplían medio siglo sin interrupciones.

[154] Por ejemplo, en la inmediata postguerra Mandel afirmaba que la revolución europea había cumplido su primera fase y que la ausencia del partido revolucionario no era decisiva para desencadenar el levantamiento que se produciría en la siguiente fase. (Mandel, en **Quatrième Internationale**, agosto-septiembre de 1946, citado por Prager, op. Cit., p. 285).

[155] Por ejemplo, Maitan sostenía, en 1959, que la revolución anticolonial «no se puede agotar por el acceso a un escalón cualquiera de estabilización capitalista». Citado por Maitan en «1943-1968: Bilan d'un combat».

[156] Ver, por ejemplo, la «Resolución sobre América latina», en **Quatrième Internationale**, de mayo de 1969.

[157] Ver «The Organisation Communiste Internationaliste breaks with Trotskyism», Londres, 1975, p.23.

[158] En este punto Deutscher tuvo una posición particular. Ya en los años cincuenta señalaba que en la URSS no existía ningún movimiento de masas, y que no existía ninguna posibilidad de revolución política, dada la exterminación de todos los opositores, y en especial de la oposición trotskista, «lo que ha dejado a la sociedad soviética amorfa, políticamente incapaz de expresarse y de tomar iniciativas políticas desde la base» (ver, entre otros trabajos, **Trotsky...**, op. Cit., t. 6, pp. 420 y ss.). Pero de manera equivocada, apostaba a una reforma «desde arriba», que llevara a la desaparición de la burocracia y hacia una transformación socialista.

[159] Sin embargo el sector de la CI del llamado Secretariado Unificado, ya en 1992, dio cuenta del retroceso de las fuerzas obreras y socialistas. Su XIII Congreso Internacional registraba entonces como hechos negativos la unificación imperialista de Alemania, el fracaso electoral del Frente Sandinista, la marginalización de las opciones socialistas en Europa del Este, la débil actividad del movimiento obrero en Estados Unidos y Japón, su situación defensiva en Europa Occidental. Otras corrientes comenzaron a reconocer el retroceso unos años más tarde; sin embargo muchos grupos sostienen que nada ha cambiado sustancialmente, y que la situación sigue siendo revolucionaria o pre-revolucionaria.

[160] Sobre el tema de la «reconciliación» con la historia en Hegel, el rechazo del dualismo kantiano del deber ser, y el sentido revolucionario de esta crítica, ver D'Hondt, op. cit.

APENDICE 1: La vanguardia y el partido

Una cuestión que no ha sido tratada en el PT, ni en las discusiones sobre táctica, es la relación con la vanguardia del movimiento de masas. Lenin caracterizaba a la vanguardia como el sector de los obreros «conscientes, reflexivos, políticamente activos» ^[1]. Por extensión hablamos así mismo de estudiantes o activistas sociales de vanguardia, que pueden pertenecer a organizaciones políticas, sindicales, u otras, o estar dispersos y desorganizados. En la **Historia de la revolución rusa** Trotski también resaltó la importancia política de esta capa, al decir que fueron los obreros de vanguardia los que dirigieron la revolución de Febrero. Eran los que habían asimilado las enseñanzas de 1905; la mayoría no pertenecía al partido bolchevique, pero durante los años de la reacción mantuvieron sus enseñanzas, relaciones con la prensa partidista, preocupaciones políticas.

Este sector constituye entonces **una mediación objetiva** entre el partido y las masas; de allí se deriva una mayor complejidad entre la agitación y la propaganda que la que generalmente se presupone en la CI. Hacia esa vanguardia se dirigía el periódico de los bolcheviques y a través de ella cobraba pleno sentido la lucha ideológica entre las corrientes de la izquierda rusa durante los años no revolucionarios. La revolución de 1905 sacudió las conciencias de las masas e incorporó a nuevos sectores a la actividad política, pero durante los años de reacción que siguieron volvió a cobrar centralidad la labor por ganar a esos trabajadores avanzados al marxismo. Incluso hubieron períodos en que -al decir de Lenin- la principal forma de la lucha de clases pasó por lo ideológico, por el combate contra el misticismo y el idealismo, contra los liquidacionistas y los ultraizquierdistas, productos genuinos de la desesperanza y la ofuscación en las filas de la izquierda. Fueron los tiempos en los cuales el núcleo leninista luchó contra la dispersión y el abatimiento, **males que no se combaten con la agitación de consignas para la movilización**. Esta lucha preparó las condiciones para la intervención del partido en el ascenso revolucionario; fue la etapa en que se forjaron los cuadros, en que muchos clarificaron posiciones y sacaron conclusiones.

Es significativo para la comprensión de ciertas constantes del pensamiento de Trotski, evidenciadas también en el PT, el que durante ese período de reacción, que va de 1907 a 1914, el futuro organizador del Ejército Rojo no avanza. En esos años su actividad estuvo centrada, como él mismo reconocería en **Mi vida**, en «comentarios sobre la revolución de 1905 y en la preparación teórica de la próxima revolución». Brossat señala:

En la contrarrevolución Trotski respira mal, se traba y se estanca. Sus antiguos defectos se acentúan, precisamente cuando se desarrollan las cualidades obstinadas y metódicas y la perspicacia de Lenin ^[2]. Muchos partidarios de Trotski reconocen este problema, pero no se cuestionan sus raíces. En nuestra opinión se explica en buena medida por su tendencia a hacer política exclusivamente a través de la «escalera transicional». Con ese esquema el trabajo de propaganda, en particular con la vanguardia, se diluye. Es cierto que Trotski escribe folletos y libros -y lo haría luego en los veinte y los treinta-, pero no se centra en el trabajo de propaganda sistemática sobre la vanguardia «amplia». No es casual que el **Pravda** vienes, que orienta durante un lapso bajo la contrarrevolución zarista, no logre hacer pie en los cuadros obreros de Rusia.

La victoria de la revolución de Octubre significó un nuevo y gigantesco paso en el despertar de millones de explotados a las ideas de la revolución socialista y posibilitó la agitación política entre las masas más atrasadas. Lenin subrayó, en época de la Internacional Comunista, la importancia de esa conquista:

La vanguardia proletaria está conquistada ideológicamente. Esto es lo principal. Sin ello es imposible dar ni siquiera el primer paso hacia el triunfo ^[3].

Para Lenin es «lo principal», **sin lo cual no se puede ni siquiera dar un paso hacia la victoria**. A partir de esa conquista se podía arrastrar a las más amplias masas, a las más atrasadas, hacia la revolución socialista. Pero aquel «paso» se perdió a partir de la reacción stalinista y el PT **no parte de ese retroceso**. En los años treinta no se trataba tanto del «despertar» de los obreros más avanzados, porque millones de activistas sindicales y juveniles se habían incorporado al trabajo

político de la izquierda, sino del combate contra sus ideas socialdemócratas, nacionalistas o stalinistas. En ese cuadro, **la agitación de consignas reivindicativas por parte de los trotskistas podía influir muy poco en ellos.**

Por otra parte, la incorporación de algunos centenares de militantes a la CI no implicaba que la tarea de ganar a la vanguardia estaba cumplida, y que había posibilidades de movilizar a las masas. La victoria del stalinismo en la URSS y en la Tercera Internacional proporcionaba a los partidos Comunistas el apoyo de miles y miles de obreros, convencidos de las ideas y de la estrategia defendida por su dirección. En algunos escritos Trotski reconocía que no era fácil que los obreros rompieran con quienes los habían despertado a la actividad política; esto conectaba con la situación en que se encontraba la CI, calumniada y perseguida por el aparato stalinista. **Pero esto no se podía superar con la agitación directa hacia las masas amplias,** pretendiendo movilizarlas con consignas revolucionarias, por fuera de las relaciones que mantenían con los obreros de avanzada. De hecho, Trotski consideró que era posible ganar a la vanguardia -que seguía mayoritariamente al stalinismo- movilizándolo a las masas detrás de las demandas transicionales. Pero las masas reciben las consignas mediadas por la vanguardia, es decir, por los miles de activistas sindicales y políticos que existen en los lugares de trabajo y de residencia.

Para decirlo con un ejemplo, cuando un trotskista lanzaba panfletos en una empresa en la que había militantes stalinistas o socialdemócratas, las consignas transicionales llegaban «filtradas» por las críticas de esos activistas. Pretender ganar a las masas sin haber ganado la lucha política, por lo menos hasta cierto grado, entre los sectores más conscientes, más activos, es dar pasos sin respaldo sólido. En el PT y en las «Conversaciones sobre el programa» Trotski pasa por alto esa mediación, y la pasa por alto **en el momento en que mayor es la confusión, la dispersión** de los mejores elementos de la clase obrera. Trotski actúa como si, a partir del núcleo inicial, ya fuera posible ir «directamente a las amplias masas». En su mensaje al Congreso de fundación de la CI plantea que la nueva Internacional «se enfrentará de ahora en más a las tareas de un movimiento de masas»^[4]. En un escrito de la misma época, sostiene que la mayoría de las organizaciones de la CI estarían entrando en la «tercera etapa» del movimiento, en que se enfrentarían «con las tareas del movimiento de masas», sobre la base de la experiencia acumulada en las etapas anteriores, de lucha política en el seno de la Internacional Comunista, y de trabajo de masas durante el «entrismo» en los partidos Socialistas. En este nuevo período la CI podría dirigir directamente a las masas, porque estaba armada de un sistema de demandas transicionales «que son capaces de unir a las masas por la lucha revolucionaria por el poder»^[5].

Posteriormente, la mayoría de los grupos trotskistas desarrollaría y profundizaría esta orientación, cayendo en el campañismo y el agitativismo desenfrenados, a la par que alimentaba un desprecio sistemático por la lucha ideológica y política entre los sectores más avanzados, a excepción de la denuncia del stalinismo, y en menor medida, de las direcciones socialdemócratas y burocráticas.

Notas:

^[1] En «Una caricatura del marxismo y el economismo imperialista», de 1916. También trata el tema en sus escritos tempranos. Ver, por ejemplo «Una tendencia retrógrada en la socialdemocracia rusa». En este texto, Lenin da una definición de la vanguardia aún más estrecha que la citada en el texto, porque identifica la vanguardia con los obreros dirigentes, mientras que a los obreros conscientes, interesados en las ideas del socialismo, los ubica como los «obreros medios» detrás de los cuales todavía distingue a las masas más amplias.

^[2] Op. cit., p.119.

^[3] «El «izquierdismo» enfermedad infantil del comunismo», apartado «Algunas conclusiones».

^[4] Citado por Deutscher en **Trotski, le prophète hors-la-loi**, op. cit., t. 2, p. 567.

^[5] «A Great Achievement», del 30 de agosto de 1938, en **Writings**, op. cit., p. 56.

APENDICE 2: Trotski sobre la Segunda Internacional

Como hemos señalado (nota 71), en el PT Trotski sostuvo que la socialdemocracia «sólo hablaba del socialismo en los días de fiesta». Esta idea se repite en varios escritos del fundador de la CI. Por ejemplo, en los años veinte, y criticando al stalinismo, escribía:

Antes de la guerra no habíamos hablado más que de la táctica del partido proletario; esta concepción correspondía con exactitud suficiente a los métodos parlamentarios y sindicales predominantes entonces, y que no salían del marco de las reivindicaciones y de las tareas corrientes. La táctica se limita a un sistema de medidas relativas a un problema particular de actualidad o a un dominio determinado de la lucha de clases... La época de la Segunda Internacional obligó a recurrir a métodos y a concepciones a causa de los cuales, según la famosa expresión de Bernstein, «el movimiento es todo y el objetivo final no es nada». En otros términos, la labor estratégica se reducía a nada, se disolvía en el «movimiento» cotidiano con sus fórmulas cotidianas de táctica ^[1].

Por eso no es de extrañar que en la CI esté muy difundida la idea de que en la Segunda Internacional habría prevalecido, de manera más o menos homogénea, una concepción evolutiva y pacifista del desarrollo del capitalismo y del movimiento obrero, «a lo Bernstein». Por lo tanto, los revolucionarios hoy no tendríamos nada que aprender sobre línea política de los escritos socialistas anteriores a 1914, referidos a los países avanzados (¿qué se puede aprender de quien habla de socialismo «sólo en los días de fiesta»?). De aquí también se desprende la idea, muy extendida en el movimiento trotskista, de que en períodos no revolucionarios y de desarrollo capitalista, la actividad de los marxistas prácticamente se debería restringir a las luchas inmediatas y a retomar la vieja consigna de «el movimiento es todo». Esto tal vez ayude a explicar el rechazo visceral de los militantes trotskistas a toda insinuación de volver a la división entre programa máximo y mínimo, o acentuar la propaganda.

Pensamos que es necesario cuestionar esta visión, que ya había criticado Lenin en 1915; es que según Trotski y Potréssov

...podría creerse que la democracia contemporánea de esa época [entre 1870 y 1914] permaneció como un todo único que, en general, se impregnó de la idea del desarrollo gradual, tomó carácter nacional, perdió el hábito de las alteraciones del desarrollo gradual y de las catástrofes, se empuñó y se cubrió de moho ^[2].

Pero, sigue Lenin, junto a las tendencias señaladas **actuaron otras en sentido contrario**. Además de la aparición en ese período de «formas de lucha más agudas y más violentas, como las huelgas de masas», se asistió al enfrentamiento entre las dos grandes corrientes de la socialdemocracia, enfrentamiento que «adoptó a veces las formas más violentas, llegando a provocar divisiones»; agrega Lenin:

La «idea universal de un desarrollo gradual» no era en modo alguno el estado de ánimo predominante de manera absoluta en toda la democracia de esa época, como resulta en Potréssov y Trotsky ^[3].

Destaquemos en primer lugar, que en la CI estas observaciones de Lenin ni siquiera actuaron como estímulo para reflexionar sobre lo acertado o no de la caracterización global del PT acerca de la Segunda Internacional. Pero, y en segundo lugar, toda la historia de la socialdemocracia alemana, el partido «modelo» de la Segunda Internacional, confirma lo acertado de esas apreciaciones de Lenin. Lejos de la descripción unilateral de Trotski -nuevamente advertimos su tendencia a absolutizar **un** rasgo de la situación-, las luchas ideológicas y políticas en la Internacional Socialista en torno a la huelga general, a la independencia de los sindicatos socialdemócratas, al militarismo y el colonialismo, a la actividad de la juventud o al 1º de mayo, fueron muy agudas y estuvieron lejos de implicar meras cuestiones «tácticas». Por eso no es cierto que la política de «el objetivo final es nada, el movimiento es todo» fuera aplicada por el ala izquierda; ésta tampoco limitó a «los días de fiesta» su propaganda por el socialismo. Cada una de las polémicas mencionadas **abarcaba todas las cuestiones estratégicas de la revolución**. Como demuestra Cari Schorske, es a lo largo de esos años que van de 1903 a 1914 cuando se consolida la derecha del partido y se preparan las condiciones para el posterior desbarraque

oportunista ^[4]. El ala izquierda combatió por sus posiciones, tratando de educar a la vanguardia obrera en las ideas del marxismo revolucionario. Los trabajos de Rosa Luxemburgo contra el revisionismo constituyen el ejemplo clásico al respecto. Con todas sus debilidades y falencias, es necesario aprender de estas experiencias en estos tiempos de profundo retroceso y de lucha por las posiciones del marxismo.

Notas:

^[1] **Stalin, el gran...**, op. Cit., p. 145.

^[2] «Bajo pabellón ajeno», posterior a enero de 1915, en O.C., t. 26, p. 154, Moscú, Progreso. Potréssov era un líder menchevique.

^[3] Ibidem, p. 155.

^[4] Carl Schorske, **German Social Democracy**, Londres, Harvard University Press, 1995.

APENDICE 3: Un balance sobre la etapa de posguerra

Prácticamente todos los dirigentes y teóricos de la CI estuvieron convencidos de que en el curso de la Segunda Guerra se habían revertido las grandes derrotas del movimiento de masas, y- que la revolución socialista había retomado su curso ascendente. El principal argumento era la extensión de las estatizaciones en buena parte del Este europeo y China, a lo que se agregaba el fortalecimiento de los sindicatos y partidos comunistas y social-demócratas en los países capitalistas adelantados, y los ascensos de movimientos nacionalistas en las colonias y semicolonias.

Pensamos que debe hacerse una valoración muy distinta de los resultados de la Segunda Guerra, que hasta cierto punto han «marcado» al siglo. Esto es, hay que subrayar la cuestión de la conciencia socialista de los explotados, por sobre la obtención de ganancias «materiales» -léase nacionalización de medios de producción- en algunas partes del planeta. Es que a pesar de las grandes victorias en la lucha anticolonial, a pesar de levantamientos proletarios como el de Bolivia de 1952, o Berlín de 1953, la clase obrera mundial **nunca recuperó el grado de conciencia socialista, de independencia de clase y revolucionaria, que había alcanzado entre 1917 y los años posteriores inmediatos.** Mientras que al término de la Primera Guerra Mundial se desató una enorme fuerza revolucionaria desde el «eslabón más débil de la cadena imperialista», al término de la Segunda **no se generó nada parecido.** Los partidos comunistas, el Ejército Rojo, la socialdemocracia, los movimientos nacionalistas y las instituciones de la burguesía lograron canalizar el odio de las masas al fascismo, a través de frentes de colaboración de clases. Es cierto que el capital resignó países enteros y que la planificación estatal, apoyada en la nacionalización de los medios de producción, se impuso en esos lugares. Pero por debajo de estas «ganancias materiales», la conciencia de la Revolución de Octubre en el ánimo de las masas estaba quebrantada; al término de la Segunda Guerra salían fortalecidas las instituciones de la democracia en los países avanzados, el stalinismo en el Este y en muchos movimientos obreros, y el nacionalismo burgués en los países atrasados. Esta situación tuvo como contrapartida la debilidad o ausencia de organizaciones revolucionarias.

En este punto rescatamos el enfoque con el que Trotski había analizado, a comienzos de 1940, la estatización de los medios de producción en una parte de Polonia, por la entrada del Ejército Rojo. La burocracia stalinista había nacionalizado los medios de producción en una parte de Polonia, y por eso se podía decir que la revolución había «avanzado», ya que el capitalismo había desaparecido en esa región del globo. Pero, decía Trotski, **éste no debía ser el criterio fundamental para juzgar la progresividad de la acción de la burocracia,** porque ésta había «desorientado y desmoralizado a la clase obrera». Por consiguiente, «comparados con esos crímenes el cambio social en dos provincias» era, para Trotski, de «secundaria importancia» ^[1].

«*Mutatis mutandi*, podemos decir que, comparados con el refuerzo de la confianza en los métodos de la burocracia y en las políticas del nacionalismo y de la burguesía, las estatizaciones de la segunda posguerra **eran de importancia muy secundaria.** En esencia, el futuro de la revolución socialista estaba hipotecado. Este fue el hecho central que perdió de vista el análisis de la CI. Por cierto, existió un elemento de verdad en sus caracterizaciones. Las guerras de liberación de China, Argelia, del Congo belga, Cuba y Vietnam constituyen puntos salientes de un movimiento muy extenso y abarcativo, de millones de trabajadores y campesinos en el mundo. Pero ninguno de esos procesos alcanzó para restablecer el nivel de conciencia socialista y organización autónoma de las masas que se había alcanzado en los primeros tiempos de la Tercera Internacional. Por el contrario, estos éxitos fueron encajados en los moldes de

Estados burocráticos no capitalistas -que hoy evolucionan hacia el capitalismo, como Vietnam- o en regímenes pequeño burgueses dependientes y atrasados -como Argelia-. Los análisis de la CI se hicieron eco de la profundidad y amplitud de estas luchas de liberación, pero interpretaron mal las potencialidades de regeneración de la conciencia comunista de los explotados. Por eso la combinación de catastrofismo y euforia terminaría dando como resultado la máxima desorientación a fines de los ochenta y principios de los noventa. Entonces, prácticamente todas las corrientes caracterizaron como una «revolución política» (obrero y socialista) lo que era el inicio de la

restauración capitalista en el Este europeo. Se había caído en lo más profundo de la sima teórica y política.

Notas:

[\[1\]](#) **In defense...**, op. cit., p.166.

Sobre las fuerzas productivas y su desarrollo (*)

Rolando Astarita

(*) Este trabajo fue publicado por primera vez en **Debate Marxista** N° 8 de Noviembre de 1996.

Uno de los pilares sobre los que se basaron la política y el programa del movimiento trotskista es la tesis de que las fuerzas productivas (en adelante FP) no se habrían desarrollado en el capitalismo desde 1914 o, en su defecto, desde 1929 (hay cierta ambigüedad en la periodización). Para los partidos trotskistas esto se convirtió, con el paso del tiempo, en una cuestión de «principios», porque desde su óptica el triunfo de la revolución socialista sólo es posible si se llegara a un estadio en que las FP ya no se pudieran desarrollar, en términos absolutos, bajo el capitalismo.

Esta «necesidad» de demostrar el estancamiento de las FP se reforzó por la adhesión aerífica al Programa de Transición, de la Cuarta Internacional de 1938. Ese programa, escrito por Trotski en plena crisis del capitalismo, se apoya sobre el estancamiento de las FP. El fundador de la Cuarta Internacional esperaba que al finalizar la guerra se extendería la revolución socialista o, en su defecto, pensaba que la humanidad se precipitaría en el estancamiento y el fascismo dominaría el mundo.

Pero en la posguerra no se dio ninguno de esos escenarios: el capitalismo logró -sobre la base de las inmensas derrotas del proletariado europeo en los '30, y de la política contrarrevolucionaria del stalinismo y la socialdemocracia- reanudar una fuerte acumulación y crecimiento económico. Este, lejos de reducirse a los países adelantados, se extendió también en los países atrasados. Atados a una concepción dogmática, los partidos trotskistas fueron incapaces de registrar estos hechos y mucho menos de explicarlos teóricamente. En los años cincuenta y sesenta (pleno «boom» económico) siguieron afirmando que la crisis capitalista abierta en los treinta no se había cerrado, y que la curva de desarrollo capitalista en el mundo estaba en los mismos niveles que a principios de siglo. La única excepción a esta posición fue el sector de E. Mandel y sus partidarios (del Secretariado Unificado de la Cuarta Internacional). Mandel criticó la tesis del estancamiento permanente de las FP y trató de explicar el crecimiento de la posguerra sobre la base de las leyes descubiertas por Marx. De todas maneras, tampoco Mandel sacó todas las conclusiones con relación al programa de la Cuarta Internacional y su táctica política.

En la Argentina todas las organizaciones trotskistas hicieron de la tesis del estancamiento mundial de las FP una bandera distintiva, planteando incluso que el no reconocerla implicaba tener posiciones contrarrevolucionarias. Para sustentar su tesis estancacionista, terminaron modificando -junto a los trotskistas de otros países- la concepción clásica del marxismo sobre las FP, de cómo se evalúa su desarrollo y de su naturaleza. Esencialmente plantearon que la principal FP es «el hombre», y que, por lo tanto, el desarrollo de las FP debe medirse por la mejora en las condiciones físicas e intelectuales del ser humano; en particular, por la situación material de la clase obrera, la clase productora por excelencia bajo el capitalismo ^[1]. Así la discusión sobre el desarrollo de las FP se mutó en una discusión sobre la evolución de los índices de pobreza y de hambre en el mundo. Accesoriamente han esgrimido argumentos acerca del crecimiento de la industria armamentista (fuerzas destructivas) y de la destrucción de la naturaleza por el capitalismo.

Dado que la categoría FP está en la base misma de la teoría marxista y de su crítica al capitalismo, es evidente la importancia de esta discusión para el rearme del movimiento marxista. En esencia, no se puede comprender en qué consiste el choque entre las FP y las relaciones de producción si no se entiende qué son las FP y qué es su desarrollo. Si falta esa comprensión, el programa y las perspectivas de la lucha socialista están ubicados sobre un terreno falso. Además, el análisis y la crítica del capitalismo también carecerá de bases sólidas, porque no dará cuenta de sus tendencias más fundamentales. Como dice el documento «Tendencias actuales del capitalismo y las premisas de la revolución socialista», la visión del estancamiento permanente de las FP no permitió registrar los grandes cambios que se estaban produciendo en el mundo en el último medio siglo, en especial el crecimiento urbano y de la clase obrera.

Para el marxismo, **el desarrollo de las FP significa el crecimiento de las premisas materiales y sociales de la revolución socialista**. Esto es, el desarrollo de las FP implica el desarrollo del proletariado por un lado, y de los medios técnicos para el despliegue de las capacidades productivas del ser humano; es por eso que la revolución socialista podrá socializar los medios para la producción de la riqueza. Entonces, si la tesis del estancamiento de las FP desde principios de siglo es cierta, debería demostrarse que las condiciones materiales de la revolución socialista son hoy iguales o peores que en 1914, que la clase obrera es más débil socialmente, y que los medios materiales para la producción de riqueza son iguales o más pobres.

Basta una comparación superficial entre la situación del mundo en 1914 y la actualidad para comprobar lo absurdo de la posición estancacionista. En 1920, por ejemplo, la clase obrera casi no existía en América latina y Asia, y era absolutamente minoritaria en el sur y este de Europa. **Hoy la clase obrera ha pasado a ser predominante a nivel mundial** y, por primera vez desde el neolítico, la población campesina no es mayoría, y puede producir todos los alimentos necesarios para una población que se duplicó en el último medio siglo. Por otro lado las posibilidades de socializar riqueza y medios para producirla eran incomparablemente menores a principios de siglo que en la actualidad. La productividad del trabajo desde principios de siglo se multiplicó varias veces. Las tasas promedio de crecimiento de las economías capitalistas fueron globalmente superiores desde 1940 a 1996, a las tasas anuales promedio de crecimiento de Inglaterra, Estados Unidos, Alemania y Francia durante el siglo xix (todos los marxistas coinciden que en ese siglo crecieron las condiciones materiales y sociales para la revolución en esos países). ¿Cómo se puede afirmar entonces que las premisas materiales de la revolución socialista no son hoy mayores que en 1938 a nivel mundial? Casi es de «sentido común» afirmar que los avances tecnológicos abren hoy posibilidades infinitamente mayores a una revolución socialista que hace 60 o 70 años: la computación significa la posibilidad de reducir al mínimo trabajos administrativos y abriría campos nuevos a la planificación; el desarrollo descomunal del transporte y comunicaciones; las posibilidades de la automatización del trabajo; los avances colosales de la medicina, de la biotecnología, etc. Por otro lado, la internacionalización de la economía da mayores bases al programa internacionalista del socialismo. En definitiva, si la visión «estancacionista» fuera consecuente, debería concluir en que la revolución no es posible por el debilitamiento social (¡tras ochenta años de estancamiento de las FP!) de la clase obrera, o en el caso de que triunfara (tal vez motorizada por los marginados) sólo «socializaría miseria». Es claro entonces que la tesis del estancamiento permanente de las FP lleva agua al molino de los que sostienen que el «sujeto social» de la revolución socialista -esto es, la clase obrera- ha desaparecido, y con ello también la vigencia del marxismo como teoría y programa de la revolución.

Por otra parte, a la par que crecieron las condiciones materiales de la revolución, también las contradicciones del capitalismo (entre la clase obrera y el capital, entre las fronteras nacionales y las FP, etc.), son hoy mucho mayores porque **el desarrollo de las FP es el desarrollo de las contradicciones insalvables del sistema capitalista**. La **necesidad** de la revolución socialista es entonces cada vez más acuciante.

En un plano aún más general, podemos dar el siguiente argumento: si se pretende medir el desarrollo de las FP por el bienestar de la clase obrera, debería concluirse que un período como la Revolución Industrial inglesa (cuando la clase obrera incluso se reducía físicamente por las penosas condiciones de trabajo y alimentación a que estaba sometida; ver Marx, 1946, cap. 13) no constituyó una fase de desarrollo de las FP. Los partidarios de la tesis del estancamiento han terminado por reconocer, parcialmente, que están en un callejón sin salida, pero no han revisado sus raíces teóricas. De esto se derivan graves confusiones y errores políticos y programáticos.

En este trabajo nos proponemos entonces analizar el concepto de Marx sobre FP. Trataremos de demostrar que para Marx no se trata de dar una «definición» ahistórica de lo que son las FP, sino de comprender su dialéctica y por lo tanto los cambiantes parámetros para evaluar su desarrollo. Analizaremos luego brevemente los argumentos sobre armamento y ecologismo, para terminar discutiendo la posición que postula que debería haber un estancamiento absoluto del sistema capitalista para que pueda triunfar la revolución socialista. A esta visión le opondremos una mucho más dinámica, que surge de captar el carácter **contradictorio** y «en espiral» que tiene el desarrollo de las FP bajo el capitalismo.

Por último, esperamos que este trabajo también sea de provecho para otros compañeros que, sin provenir del movimiento trotskista, compartan -total o parcialmente- ideas similares a las que aquí criticamos ^[2], o se interesen en ahondar en fundamentos del materialismo histórico. También puede ser de interés la discusión que haremos de las posiciones de Cohen, a los efectos de ilustrar -por contraposición-la concepción dialéctica de Marx.

PROCESO DE TRABAJO Y FUERZAS PRODUCTIVAS

Un error común entre estudiosos de la obra de Marx es pretender encontrar «definiciones» que sean aplicables *urbi et orbi*. Esto sucedió reiteradamente con la discusión sobre las FP; por ejemplo, cuando se quiso determinar si «en general» es el hombre o la máquina, si es el conocimiento o su habilidad «la» principal FP y la clave del desarrollo.

El intento de Cohen (1986) de realizar un análisis «riguroso» de los textos de Marx, pero despreciando la dialéctica, es un caso ejemplar y «de máxima» de este tipo de enfoques; en este sentido, se emparentó con las «definiciones» generales que encontramos entre los teóricos trotskistas del estancamiento permanente ^[3]. La clave es comprender que en Marx -como en Hegel- las definiciones sólo dan una primera aproximación (una «representación», diría Hegel) de las cuestiones o cosas que son realidades **concretas** y **en desarrollo**. Por eso, el concepto de FP en Marx se irá **construyendo**. Trataremos de seguir el camino de esta construcción en Marx paso a paso.

La misma idea de «fuerza» nos induce a considerar a las FP en relación y en proceso, nunca como algo absoluto y estático, ni como una cualidad que exista «en sí» misma. Es que, como ya lo había apuntado Hegel, una «**fuerza**» **existe en tanto se manifiesta**, o sea, existe sólo en sus efectos; siempre expresa la necesidad de «tránsito entre diferentes momentos», que están en interacción (piénsese, por ejemplo, en la fuerza de atracción o la fuerza magnética ^[4]).

En el caso que nos ocupa, cuando hablamos de «fuerza productiva» nos estamos refiriendo **no a una cualidad estática** (veremos luego que ésta es la concepción de Cohen y en general es propia del pensamiento metafísico) sino a la relación e interacción entre **momentos del proceso de trabajo**, en el cual se despliegan las fuerzas transformadoras. Por este motivo Marx plantea el tema de las FP analizando «en general» el proceso de trabajo y para ubicar desde el principio la discusión de las FP **en esa totalidad**.

Comencemos destacando algunas particularidades de este proceso de trabajo «en general», tal como los estudia Marx. Marx desarrolla la noción en los **Grundrisse**, en el Capítulo VI (inédito), y esencialmente en el capítulo V del primer libro de **El Capital**.

Para interpretar mejor su pensamiento, nos apoyaremos en Hegel; no lo hacemos por un afán de «hegelianizar» a Marx, sino para destacar la importancia del tratamiento dialéctico de las FP. El propio Marx cita aprobatoriamente -en **El Capital**- la concepción de Hegel sobre las herramientas que se encuentra en la lógica de la **Enciclopedia**, en el capítulo sobre la teleología. Marx parte del trabajo humano, distinguiéndolo del trabajo del animal por el hecho de que el primero, antes de ejecutar su obra, «la proyecta en su cerebro», de manera que «al final del proceso de trabajo brota un resultado que antes de comenzar el proceso existía ya en la mente del obrero, es decir, un resultado que tenía ya una existencia ideal».

En la **Enciclopedia** (en el punto sobre la teleología y el fin) Hegel también nos dice que al comienzo el fin es meramente subjetivo, y por lo tanto debe conquistar la objetividad, superar la diferencia entre ambos polos (Hegel, 1990, parr. 204). Entonces, para superar esa diferencia, hace falta una **mediación**, que establecerá una unidad dinámica entre lo subjetivo y lo objetivo; esa mediación es la **actividad** conforme a un fin, de manera que lo esencial no será ni lo objetivo ni lo subjetivo, sino esa actividad.

Destaquemos que «mediar» en Hegel significa negar, y la negación es la fuente de movimiento, es la contradicción. La actividad **niega** a los polos de lo subjetivo y objetivo como entidades «en sí», conservándolos transformados y superados **en una unidad que es proceso y movimiento**.

Marx rescata esta idea en **El Capital**, donde nos dice que los factores simples que intervienen en el proceso de trabajo son «la actividad adecuada a un fin, o sea, el propio trabajo, su objeto y sus medios», y el verdadero motor del desarrollo entonces será **el trabajo**, el mediador entre el fin meramente subjetivo y la objetividad. Al transformar el hombre al objeto de trabajo, transforma su propia naturaleza, y por eso el trabajo se convierte en la clave del proceso de hominización.

Volvamos un momento a Hegel. Este término medio «entero», nos dice Hegel, es entonces, «la actividad». Pero este término medio no permanece entero, porque es «roto», escindido en dos momentos: «la actividad y el objeto que sirve de medio» (Hegel, 1990, parr. 208, traducción corregida de acuerdo con la edición alemana).

¿Qué quiere decir Hegel? Que cuando se desarrolla la actividad sobre el objeto, esa actividad, que era la mediadora originaria entre lo subjetivo y lo objetivo, **sufre una transformación**, porque el mismo objeto sobre el que se trabaja comienza a experimentar una transformación, al convertirse él mismo **en medio**, esto es, en herramienta, que a su vez debe respetar la «otra» objetividad, el material sobre el que actúa.

La herramienta es ahora la fuerza interna del concepto, pero puesta como **actividad**, unida con el **objeto** como **medio**. La actividad «es» ahora, hasta cierto punto, herramienta. En seguida Hegel desarrolla el pasaje que Marx cita en **El Capital** cuando trata el proceso de trabajo:

La razón es tan astuta como poderosa. La astucia consiste en general en la actividad mediadora, la cual, haciendo que los objetos actúen los unos sobre los otros de acuerdo con su naturaleza y se desgasten unos a los otros, sin mezclarse directamente en ese proceso, cumple su propio fin (Hegel, 1990, parr. 209; traducción modificada de acuerdo con la edición alemana).

En la **Lógica** Hegel también nos dice que la idea subjetiva adquiere realidad sólo en el medio, de manera tal que **el medio se convierte en más importante que el fin**, porque es la realización del fin, porque en él se conserva la racionalidad y se conserva precisamente como un extrínseco frente al fin, y por eso el poder del hombre sobre la naturaleza no va a residir encerrado en lo subjetivo, sino que estará plasmado en sus herramientas. Por esto mismo, dirá Hegel, el arado es superior al producto:

el arado es más noble de lo que son directamente los servicios que se preparan por su intermedio y que representan los fines. El instrumento de trabajo se conserva, mientras los servicios inmediatos perecen y quedan olvidados. **En sus utensilios el hombre posee su poder sobre la naturaleza exterior**, aunque se halle sometido más bien a ésta para sus fines (Hegel, 1968, p. 658; énfasis nuestro).

Recapitemos: lo más importante, el «motor» del proceso dinámico del trabajo NO es el polo subjetivo (la representación idealista; el conocimiento, etc.) sino la actividad misma del trabajo, la verdadera mediación entre ambos. Pero ese medio, la actividad, a su vez adquiere luego un segundo «nivel», digamos, que es el de la «actividad objetivada» gracias a la herramienta. Marx dice prácticamente lo mismo cuando explica

que los productos de la naturaleza se convierten directamente en órganos de la actividad del obrero, órganos que él incorpora a sus propios órganos corporales, prolongando así, a pesar de la Biblia, su estatura natural... (Marx, 1946, p. 132).

Por eso Marx considera al hombre «un animal que fabrica herramientas» y que el desarrollo de las FP **se medirá crecientemente** por el desarrollo de esa mediación objetiva que «delimita» al hombre con respecto al animal, y cuyo máximo exponente será la maquinaria bajo el capitalismo. En los **Grundrisse** encontramos una reafirmación de estas ideas; allí Marx sostiene que los medios de producción son «**órganos del cerebro humano creados por la mano humana**; fuerza objetivada del conocimiento» (Marx, 1989, t. 2, p. 230). «Órganos del cerebro creados por la mano humana» es otra manera de hablar del «concepto devenido en actividad y medio transformador».

Sobre la base de lo anterior se puede entender por qué Marx consideraba que lo que distingue a las diversas épocas económicas no es lo que se hace, sino con qué **instrumentos de trabajo (El Capital cap. V)** ^[5]. Esta es, precisamente, la base de la concepción materialista de la historia. Es

en la misma línea de pensamiento que Marx muchas veces considera a la herramienta como **la base de todo el desarrollo social** (ver Marx, 1975, t. 1 p. 82). En toda la obra de Marx se pueden encontrar a cada momento pasajes que reafirman estas ideas.

LA SUPERIORIDAD DEL MÉTODO DIALÉCTICO

Podemos ahora referirnos brevemente a la concepción de Cohen, al efecto de destacar la superioridad del tratamiento dialéctico de Marx frente al análisis «riguroso» de la lógica formal.

Cohen sostuvo, contra concepciones equivocadas del tipo de «el hombre es la principal FP», que no debía hablarse de «cosas» como fuerzas de la producción, sino de sus «propiedades». Por ejemplo, serían FP la capacidad de trabajo del hombre, o la capacidad de operar de una máquina. Por esta razón Cohen insinúa que Marx adolece de falta de «rigor» porque considera a la «exteriorización» de la fuerza de trabajo como una FP, y no a la «cualidad» del hombre. Pero no se trata de eso, sino del abismo que media entre el método dialéctico y su enfoque estático-analítico. Si recordamos que «fuerza» alude a una relación y exteriorización que se produce en el seno del proceso productivo, podrá comprenderse por qué para Marx la fuerza de trabajo del hombre no podía ser FP por fuera de la interacción activa, (allí sólo lo es potencialmente) y sólo se convierte en «fuerza» de la producción» dentro del proceso de trabajo.

Por las mismas razones podemos decir que la ciencia «en sí» tampoco es una FP, como sostiene Cohen. La ciencia sólo puede ser «fuerza» transformadora cuando se incorpora al proceso productivo, cuando se «plasma» o «corporiza» en alguno de sus momentos (en la máquina, en las operaciones del productor). Por eso en la historia se registran inventos o avances científicos que tardan mucho en significar un desarrollo de las FP. Y tampoco la naturaleza «en sí» (esto es, separada de la acción humana) es una FP; por ejemplo, la electricidad para el hombre primitivo no era una FP, como hoy no lo es el planeta Venus para el ser humano.

Obsérvese que aquellos que pretenden determinar si una cosa o la otra es la principal FP, al margen del proceso de producción y de su ubicación histórica, se deslizan hacia posiciones idealistas, porque minusvaloran el punto central del desarrollo que es la actividad mediadora entre los términos subjetivo y objetivo. Esto sucede con Cohen, quien afirma que el conocimiento es «el centro del desarrollo de las FP» (Cohen, 1986, p. 49). Esta es una reedición de la vieja concepción de que son «las ideas» las que mueven el mundo, expresada esta vez bajo la cubierta de una tesis que reivindica el «determinismo tecnológico»; algo parecido sucede con los schumpeterianos, que ubican a la mente como el primer motor de la invención tecnológica, y no al trabajo ^[6]

A problemas parecidos conducen los intentos de «definir» al hombre (como hacen Moreno y otros trotskistas) como «la» FP. Por ejemplo, puede aumentar el número de obreros sin que ello signifique un desarrollo de las FP; es el caso de «crecimientos» extensivos, que terminan en desastres como sucedió en los regímenes stalinistas desde los '60.

Con esto se puede entender por qué la importancia de los momentos del trabajo varía de acuerdo con la evolución social y las relaciones económicas. Por ejemplo, podemos decir que en el período previo al trabajo específicamente humano, el verdadero «sujeto» era la naturaleza (de la cual forma parte el hombre), que actuaba tanto como «instrumento y medio de subsistencia» (Marx, 1989, 1.1 p. 460). En ese primer estadio, la clave del desarrollo será la evolución de la herramienta natural, la mano. Por otro lado, cuando el productor es propietario de la herramienta de trabajo, la maestría del artesano pasa a ser una FP fundamental, clave del desarrollo (ver ídem; ver también las referencias de Marx en el capítulo sobre manufactura de **El Capital**). Por el contrario, en el esclavismo clásico, o en los regímenes asiáticos que realizaban grandes obras públicas, la FP esencial es la fuerza del trabajo humano potenciada por la coordinación de la relación esclavista o de la burocracia, mientras que la habilidad manual no tiene un rol importante ^[7]. Aquí la FP es «el número» de efectivos empleados, no la maestría, que es esencial -como FP-bajo **otra** relación social y **otra** configuración del proceso de trabajo.

LAS FUERZAS PRODUCTIVAS BAJO EL CAPITALISMO

Debemos entonces estudiar la articulación **particular** de las FP bajo el capitalismo. En él ya no será el trabajo «del» productor el marco de referencia de la FP, sino el **colectivo** laboral, que es una creación capitalista (con relación al trabajo del artesano de la edad media), al agrupar y recrear la cooperación en un nivel muy superior a todo lo conocido antes en la historia (ver Marx, 1946, t. 1 cap. 11). Surge así una nueva FP, el obrero social, que pertenece al capital; la organización de este colectivo es ahora también una FP importante. Pero aún más fundamental es entender la **inversión** que se produce en las relaciones mutuas de los momentos del trabajo con el paso a la gran industria, es decir, al modo de producción plenamente capitalista.

Si en el trabajo artesano la herramienta aparece como medio subordinado al poder del productor, y sí en la manufactura la herramienta todavía está en la mano del obrero, en el capitalismo desarrollado (gran industria) el hombre pasará a ser mero apéndice del gigante automatizado que constituye el sistema de máquinas. Como lo explica Marx, **el punto de partida de la revolución industrial es precisamente el pasaje de la herramienta desde las manos del obrero al dispositivo mecánico que opera con una cantidad de herramientas en forma simultánea**. De allí surgirá la necesidad de un mecanismo motor más potente, y de allí también la cooperación de máquinas semejantes y el sistema de máquinas. Estos desarrollos (que son desarrollos de las FP), estudiados por Marx en el primer volumen de **El Capital**, muestran cómo evoluciona la relación entre los momentos del proceso productivo, donde estadios anteriores vuelven a encontrarse, en forma superada. Ahora la cooperación aparecerá esencialmente como «cooperación de máquinas», y el rasgo característico del desarrollo de las FP no será el desarrollo de la habilidad manual del productor ^[8] sino la potencia y perfección crecientes del **mecanismo** colectivo. Lo que servía como parámetro de desarrollo de las FP en un estadio anterior, ahora no sirve.

Vemos en este proceso, característico del modo capitalista, la reaparición de las categorías «generales» estudiadas antes, pero ahora concretadas en su forma más pura. Si «en general» el dominio del hombre sobre la naturaleza se plasmaba en sus utensilios y herramientas, y éstos eran la objetivación de los fines subjetivos del ser humano, ahora Marx parece decirnos que recién en este estadio del desarrollo histórico se alcanza la «real» objetivación, si se compara con todo lo conocido antes, y en particular, con la manufactura (Marx, 1946, p. 315). Ahora, en la maquinaria,

cobran independencia la dinámica y el funcionamiento del instrumento de trabajo frente al obrero (Marx, 1946, p. 331).

Y la herramienta se plasma en el gigantesco autómatas, formado por innumerables órganos mecánicos, dotados de conciencia propia, que actúan de mutuo acuerdo y sin interrupción para producir el mismo objeto (Marx, 1946, pp.346-47).

Pero este crecimiento de las FP se produce **a costa del empobrecimiento** de uno de los momentos del proceso de trabajo en cuanto FP, el obrero individual, que antes dominaba un arte y una técnica (que ya había perdido en gran medida con la manufactura). Esta es una refutación de las concepciones «humanistas» del desarrollo de las FP, que buscan medir el desarrollo de las FP por, el desarrollo de la «riqueza» del productor; en general Marx rechazaba la visión (propia del romanticismo pequeño burgués) que evalúa el progreso histórico de la producción por el bienestar de los hombres ^[9].

Por eso Marx añade que ahora las fuerzas naturales y del trabajo social «tienen su expresión en el sistema de maquinaria y forman con él el poder del patrón». Ahora el verdadero **sujeto** de las FP pasa a ser este autómatas «dotado de conciencia propia», y ésta no es otra cosa que la expresión material **del dominio del capital, del trabajo muerto, sobre el trabajo vivo**. El desarrollo se hará mediante el creciente desplazamiento del segundo por el primero, y esto constituirá **la contradicción más íntima** del crecimiento capitalista. A pesar de lo que digan los defensores de las tesis «humanistas» sobre las FP, **es un hecho** entonces que Marx evalúa su desarrollo sobre la base de la acumulación del capital, **extensiva y fundamentalmente intensiva**; por ejemplo:

...el nivel alcanzado en su desarrollo por el modo de producción fundado en el capital (...) se mide por la magnitud existente de capital fijo, no sólo por su cantidad, sino igualmente por su calidad (Marx, 1989, t. 2, p. 241).

Y también en el **Manifiesto Comunista** Marx y Engels enumeran los elementos en que consiste el desarrollo de las FP logrado por la burguesía, y dicen:

La burguesía (...) ha creado **fuerzas productivas** más abundantes que todas las generaciones pasadas juntas. El sometimiento de las fuerzas de la naturaleza, el empleo de las máquinas, la aplicación de la química a la industria y a la agricultura, la navegación de vapor, el ferrocarril, el telégrafo eléctrico, la adaptación para el cultivo de continentes enteros, la apertura de los ríos a la navegación, poblaciones enteras surgiendo por encanto, como si salieran de la tierra. ¿Cuál de los siglos pasados pudo sospechar siquiera que semejantes **fuerzas productivas** dormitasen en el seno del trabajo social? (Marx y Engels, 1975, págs. 26-27; énfasis nuestro).

Las citas se pueden multiplicar. Pero lo esencial es comprender que, bajo el capitalismo, desarrollar las FP es entonces acumular plusvalía en la esfera productiva, con vistas a aumentar la producción de plusvalía, incrementando los volúmenes de capital y al mismo tiempo desplazando mano de obra. El capital que fracasa sistemáticamente en hacerlo, pierde ante la competencia y es derrotado, es decir desaparece. De ahí la concepción de Marx de que el capitalismo no puede existir sin acumular, sin revolucionar constantemente todos los medios de producción (ver Marx, 1946, cap. 22/23).

ARMAMENTO, ECOLOGÍA Y FUERZAS DESTRUCTIVAS

Con lo visto hasta aquí puede comprenderse lo erróneo de considerar que las FP estén estancadas porque crezca la industria armamentista. Este problema debe discutirse **en relación con la acumulación**, no «en sí».

Por supuesto, teóricamente es posible demostrar (y Marx alude al tema al referirse a las industrias de lujo, que pueden equipararse hasta cierto punto con el rol de la industria militar en los esquemas de acumulación), que si la industria armamentista excede determinados límites puede llegar a absorber toda la plusvalía disponible para la acumulación, de manera que se daría una desacumulación, o un estancamiento permanente. Esto ha sucedido en las guerras (tomando a los países beligerantes de conjunto), produciéndose así una destrucción absoluta de las FP. Pero en la posguerra los gastos armamentistas ocuparon en general una parte bastante menor al 10% del producto nacional, dejando lugar, por lo tanto, a la acumulación ampliada. La relación gastos militares/pnb (producto nacional bruto) para los principales países imperialistas fue:

País/Año	1950	1955	1960	1965	1970
EE.UU	5,7	9,9	9,1	7,6	8,3
G. Bretaña	6,3	7,7	6,3	5,9	4,9
Francia	5,8	4,9	5,4	4,0	3,3
Alemania Oc.	4,5	3,3	3,2	3,9	3,2
Italia	3,2	2,8	2,5	2,5	3,6

(Fuente: Citado por Mandel, 1979, págs. 270-271).

Por otra parte es necesario tener una visión histórica del problema y del papel que ha jugado el ejército en la historia del capitalismo. Por ejemplo, que la cibernética, la computación, la aviación, la energía atómica, y tantos otros inventos, hayan sido desarrollados en el ejército antes de pasar a la producción capitalista civil, no implica el estancamiento de las FP. Por último digamos que gran parte de la historia del capitalismo está marcada por incesantes guerras, y no por ello Marx y Engels negaron el desarrollo de las FP. Todo se reduce, una vez más, a decidir si las tasas de acumulación capitalista avanzan o no; si la riqueza material, en la forma de medios de producción, **crece o no**. La destrucción y el retroceso de la producción que afectaron a Europa en las dos grandes guerras de este siglo nos están diciendo que se trató de períodos globales de destrucción de las FP (aunque no para los Estados Unidos). Por el contrario, la Revolución Industrial inglesa,

que se considera un período de desarrollo del capitalismo coincidió en buena parte con las guerras napoleónicas que asolaron a Europa. La paz que siguió fue acompañada por una fase de estancamiento económico. El desarrollo de las FP en Alemania desde 1900 a 1913 fue acompañado por una frenética carrera armamentista. Por eso no se puede decir que basta que haya fuertes gastos en armas, guerras o muchas invenciones en el ejército para sentenciar que las FP no se desarrollan y que necesariamente la paz sea sinónimo de mayor crecimiento.

Otro argumento de la posición «estancacionista» se refiere a la destrucción de la naturaleza. Se habla del efecto invernadero, de la lluvia ácida, de la capa de ozono, de la destrucción de los bosques, etcétera

Es evidente que el desarrollo del capitalismo se asentó en un colosal despilfarro y destrucción de recursos naturales (como ya lo había señalado Engels), y que esta destrucción alcanzó niveles nunca imaginados. Pero de allí existe un gran paso a poder afirmar que ésta es la contradicción fundamental sobre la cual se sustenta el programa de la revolución socialista. Los que sostienen que la contradicción fundamental es entre el capitalismo y la naturaleza (tesis del ecologismo de izquierda), deben deducir que las premisas de la revolución socialista no surgen como una necesidad ineludible del desarrollo contradictorio, **interno**, del sistema, sino de la contradicción de la sociedad «en general» con la naturaleza. De ello se deduciría que es posible y necesaria una alianza con las clases medias -con un programa «racional»- e incluso con los capitalistas interesados en el cada día más rentable negocio ecológico, para salvar a la humanidad de la devastación planetaria. Tal vez sea ilustrativo del fracaso de esta crítica al capitalismo lo que sucedió con el ecologismo de izquierda europeo y norteamericano. En los años setenta éste sostenía que las energías no nucleares eran incompatibles con el capitalismo, y que por lo tanto la lucha por la energía solar o eólica llevaría a la revolución socialista. Pero es un hecho que los mismos monopolios dedicados a la extracción de hidrocarburos fomentan (desde los ochenta, por lo menos) la investigación en otros tipos de energía, porque advierten que pueden llegar a transformarse en un negocio rentable. Lo mismo podemos decir de las recientes mutaciones de empresas norteamericanas, dedicadas hasta hace poco tiempo a la industria de guerra, y que hoy hacen pingües negocios con la ecología en California y otros estados.

DESARROLLO DE LAS FUERZAS PRODUCTIVAS Y REVOLUCIÓN

Existe una idea, muy extendida en el trotskismo, que sostiene que para que triunfe una revolución socialista el capitalismo debe haber agotado completamente sus posibilidades de desarrollo. De esta manera se llega a decir que si no hubiera existido la revolución de Octubre, Rusia hubiera quedado en el mismo nivel de desarrollo de las fuerzas productivas que el de 1917; en la misma línea de razonamiento se debe sostener que hoy es imposible la expansión del capitalismo en Rusia. Así, con esta tesis se llega a una de esas posiciones que hacen aparecer al marxismo como un dogma sólo sostenible a costa de negar la realidad. Pero los partidos trotskistas tienen mucho interés en demostrar este estancamiento secular porque, en su óptica, si las FP se hubieran desarrollado -a nivel mundial- después de 1917, se demostraría que el programa revolucionario del bolchevismo habría estado equivocado y, peor aún, no habría ninguna posibilidad revolucionaria.

La única justificación «teórica» para sostener esta posición es el famoso **Prólogo a la Crítica de la Economía Política** de Marx, donde se da a entender que la revolución y el reemplazo del antiguo modo de producción por uno superior sólo es posible si se llega a un estancamiento en términos absolutos de las fuerzas productivas, esto es, si el antiguo modo de producción se «agotó» y ya no permite ningún nuevo avance ^[10].

Pero... ¿es posible demostrar que el capitalismo había llegado en 1917 a una imposibilidad absoluta de seguir desarrollando las FP? Sin embargo, la revolución socialista triunfó en Rusia. O podemos presentar el siguiente problema: cuando se aproxima la crisis de 1857 Marx esperaba el estallido de una revolución proletaria en Europa, para lo cual escribe los **Grundrisse**, a los que consideraba esenciales para dar un «basamento teórico» al movimiento revolucionario que esperaba. Sin embargo no pretende encontrar una razón para que el capitalismo ya no pudiera seguir desarrollando las FP, en términos absolutos; a pesar de eso, creía en la posibilidad de una

revolución proletaria. Por otra parte, Marx era consciente, y así lo dijo a lo largo de **toda** su obra, que el capitalismo no puede sobrevivir sin revolucionar constantemente las FP.

En nuestra opinión, la única forma de salir de esta contradicción entre la cita anterior de Marx por un lado, y toda su teoría y la evidencia del desarrollo capitalista y la lucha de clases, por el otro, es cuestionando la aplicabilidad al régimen capitalista de la concepción planteada en el «Prólogo».

En este punto nos apoyamos en la interpretación que da Elster (1990) de ese pasaje. Elster sostiene que esta cita es aplicable a los modos de producción precapitalistas, **pero no al capitalismo**. De hecho, Marx se refirió muchas veces a que las formas precapitalistas de producción eran esencialmente conservadoras en lo que respecta al cambio tecnológico, que éste se producía de forma lenta, y cuando las fuerzas productivas aceleraban su desarrollo, entraban en conflicto agudo con las relaciones de producción.

Es decir, las relaciones de producción de determinados modos de producción precapitalistas eran incompatibles con determinados avances tecnológicos. En cambio el capitalismo es esencialmente dinámico en lo que respecta al cambio tecnológico y revoluciona permanentemente las fuerzas productivas.

También Elster recuerda que en el primer tomo de **El Capital** Marx sostiene que «todos los anteriores modos de producción eran esencialmente conservadores». Y en los **Grundrisse** existe un extenso pasaje, también citado por Elster, en el cual se destaca la diferencia:

A pesar de estar limitado por su propia naturaleza, el capital lucha hacia el desarrollo universal de las fuerzas de producción y se convierte en la presuposición de un nuevo modo de producción... **Todas las formas anteriores de sociedad zozobraron debido al desarrollo de la riqueza o, lo que es igual, debido a las fuerzas sociales de producción** (Elster, 1990, pp. 188-189, énfasis de Elster).

Aquí Marx dice claramente entonces que los modos de producción precapitalista sucumben porque son incapaces de absorber el cambio tecnológico -por ejemplo, Marx recuerda la destrucción del feudalismo mediante la brújula, la pólvora y la imprenta-, mientras el capitalismo fue capaz de absorber todos los cambios tecnológicos -y por cierto que muy rápidos y violentos durante muchos periodos- que se sucedieron ^[11].

Se puede argumentar que estos cambios tecnológicos no se incorporan a la producción en la misma medida en que están disponibles, es decir, que la tasa de cambio tecnológico potencial es mayor que la tasa de cambio tecnológico real. Esto es cierto, y ya Marx había constatado -teórica y empíricamente- que la máquina tropezaba con las condiciones capitalistas para su introducción en la producción. Pero eso no niega, evidentemente, que el capitalismo haya podido seguir desarrollando las fuerzas productivas, cuando las condiciones de valorización fueron convenientes.

En este respecto la interpretación de Elster nos parece correcta, en el sentido de que la afirmación del «Prólogo» no vale para el capitalismo. De todas maneras queda por discutir por qué Marx no explícito el punto, cuando en todos los otros textos citados ése parece ser su pensamiento. Es un problema abierto que habrá que seguir estudiando.

UN DESARROLLO TENDENCIAL «EN ESPIRAL»

Llegados a este punto nos apartamos de la interpretación de Elster, porque para éste las posibilidades de desarrollo están libres de contradicciones profundas, y los «derrumbes» del sistema desaparecen de su visión. Elster parece interpretar, además, que ése era el pensamiento de Marx.

Pero en realidad, en la propia cita de los **Grundrisse** que nos presenta, y en muchos otros pasajes, Marx recuerda que el modo de producción capitalista «es una forma limitada de producción», es decir, el desarrollo de las fuerzas productivas tropieza con barreras. Marx está muy lejos de tener una visión «productivista», de evolución lineal de las FP (en la que pretendió apoyarse el reformismo de la Segunda Internacional); por el contrario, se trata de un **desarrollo inherentemente contradictorio**.

Es que el desplazamiento de la mano de obra por la herramienta -o sea, el dominio creciente del trabajo muerto sobre el trabajo vivo- ahoga la fuente de valorización del capital, y con ello embota el acicate fundamental que empuja al desarrollo de las FP. De ahí las crisis periódicas, de ahí también los desarrollos «en espiral», con FP cada vez mayores y más universales comprometidas en crisis recurrentes. La teoría del capital de Marx, del desarrollo de las FP y de su crisis, constituye así un **todo orgánico**, porque los límites son **internos**, inherentes, al mismo desarrollo.

No se puede captar esta dialéctica si no se comprende qué son las FP, si no se capta la tendencia al desplazamiento de la actividad humana (creadora de valor) por la máquina (valor objetivado), **si no se entiende que toda la historia del capital es la historia del crecimiento de esa contradicción**. Por eso las crisis son **inevitables**. Aquellos que desprecian estos conceptos fundamentales para seguir aferrados a la muletilla de que el obrero es la FP principal bajo el capitalismo, en realidad están desconociendo lo más profundo de toda la obra de Marx. Deberían fundar su teoría de las crisis en otra no marxista; y deberían además, intentar explicar teóricamente por qué el capitalismo, desde 1914, sólo podría recuperarse de sus crisis (de acuerdo con sus concepciones) hasta un nivel de desarrollo igual al que existió aquel año, nunca superior a nivel mundial.

El mismo desarrollo entonces crea las condiciones de la revolución. Posiblemente una razón adicional para que muchos grupos trotskistas se negaran a reconocer el desarrollo de las FP estriba en que sólo pueden concebirlo **de forma linealmente evolutiva**. Pero evidentemente un error no se puede subsanar con otro simétrico.

Es claro que desde sus más tempranos trabajos Marx y Engels concibieron el camino del desarrollo y crisis capitalista «en espiral». Esto se puede ver en **El Manifiesto Comunista**, y se repite en los **Grundrisse**, donde Marx habla de las contradicciones que «derivan en estallidos, cataclismos, crisis», que constituyen el aniquilamiento de una gran parte del capital; y este punto es la base para proseguir la marcha hacia nuevas y mayores crisis (Marx, 1989, t. 2, pp. 282-284). De esta forma

...estas catástrofes regularmente recurrentes tienen como resultado **su repetición en mayor escala**, y por último el derrocamiento violento del capital (idem, págs. 283-4; énfasis nuestro).

En síntesis, para Marx:

- a) el desarrollo de las FP es el desarrollo de la acumulación capitalista;
- b) ese desarrollo lleva a crisis;
- c) las crisis son la manifestación del choque de las FP con las relaciones de producción;
- d) estamos, por lo tanto, en presencia de avances y estallidos o «derrumbes» violentos;
- e) si no hay salida revolucionaria la burguesía terminará por reanudar la acumulación;
- f) esa salida prepara, sin embargo, crisis mayores.

Anotemos brevemente (aunque esperamos desarrollarlo en un próximo trabajo) que Lenin captó el sentido de la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción en el capitalismo, al sostener que la era del imperialismo conoce los períodos de extremo desarrollo y de aguda crisis, que preparan el terreno material de la revolución. Escribe Lenin:

Sería un error creer que esta tendencia a la descomposición excluye el rápido crecimiento del capitalismo. No;... en su conjunto el capitalismo crece con una rapidez incomparablemente mayor que antes, pero este crecimiento no sólo es, en general, cada vez más desigual, sino que esta desigualdad también se manifiesta, en particular, en la descomposición de los países de mayor capital (Lenin, 1973, pp. 491-492).

Tendencialmente entonces es esa contradicción la que, como dice Marx, lleva al sistema «a su disolución».

Notas:

[1] Esta posición la sostuvieron Lambert, dirigente trotskista de Francia, Healy y Slaughter, de Inglaterra, Vargas, de Hungría, entre otros. En la Argentina N. Moreno, del MAS y Altamira, del PO. Aquí hoy siguen reivindicando la posición estancacionista el MST, el PO, el PTS y grupos menores; el MAS representa un fenómeno un poco más complejo, porque algunos dirigentes han reconocido que las FP se han desarrollado, pero no analizan los errores teóricos de sus anteriores posiciones ni exploran las consecuencias políticas de lo que implica el cambio de posición. Una explicación típica sobre el estancamiento de las FP de todos estos grupos se puede ver en N. Moreno (1980).

[2] Por ejemplo los teóricos del maoísmo también sostuvieron que el hombre era la principal FP. Bettelheim (1976) afirma que «la principal fuerza productiva está constituida por los propios productores» (p. 27). Aquí Bettelheim critica a Trotski porque éste sostenía que «el marxismo parte del desarrollo de la técnica, como principal resorte del progreso y construye el programa comunista fundamentado en la dinámica de las fuerzas de la producción» (citado por Bettelheim, p. 21). Bettelheim, como otros teóricos que trataron de justificar a la burocracia maoísta, trataba de explicar que China podía construir el socialismo en un solo país, a pesar del atraso tecnológico, porque poseía en abundancia «la principal FP», el hombre. Es altamente revelador de su confusión teórica el que los trotskistas hayan adoptado la misma tesis sobre FP que Bettelheim esgrime contra Trotski, al mismo tiempo que afirmaban defender el legado teórico de Trotski y estar contra el programa de construcción del socialismo en un solo país.

[3] El concepto de FP de Cohen y su método analítico y lógico formal fueron criticados por Therborn (1980) y Harvey (1990), pero sin profundizar en el enfoque dialéctico de Marx.

[4] Ver Hegel, 1994, págs. 82 y sig.; nos hemos apoyado para la interpretación en Marcuse (1986, p. 111) e Hyppolite, 1991, págs. 109 y sig.

[5] Ver Marx, 1946, p.32. La rama de la antropología moderna que se ocupa de la prehistoria no hace sino confirmar esa afirmación de Marx: basta ver que las culturas prehistóricas se estudian y clasifican según el tipo de herramientas que utilizaban y las técnicas de fabricación de las mismas.

[6] Engels ha criticado esa concepción:

«El rápido progreso de la civilización fue atribuido exclusivamente a la cabeza, al desarrollo y a la actividad del cerebro. Los hombres se acostumbraron a explicar sus actos por sus pensamientos, en lugar de buscar esta explicación en sus necesidades... Así fue como en el transcurso del tiempo surgió esa concepción idealista del mundo, que ha dominado el cerebro de los hombres...» (Engels, 1975, p. 85). Esta tesis es confirmada por la moderna antropología científica, y de este trabajo la pieza clave, fundamental, es **la fabricación de herramientas**. Gracias a haber adquirido una posición erecta, nuestro lejano antepasado fabrica su primera herramienta: su propia mano (con la oposición dígito-pulgar), lo que lleva a un mayor desarrollo del cerebro y a que la mano sirva para fabricar nuevas herramientas. A partir de allí el desarrollo del cerebro, del lenguaje y de la fabricación de instrumentos de trabajo van de par y en esto consiste esencialmente el proceso de hominización.

[7] Dice Marx al respecto:

«Bastaba con el número de obreros congregados y con la concentración del esfuerzo... Los trabajadores no agrícolas de las monarquías asiáticas tenían poco que aportar a aquellas obras, fuera de su esfuerzo físico individual, pero su número era su fuerza... « (Marx, 1946, p.269).

[8] Marx dirá que «con el instrumento de trabajo pasa también del obrero a la máquina la virtuosidad en su manejo» (Marx, 1946, p. 347). .

[9] En **Teorías de la Plusvalía** Marx critica las tesis «humanistas» del desarrollo de las FP, que Sismondi defendió contra Ricardo. Marx toma partido en este punto por Ricardo, al que califica de científico. Dice que Ricardo quiere «la producción con vistas a la producción» (o sea el desarrollo de las FP), y que oponer a la finalidad del desarrollo de las FP «el bienestar del individuo, como lo

hace Sismondi, es afirmar que el desarrollo de la especie debe detenerse para proteger el bienestar del individuo». (Ver Marx, 1972, t.2, pp. 98-99.)

^[10] El pasaje del «Prólogo» que da pie a esta interpretación es el siguiente:

«Una formación social jamás perece hasta tanto no se hayan desarrollado todas las fuerzas productivas para las cuales resulta ampliamente suficiente...» (Marx, 1980, p. 5).

^[11] También en Marx, 1983, encontramos una comparación con los regímenes precapitalistas; Marx anota que en esos modos de producción «los magistrados habían prohibido, por ejemplo, los inventos, para no quitarles el pan de la boca a los trabajadores...» (p. 91) y lo contrasta con el modo de producción capitalista.

BIBLIOGRAFIA

- Bettelheim, C. (1976): **La lucha de clases en la URSS**. Primer período (1917-1923) Siglo XXI, México.
- Cohen, G. A. (1986): **La teoría de la historia de Karl Marx**. Una defensa Siglo XXI, Madrid.
- Elster, J. (1990): **El cambio tecnológico**. Gedisa. Barcelona.
- Engels, F. (1975): «El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre», en Obras Escogidas de Marx y Engels, tomo 2, Akal, Madrid.
- Harvey, D. (1990): **Los límites del capitalismo y la teoría marxista**, FCE, México.
- Hegel, G. W. F. (1968): **Ciencia de la lógica**, Solar, Buenos Aires.
- Hegel G. W. F. (1990): **Enciclopedia de las ciencias filosóficas**, Porrúa, México.
- Hegel, G. W. F. (1994): **Fenomenología del espíritu**, FCE, México.
- Hyppolite, J. (1991): **Génesis y estructura de la Fenomenología del Espíritu de Hegel**, Península, Barcelona.
- Lenin, V.I. (1973): **El imperialismo, fase superior del capitalismo**, en Obras Escogidas, Cartago, Buenos Aires.
- Mandel, E. (1979): **El capitalismo tardío**, Era, México. Marcuse, H. (1986): **Razón y revolución**, Alianza, Madrid.
- Marx, K. y Engels, F. (1975): **El Manifiesto Comunista**, en Obras Escogidas, tomo 1, Akal, Madrid.
- Marx, K. (1946): **El Capital**, tomo 1, F.C.E., México. Marx, K. (1975): **Trabajo asalariado y capital**, en O.E. Akal Madrid. Marx, K. (1980): **Contribución a la crítica de la economía política**, Siglo XXI, México.
- Marx, K. (1983): **El Capital, Libro 1, Capítulo VI**, Inédito Siglo XXI, México. Marx, K. (1989): **Elementos fundamentales para la crítica de la economía política**, (Grundrisse) 1857-1858, Siglo XXI, México.
- Moreno, N. (1980): **Tesis para la actualización del Programa de Transición**, Colombia.
- Therborn, G. (1980): **Ciencia, clase y sociedad**, Siglo XXI, Madrid.

Las bases materiales de la revolución socialista están más maduras ^(*)

^(*) Reproducimos aquí la segunda parte del documento elaborado por Liga Marxista y Liga Socialista Revolucionaria «Tendencias actuales del capitalismo y las, premisas de la revolución socialista», también publicado en **Debate Marxista** N° 8 de Noviembre de 1996.

El desarrollo de las fuerzas productivas bajo el capitalismo no es otra cosa que el desarrollo de sus contradicciones objetivas. Fundamentalmente, de la contradicción entre el trabajo y el capital, entre la producción social y la apropiación privada. El mismo desarrollo del capital, la extensión de las relaciones asalariadas, crea ejércitos de proletarios cada vez mayores. La proletarianización, la extensión de las relaciones capitalistas, el desarrollo de las fuerzas productivas que implica la acumulación, generan las condiciones objetivas, sociales, para la revolución proletaria. Las crisis, los derrumbes periódicos del sistema son, por otro lado, el «llamado» más claro de las mismas circunstancias objetivas a acabar con este sistema.

Es necesario comprender esta dialéctica y debemos estudiarla y profundizar en ella, porque hay que superar visiones unilaterales que tuvimos en la izquierda. **Por una parte, es un error sostener que hubo un estancamiento permanente del capitalismo desde principios de siglo. Pero también es un error pensar que el desarrollo del capitalismo es indefinido, y que las crisis sólo son momentos de reequilibrio y rectificación de desajustes.**

Aquellos que sólo ven estancamiento del capitalismo, deberían postular que la maduración de las condiciones para la revolución se da sólo con la pauperización absoluta y el crecimiento de la miseria en forma lineal. Pero el aumento de la miseria en sí misma nunca crea condiciones socialistas; a lo sumo puede ocasionar estallidos de desesperados. Y aun en el caso de que se produjera una revolución, ésta socializaría el hambre, no fuerzas productivas gigantescas.

Por el contrario, nosotros pensamos que la posibilidad del socialismo es algo actual, pertenece a la misma realidad del capitalismo. Por eso Marx y Engels decían que las condiciones del socialismo son creadas por el mismo desarrollo del capitalismo; las posibilidades de superar al capitalismo no son imaginarias, sino que se manifiestan enraizadas en el mismo sistema, están presente hoy en las gigantescas fuerzas productivas mundializadas, y en el desarrollo de las necesidades materiales que ellas mismas generan. La visión sobre el estancamiento y retroceso permanente del capitalismo es una recreación, apenas «aggiornada», de las viejas tesis del socialismo utópico. En última instancia, se trata de una visión profundamente pesimista -y no materialista- de las perspectivas de la revolución socialista.

Los marxistas que sostuvieron que las fuerzas productivas estaban estancadas desde 1914 (o desde 1930) no pudieron «registrar» los enormes cambios que se producían en el mundo después de la Segunda Guerra mundial, especialmente el proceso de reducción del campesinado y crecimiento de las ciudades industriales. Esto significa perder toda perspectiva histórica de lo que sucedía (lo que tiene importantes consecuencias políticas en la propaganda y la acción de los partidos revolucionarios).

Hobsbawm señala con justeza que «para el 80% de la humanidad la Edad Media se terminó de pronto en los años cincuenta; o tal vez **sintió** que se había terminado en los años sesenta». Por primera vez la población campesina pasaba a ser minoritaria. Como dice este mismo autor, tengamos presente que desde el Neolítico la mayoría de los seres humanos había vivido de las actividades agrícolas y ganaderas. En los años cincuenta y sesenta la población campesina se reducía sustancialmente en todos los países capitalistas adelantados, e incluso en los menos avanzados, como España y Portugal; por ejemplo el campesinado español pasaba de ser algo menos de la mitad de la población en 1950 a menos del 15% en 1980.

Pero también el campesinado se redujo en los países de América latina, África y Asia. Ya en los años setenta no había ningún país de América latina en el cual el campesinado no estuviera en minoría (fuera de los pequeños Estados de Centroamérica y Haití). Lo mismo sucedió en países islámicos occidentales (Argelia, Túnez, Marruecos, Siria, Irak, Irán); incluso en la India y

Bangladesh el campesinado está en rápido declive, al igual que en los ochenta ya era minoritario en Malasia, Filipinas e Indonesia, y también en los países industrializados del Extremo Oriente como Corea del Sur y Taiwán. Estos cambios fueron acompañados de la creación de enormes ejércitos proletarios, así como de enormes masas de marginados y desocupados. Se verifica así el pronóstico de Marx acerca de las consecuencias del desarrollo capitalista, y consecuentemente el avance de las condiciones para la revolución socialista.

Pero por otro lado, aquellos que sólo ven crecimiento del capitalismo y consideran a las crisis como meros desajustes y desequilibrios momentáneos (los regulacionistas, los posmarxistas, etc.), sueñan con el amortiguamiento progresivo de las contradicciones y de los antagonismos sociales que de ellas derivan, y terminan rechazando y renegando de la lucha de clases, precisamente en el momento en que la contradicción capital/trabajo se hace más profunda y generalizada. Por esto mismo no pueden comprender lo que sucede, entretienen a sus seguidores con las fantasías del capitalismo «humano» y objetivamente llevan agua al molino de la ideología burguesa.

Por el contrario, los marxistas vemos en el mismo desarrollo del capital el desarrollo de sus contradicciones, que estallan y se desnudan en las crisis. En esto no hay nada parecido al reequilibrio «cibernético» de que nos hablan los reformistas. Se trata de un verdadero «derrumbe» del sistema, que verifica la tesis esencial del marxismo sobre el destino capitalista.

Pero a su vez, si las masas no acaban revolucionariamente con el sistema capitalista, éste puede restablecer las condiciones adecuadas de valorización del capital, a costa de enormes padecimientos de las masas, choques sociales, revoluciones, guerras, hundimientos de países, como sucedió ya en el período que va de 1914 a 1945.

Es importante entender que esta dinámica va «en espiral». La crisis iniciada en los setenta por primera vez impone una lógica de acción unificada al capital a nivel mundial y por primera vez los efectos de la crisis se prolongan por décadas a lo largo de todos los países y continentes. En prácticamente todos lados se están siguiendo las mismas pautas generales de «ajuste». En este sentido decimos que esta crisis es más abarcativa, más «mundial», que la de los años treinta, a pesar de que no tuvimos guerras interimperialistas (recordemos sin embargo los millones de víctimas cobrados por las decenas de guerras locales y regionales) y que la crisis del treinta fue más profunda en los países desarrollados. Cada vez hay más fuerzas productivas comprometidas en el derrumbe periódico del sistema. Y la salida de la crisis, la nueva acumulación, implica más sectores proletarizados, más concentración del capital, más mercados, de manera que la siguiente crisis será más abarcativa, tendencialmente, que la anterior. Por este motivo decimos que, también tendencialmente, las condiciones materiales para la revolución socialista son más maduras, no menos, como sostienen los «post» marxistas y variantes por el estilo.

La visión del marxismo del proceso es por lo tanto profundamente dialéctica. Junto al crecimiento de la desocupación, enormes masas se proletarizan y se incorporan al mercado mundial. Junto al pauperismo y al embrutecimiento más completo a que el sistema somete a millones, el capital entrena a otros muchos millones de jóvenes, que a su vez no encontrarán puestos de trabajo. Por todos lados el desarrollo del sistema muestra el desarrollo de las contradicciones. A la par que vemos los más grandes desarrollos de la técnica, del poder del hombre para transformar la naturaleza, a la par que incluso en esta época de crisis estructural del capitalismo, surgen grandes obras de la ingeniería y de la ciencia, enormes zonas del globo se hundieren en la más completa postración y miseria, cientos de millones de seres humanos no tienen satisfechas sus necesidades más básicas, miles de niños mueren por hora de hambre y enfermedades derivadas de la miseria. Hoy el mundo produce los alimentos suficientes para satisfacer los requerimientos básicos de la gente, y una planificación de acuerdo a las necesidades sociales, podría producir con muchísimo exceso por encima de esos requerimientos.

Pero más de 700 millones no tienen acceso a comida suficiente para satisfacer sus necesidades más básicas. A pesar de que la producción de alimentos aumentó en los países en desarrollo (casi un 35% desde 1980), alrededor del 40% de las mujeres en estos países tienen bajo peso o son anémicas; 200 millones sufren de falta de iodo. De acuerdo a las estadísticas de la ONU, que considera «pobres» a quienes ganan menos de 1 dólar por día (!?), más de 1.100 millones de personas viven debajo de ese nivel. Esto significa casi el 50% de la población de África

subsahariana, más del 11% de Asia del este, casi el 50% del sur de Asia, más del 25% de América latina. Los déficits netos de alimentos en los países atrasados han comenzado a crecer de nuevo en la mitad de los noventa, como lo demuestra el crecimiento de las importaciones de cereales. El hambre vuelve a amenazar a muchos millones más. La miseria y el pauperismo se extienden ahora en los países del este de Europa. La polarización social se incrementa (siguiendo las tendencias descubiertas por Marx): según la ONU, las 358 personas más ricas del planeta tienen ingresos equivalentes a los 2.400 millones más pobres, esto es, el 40% de la población mundial.

Pero el derrumbe del sistema, las catástrofes y padecimientos a que somete a las masas, no se comprueba sólo en las cifras terribles del «tercer mundo» o de las zonas del este de Europa, donde se extienden las relaciones capitalistas. Posiblemente más significativo (y explosivo), sea la creciente «latinoamericanización» de muchos países adelantados, la pobreza y marginación creciente en los países avanzados. Así, mientras **nacen fuerzas productivas y científicas «que jamás sospechara época alguna de la pasada historia», «existen síntomas de decadencia que sobrepasan en mucho los horrores registrados en las postrimerías del Imperio Romano».**

Estas palabras, con las que Marx describía el capitalismo del siglo xix, cobran hoy multiplicada actualidad. Nunca como antes, «al mismo tiempo que la humanidad domina a la naturaleza, el hombre parece volverse esclavo de otros hombres o de su propia infamia». Al mismo tiempo que las comunicaciones conectan a algunos millones de seres humanos a la maravilla de la Internet, la mitad de la población mundial en su vida hizo siquiera una llamada telefónica. Al mismo tiempo que la ciencia posibilita realizar operaciones quirúrgicas por computadora, no existen los remedios más simples para cientos de millones de seres humanos y 2.000 millones de personas sufren de enfermedades que son prevenibles.

Esta contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y la decadencia y postración más absoluta que implica su uso capitalista, esta contradicción insalvable, es la premisa material del programa de la revolución socialista. Es la misma dialéctica que impulsa la mundialización del mercado, agudizando todos los antagonismos que emanan de la contradicción entre el capital y el trabajo.

Es fundamental entender que el programa del marxismo no es atenuar las contradicciones, en busca de un pasado tan idealizado como imposible de recuperar. Como decía Marx, la salida de la contradicción está en su mismo desarrollo, no en detenerla. Esta es una diferencia fundamental que nos separa de todos los «socialismos verdaderos», «socialismos románticos», populismos y demás variantes pequeño burguesas. Los programas y objetivos de esos «socialismos» pequeño burgueses son sólo utopías reaccionarias en el más estricto sentido del término. Es, en última instancia, la vuelta al socialismo utópico, que sólo veía males en el sistema existente y sólo podía oponerle un mundo sacado de su imaginación. Frente al avance del monopolio, los marxistas no defendemos la vuelta atrás, hacia la pequeña propiedad, sino el avance hacia la revolución socialista, la socialización de las fuerzas productivas concentradas. Frente a la internacionalización del capital, no defendemos el proteccionismo burgués, sino el internacionalismo socialista. Frente al avance de la automatización no queremos la vuelta a la manufactura, porque atacamos el uso capitalista de la máquina y postulamos que debe estar al servicio del hombre, socializándola.

La doctrina marxista es profundamente opuesta a la ideología pequeño burguesa «socialista» que ha inficionado las concepciones de toda la izquierda en las últimas décadas. Sostenemos que el mismo capitalismo crea sus futuros enterradores y genera las premisas materiales para que la humanidad pueda socializar las riquezas producidas. Cuando el capital penetra en nuevas ramas de la producción, cuando proletariza nuevos contingentes en Asia y los incorpora al mercado mundial, etc., el romántico pequeño burgués no atina más que a llorar el «paraíso» perdido. El marxista, sin dejar de denunciar las atrocidades diarias del capital, señala el camino futuro del socialismo que prefigura el mismo desarrollo capitalista. Nuestro programa se basa en esta concepción materialista, que ve en el mismo desarrollo del sistema las bases materiales y sociales para su superación revolucionaria. La propaganda y la agitación de los marxistas revolucionarios tratan de mostrar a las masas estas llagas vivas de las contradicciones del sistema, para orientar la salida hacia la dictadura del proletariado.